

La sonrisa de Occidente



PABLO BRITO ALTAMIRA

LA SONRISA DE OCCIDENTE

Pablo Brito-Altamira

1.

La señorita estaba flotando a unos veinte centímetros del suelo, pero no había nadie allí para percatarse de ello, lo que era muy conveniente. El jardín de Las Tullerías estaba vacío aquella mañana.

La señorita descendió a tierra y se encaminó en dirección al Arco del Carrusel. Había pautado una cita allí con una mujer llamada Camilla, que ya debía estar esperándola. Pero no tenía prisa, o al menos nadie que la viera hubiese dicho eso. En realidad la señorita no sabía andar más rápido de lo que andaba: una condición muy peculiar le impedía correr o subir escaleras de manera automática, como hace la mayor parte de la gente.

Camilla no estaba allí, aunque habían pasado ya doce minutos de las cinco, hora a la que el encuentro estaba pautado. En cambio, un hombre de barba, con un impermeable gris y un cigarrillo en la boca, leía un libro sentado en un banco cercano. La señorita se detuvo y se preguntó qué debía hacer. Antes de que tomara una decisión, el hombre se puso de pie, tiró el cigarrillo al suelo y se le acercó.

- Buenos días- dijo.- Soy un amigo de Camilla. Usted debe ser Marisa.

- En realidad me llamo Eugenia, pero todos me dicen Marisa, en efecto- respondió la señorita.

- Mucho gusto- el hombre extendió su mano- Mi nombre es Guillermo. Todos me dicen Guillermo.

- Entiendo - sonrió la señorita estrechando la mano del hombre - ¿Y Camilla?

- No podrá venir, pero yo puedo reemplazarla. Estoy al tanto del asunto suyo. ¿Quiere tomar un café?

Marisa no respondió. Se limitó a sonreír nuevamente y siguió al hombre que decía llamarse Guillermo hasta un bistró situado en una esquina de

la calle Rivoli. Se sentaron en la terraza, pidieron un café cada uno y observaron a los transeúntes sin decir palabra por un rato. Estaban a 16 de marzo y ya el clima anunciaba la primavera. Aunque el cielo estaba algo nublado la temperatura era agradable.

Cuando llegó el pedido el hombre había ya comenzado a hablar. La señorita lo escuchaba atentamente.

- No me gustan los rodeos. Camilla me ha dicho que usted está dispuesta a aceptar el trabajo. Es una misión difícil y bastante peligrosa, como ya debe saber.

-Me interesa- respondió Marisa después de llevarse la taza a la boca.

- Entonces no hay nada más que hablar - dijo Guillermo.

Extrajo un sobre del bolsillo de su impermeable y lo colocó sobre la mesa.

- Aquí están sus pasajes, las reservaciones de hotel, las tarjetas de crédito y todo lo demás. También le he anotado mi teléfono y mi dirección electrónica. Ahora debo irme.

Se levantó, colocó unas monedas sobre la mesa y extendió su mano. Marisa la estrechó mientras se preguntaba si debía solicitar alguna información adicional, pero antes de que encontrara la respuesta el hombre había sido tragado por la boca del metro.

Marisa terminó su café y se puso de pie. Miró su reloj y comprobó que eran ya las cinco y media. Tenía poco tiempo para llegar al cine.

2.

Era una vieja película de Sidney Lumet basada en una obra de Tennessee Williams, con Marlon Brando, Joanne Woodward y Anna Magnani. Marisa se quedó dormida al poco tiempo de que empezara. Cuando despertó, Brando contaba la fábula de un pájaro que no tenía patas y que estaba

condenado a volar toda la vida para sólo tocar tierra el día de su muerte. Brando tenía una cazadora de piel de serpiente. Marisa pensó que las serpientes son enemigas de los pájaros; había algo incongruente en el personaje. A continuación, la historia se tornaba trágica y al final la escena ardía y Brando moría quemado. La Woodward se alejaba en su convertible destartado por la polvorienta calle del pueblo y sonaba una música algo discordante.

Marisa fue caminando hasta su hotel, subió a su cuarto, abrió el agua de la tina y encendió el aparato de radio.

Se oyó un fado dulce hasta la amargura mientras las burbujas parecían dibujar en el agua caliente figuras de nubes lejanas en un atardecer dorado del trópico. La señorita, desnuda, danzó casi sin moverse siguiendo la cadencia, mientras se miraba al espejo y hacía recuento de lo que sabía acerca del asunto en el que se estaba metiendo. Tuvo que admitir que sabía muy poco y que no tenía claro por qué la habían escogido para esa misión. Una cosa era cierta, sin embargo: mañana estaría en Tánger y se entrevistaría con un hombre de traje blanco que le entregaría algo que ella debía descifrar. Se introdujo en la tina y se dijo que con eso era suficiente por el momento.

3.

Tánger es una ciudad más blanca que bella y así era también el traje del contacto, un gordo de ojos saltones y cejas pobladas como los barrios bajos de su país. Bebía ginebra seca y hablaba con un acento indescifrable, pero pudo comunicar a la señorita lo que ésta necesitaba saber. Ella se refugió en su cuarto del hotel con el legajo y se sentó a leerlo mientras pensaba que su vida había transcurrido siempre, desde su infancia en Saint Thomas, en cuartos de hotel de ciudades extrañas con asuntos siempre indescifrables en apariencia. Su especialidad era

desatar nudos que para otros resultaban inextricables, como el que tenía ahora entre sus manos mientras escuchaba el adagio del trío de Schubert que Kubrik había usado para acompañar una de las más bellas escenas de Barry Lyndon.

En el televisor silenciado, CNN transmitía imágenes de los últimos atentados en Bagdad. La señorita intentó concentrarse en la lectura pero sólo logró una primera aproximación en diagonal. Se trataba de la carta de un líder religioso árabe a su madre, en la que el hombre mezclaba lugares comunes de cariño filial con explicaciones de sus propósitos políticos. Se suponía que en ese y otros documentos parecidos, en apariencia banales, debían transparentarse rasgos psicológicos que dieran a conocer las verdaderas intenciones del personaje, en el que se pretendía apostar una cuota de poder importante dentro de la partida que se desarrollaba en la zona, en la que estaba en juego una enorme cantidad de dinero, de vidas humanas y de futuro. Había también un dvd con imágenes del hombre, un cuarentón flaco y enjuto, con ojos profundos entrenados para no traicionar sentimientos y una boca apenas visible bajo el bigote negro. La señorita destacó algunos párrafos con el lápiz amarillo transparente y se dedicó luego a observar el comportamiento de las manos del sujeto. Parecían desproporcionadamente grandes con respecto al cuerpo y hacían pensar en perros amaestrados que han perdido su ferocidad a fuerza de muchos castigos y pocas recompensas. De hecho, las mangas demasiado largas de la túnica servían para ocultarlas un poco y la señorita hizo una anotación en la lista de tareas para recordar que debía pedir un informe del sastre que había confeccionado el atuendo. Acababa de cerrar la libreta cuando tocaron a la puerta.

4.

“Escribo folletines de espionaje” decía Marisa cuando le preguntaban a qué se dedicaba. “Mezclas de historias de Le Carré con novela rosa”. Y a

fuerza de repetirlo había terminado por creerlo en parte, porque jugaba muchas veces a creerse los cuentos que inventaba, sobre todo cuando los demás los encontraban interesantes. Pero también porque su vida no era distinta de la de los escritores que se dedican a viajar para captar el color local de lugares exóticos y fabricar telones de fondo para tramas que parecían verosímiles en la medida en que eran totalmente increíbles. Pero los golpes secos en la puerta, que no se parecían a los suaves y discretos toques del room service, le produjeron un breve pero intenso palpito de que esta vez la realidad tenía intenciones serias de penetrar en la trama y que sería difícil disuadirla. Se colocó una bata, se acercó con sigilo y escuchó.

No fue otro golpe, ni un disparo, ni el ruido de alguien que intenta forzar la cerradura. Con la oreja pegada a la madera laqueada de blanco escuchó una voz que susurraba su nombre: Eugenia, el nombre que casi nadie pronunciaba para dirigirse a ella.

Sintió un escalofrío y tuvo la certeza de que conocía esa voz. No podía ubicarla pero le recordaba una época muy lejana, en la que su vida era completamente distinta y ella era otra. No quiso indagar en la memoria que resultaba dolorosa y amenazante y decidió retornar a tierra de un golpe.

-¿Quién es?- preguntó con voz firme.

- Soy yo...

-¿Quién es yo?

- Ernesto.

"Estoy soñando" se dijo Eugenia. "Me han puesto una droga en la bebida. Ernesto está muerto".

- Me persiguen...ábreme, por favor- dijo la voz

Y la señorita abrió sin saber por qué; no podía distinguir entre su miedo y su esperanza descabellada de ver a Ernesto entrar y...

Era Ernesto, su hermano.

Se quedaron mirándose eternamente. Ella temblaba y sudaba y pensaba que iba a morir o a desmayarse o a enloquecer. El jadeaba, agitado, con los ojos inyectados en sangre, el pelo largo, sucio, con la piel quemada por el sol y un traje que parecía un harapo.

Eugenia corrió a sentarse en la cama y él cerró la puerta sin hacer ruido, después de echar una mirada de reconocimiento al exterior.

Encendió un cigarrillo, caminó hacia el bar y sirvió dos grandes vasos de whisky. Colocó uno de ellos en la mano muerta de Eugenia y bebió el otro de un trago.

- Estoy vivo. No hagas escenas. No pude avisarte en aquel entonces...lo siento.

-¿Lo sientes? ¡Canalla!

La señorita había bebido su whisky y se había puesto de pie. De la palidez cadavérica su piel había pasado al rojo de un langostino enfurecido.

5.

Cuando después de tres tragos más la señorita se tranquilizó, decidió que no tenía más remedio que escuchar la historia completa. Caía la noche y la brisa movía las hojas de las palmeras en un vaivén que parecía danzar al ritmo lánguido de una melodía árabe. La luna subía en el horizonte y la voz de Ernesto contaba detalles de acontecimientos lejanos, en los que aparecían de pronto nombres de personas que ella había conocido, acontecimientos extravagantes y absurdos, como todo lo que siempre se había relacionado con él.

Le habían disparado en Berlín y había estado en coma, pero una camarada logró sacarlo del hospital cercado por la policía y colocar un cadáver en su lugar. Después de eso...

- Ya la leí - dijo la Señorita con la mirada inclemente del licor- Se titula El Conde de Montecristo.

- Quiero que...

- Quieres que te ayude a desenterrar el tesoro – continuó ella sin escuchar.

- Quiero que salgas de este caso de inmediato. Te matarán.

Ella despertó de pronto y tomó clara conciencia de dos cosas. Que había bebido demasiado y que esa información no podía estar en manos de Ernesto. A menos que...

Con el fondo musical del réquiem de Mozart, CNN mostraba las fotografías de tres marroquíes detenidos en París por supuestas actividades a favor de una red terrorista.

- ¡Estás con ellos! – gritó la señorita. Y se puso a llorar en silencio.

El esperó un rato.

-Voy a tomar un baño.- sentenció al fin.

6.

Durmieron juntos en la gran cama, pies contra cabeza, como cuando eran niños. Ella despertó primero y pidió un desayuno continental con doble ración de café al servicio de habitaciones. Cuando tocaron a la puerta dijo que le dejaran la bandeja afuera y explicó que se estaba bañando. Poco después abrió con sigilo y la introdujo en la habitación. Ernesto roncaba.

Mientras tomaba café y fumaba un cigarrillo de los de su hermano, porque hacía años que había dejado el tabaco, se dijo que para ser un criminal, Ernesto tenía un sueño demasiado plácido. Repasó la conversación de la noche anterior como si fuera uno de los documentos que estaba acostumbrada a desmenuzar hasta el mínimo detalle y fue tomando nota mental de puntos de apoyo que pudieran parecer indiscutibles para armar una hipótesis consistente. Lo primero que saltaba a la vista porque en su experiencia se había confirmado innumerables veces era que ese hombre que dormía en su cama y que ella conocía desde el nacimiento había tenido siempre una propensión incorregible a la exageración y a la fantasía. Cuando cumplía ocho años

había simulado un vómito con sangre que recogió paciente y concienzudamente de las bandejas donde su madre preparaba filetes para lograr que llamaran a una ambulancia, porque quería experimentar en carne propia la sensación de entrar en una sala de emergencias que había leído descrita en una novela policial. La mentira se descubrió porque su padre había leído el mismo libro y recordó la situación cuando encontró el capítulo marcado en una esquina de la página en la cama del hijo, pero éste no dejó de simular los síntomas hasta que no logró, al menos, que su madre accediera a que faltase el día siguiente a clases para concluir la lectura.

Tal vez la hazaña de lograr que lo creyeran muerto por años era una continuación de aquel episodio, sacada de otro libro escamoteado de las estanterías más altas de la biblioteca paterna, donde se guardaban los libros que no estaban al alcance de la edad, porque el viejo había establecido la regla de que cada miembro de la familia podía leer todo lo que pudiera tomar sin ayudarse con escaleras o bancos y había clasificado de acuerdo a ella los diez mil y tantos volúmenes que constituían para él su máximo tesoro y la mejor herencia que podía dejar a sus hijos. Incluso madre sabía que en el renglón más elevado se encontraban textos que su marido esperaba que ella no tocara, porque siempre la consideró una hija más y porque lo ponía de mal humor que discutiera con él sobre temas que consideraba insondables para ella. Eugenia los había leído todos, pero se guardaba de mencionar los tópicos prohibidos, por lo que su padre la ponía como ejemplo de discreción.

- Ella sólo lee lo que entiende.- decía para que su esposa oyera.

Hasta el día en que Eugenia le arrebató a Ernesto un volumen con grabados de mujeres semidesnudas marcado en una página donde una damisela se desvestía provocativamente ante un personaje que se comía las uñas y sudaba de la impaciencia, en la que los editores habían colocado una breve y cursi frase alusiva al texto del relato al que

correspondía la ilustración: “Marisa no tiene prisa...”

Padre los descubrió y Eugenia, por ser mayor y por considerar que en ella el pecado sería menos reprehensible que en su hermano adolescente, asumió como suya la responsabilidad y mintió que lo había encontrado caído en el piso. Ernesto no le agradeció el heroísmo y tomó la ocasión como arma de venganza contra la excesiva supervisión a la que su hermana lo sometía cuando en su ausencia revisaba sus escondites para encontrar material confiscable. Desde ese día, cada vez que alguien le preguntaba por su hermana respondía invariablemente:

-Marisa no tiene prisa.

El asunto divirtió a todos. No tanto porque se sospechara que Eugenia leyera libros pecaminosos a escondidas, cosa que de hecho hacía, sino porque la muchacha de la estampa, que su madre se encargó de hacer conocer a medio mundo para demostrar que los pruritos de su esposo en materia de lectura escondían intenciones que no eran precisamente filosóficas o didácticas, tenía un parecido increíble con ella, o al menos todos lo pensaron. Eugenia se avergonzó primero, se enardecó después y al fin optó por asumir la leyenda y mejorarla para su provecho.

Alimentó la fantasía de sus pretendientes con fotocopias del grabado que hizo circular a través de amigas cómplices y presumió de los encantos de la modelo y de su desparpajo dejando entender que se desnudaba ante cualquiera que le resultara atrayente y guapo. Los más pretenciosos mordieron el anzuelo y declararon que habían disfrutado de ese privilegio que a pocos estaba concedido. Desde entonces, nadie que se preciara de su valor y su virilidad la llamó de otro modo que Marisa. Ella respondía a algunos de manera cómplice para otorgarles la investidura preciada de miembros de su selecta intimidad y a otros se limitaba a decir con desprecio:

-Eugenia para usted, por favor.

Cuando el cuento romántico que había enviado a una revista de mujeres de la capital fue premiado y le preguntaron si quería firmarlo con un

seudónimo, Eugenia no lo pensó más de un segundo y colocó su apellido a continuación del nombre que ya era famoso en su casa y en la escuela. Sólo Ernesto continuó llamándola Eugenia para recordarle que él era el verdadero autor de la comedia y sentirse con un derecho permanente de chantaje que nunca utilizó pero que le sirvió para que su hermana cesara de inmiscuirse en sus lecturas y en sus asuntos. Fue un pacto secreto que ambos respetaron sin jamás mencionarlo. El día que la foto del pasaporte de Ernesto apareció en el periódico en una lista de estudiantes muertos durante el enfrentamiento de Berlín, Marisa se descubrió llorando desnuda en el espejo con una tristeza más grande que la vida y se prometió llamarse Marisa para siempre, en homenaje a su hermanito.

7.

- Si no me dices toda la verdad no llegaremos a nada.

Marisa estaba sentada con las piernas plegadas a la oriental sobre la cama repleta de papeles mientras Ernesto paseaba de un lado a otro de la habitación con un cigarrillo en una mano y una lata de cerveza en la otra.

- Cien veces me lo has preguntado y cien veces te he dicho lo mismo- rugió. Ni el FBI es tan incrédulo como tú.

- No inventes. Jamás has sido interrogado por el FBI.

- Cierto. Pero conozco los métodos. Tengo más tiempo en política que tú. Las cosas no ocurren como te figuras en las novelas que te escribes a ti misma como “Asesora de Asuntos Confidenciales” o...

- Comunicacionales- corrigió Marisa.

- Eso. Viajando en primera clase y alojándote en suites de hoteles cinco estrellas...La información que te llega es la mínima necesaria para que hagas tu trabajo.

- Por suerte.

- Sí. Hasta ahora. Pero en este momento la única suerte que tienes es

que tu hermano aparece y...

- Y me dice que el mundo está dirigido por unos señores de barba larga que utilizan las Mil y Una Noches como manual de estrategia y creen en la astrología.

Ernesto miró su reloj pulsera. Faltaba un minuto para las doce del mediodía.

Tomó el control remoto del televisor y lo encendió. Con el buscador de canales llegó hasta la señal de BBC, en la que los ojos de una morena hacían fundido con una ráfaga de color que al detenerse en seco, en sincro con el parpadeo, se descubría como el nuevo modelo de BMW. “Las grandes pasiones comienzan con una sola mirada” decía la voz en off. A continuación el logo 3D de BBC News giró en la pantalla y la fanfarria indicó que el noticiero comenzaba.

- Son las doce.- dijo Ernesto. - Te lo dije anoche. Observa.

- Me dijiste once y cuarenta

- Me entretuve discutiendo contigo.

La bomba había explotado pocos minutos antes en R*, dentro de la Oficina Central de Correos. Se reportaban a esa hora diez muertos y cerca de cincuenta heridos. Las imágenes mostraban el cerco policial, las ambulancias y los carros de bomberos en un total pandemónium. Una panorámica de la zona dejaba ver el viejo edificio humeante y a su alrededor, un mar de cabezas de reporteros, curiosos y coches detenidos con personas que se levantaban sobre sus techos para observar.

Marisa abrió una lata de cerveza y dijo.

-Son unos hijos de puta. ¡La oficina de Correos!

- Son psicópatas, hermanita. Ustedes repiten a diario que son fanáticos pero creen en el fondo que actuarán con la lógica de Clausewitz. Actúan como asesinos en serie, siguiendo un plan secreto que ellos sólo conocen y de acuerdo a un código que creen que nadie podrá descifrar.

- Excepto tú.

- Sólo si tú me ayudas. Pero para eso tienes que salirte del juego. Marisa recordó sin saber por qué la cazadora de piel de serpiente de Marlon Brando y el incendio de la repostería de Ana Magnani. Si seguía así terminaría por creer que todo lo que le estaba ocurriendo era una pieza de teatro escrita por Tennessee Williams el día de su peor borrachera.

8.

Se despidieron sin decirse nada, sólo con una mirada que podía significar las mil cosas que pensaban, temían y recordaban y antes de que Ernesto cerrara la puerta tras de sí Marisa estalló a reír: había recordado el comercial de BMW: “Sólo con una mirada”. A Ernesto no le pareció gracioso y dijo que era una capitalista irredimible hipnotizada por los influjos subliminales de la publicidad, pero ella no le hizo caso y le dio un último abrazo lleno de lágrimas de todas las clases.

“Somos máquinas extrañas” se dijo una vez a solas. “A cualquiera que me hubiese augurado que algo así me sucedería le hubiese dicho que era un demente que me deseaba lo peor, porque si esto llegara a suceder estaría enferma por cinco años.”

No estaba enferma, pero tampoco sabía cómo estaba en absoluto. Al llegar a su apartamento de New York diez días después, una vez realizadas las entrevistas que se habían pautado después de su informe inicial, todas en el mejor estilo “guerra fría”, como llamaba Ernesto al modo en que los departamentos de inteligencia seguían tratando de imitar las películas de espías con el único propósito de que no redujeran sus presupuestos multimillonarios, encontró que todo estaba en orden: el doorman había regado las plantas, el buzón estaba lleno de basura y la primavera no se decidía a presentarse en público, al menos en el Upper East Side. Todo menos algo relativamente significativo: ella misma.

Intentó hacer recuento de emociones, mirarse en el espejo, escuchar y

volver a escuchar sus adagios favoritos, tomar Toddy caliente, pero no tardó mucho en darse cuenta de que sus recursos de costumbre no funcionaban más porque ella no era la misma persona que había abandonado su casa tres semanas atrás rumbo a París para recibir instrucciones de una nueva misión que prometía ser interesante. Tratando de pasar por encima de sus sentimientos, como quien esquivaba un bulto incómodo en el camino, se centró en cuestiones prácticas. Ernesto reaparecería en cualquier momento y ella había quedado con él, sin prometerle nada, en que lo escucharía con calma y decidiría qué hacer, en caso de que pudiera o quisiera hacer algo. Había sido consciente, al decirlo, que la probabilidad era muy lejana, porque a la señorita no le gustaba hacer nada, todo lo que había hecho en su vida era producto de su tendencia a evitar por todos los medios la acción, como el escribiente Barthleby de Melville. Sólo ahora descubría que esa renuencia era el mayor de los esfuerzos posibles, porque en realidad no había dejado de actuar ni por un instante desde que tenía memoria. Se sacó la lengua en el espejo y se puso a tararear una canción infantil, pero ni esa trampa inocente sirvió para sacarla de aquel estado que no encontraba palabras para definir. Era como estar de pie en el vacío, sin nada sobre lo que apoyarse para imprimir al cuerpo algún movimiento. “Así deben sentirse los astronautas” se dijo, y recordó otra vez al pájaro sin patas que la perseguía día y noche desde aquella película vieja y mala que ya odiaba y quería borrar de su mente, porque volvía sin pedir permiso como esas tonadas que se pegan a la manera de un aroma indeseable y no dejan respirar hasta que un día se van sin decir adiós y sin dar excusas. Como el hipo, pensó. Y recordó otra obsesión recurrente de su infancia que no la dejó dormir por meses hasta que buscó en la enciclopedia a media noche la foto de Pío doce y le declaró solemnemente:

- Ojalá te mueras.

Al día siguiente buscó la noticia en el periódico pero no tuvo necesidad

de hojearlo porque estaba en primera plana.

Este recuerdo le hizo saltar del sofá donde estaba sentada en intensa contemplación de sus rodillas y correr hasta la cocina para detenerse a mirar la pared blanca frente al refrigerador. No había nada allí, porque ésta no era la casa de sus padres en la que siempre colgaban un calendario en la pared de la cocina sino su apartamento de la calle 75 donde la única manera de enterarse de la fecha era encender el televisor o la computadora.

Se anunciaba a continuación un programa especial sobre la accidentada historia de La Gioconda, cuya exhibición sería próximamente suspendida por algún tiempo en vista de una urgente restauración ordenada al conocerse que una concavidad mínima pero anormal se estaba produciendo en la parte inferior del rostro.

Era el 28 de marzo.

Ernesto dijo el 28 de abril.

Ernesto había mencionado esa fecha como la de un probable ataque basado en una pista no comprobada. Habían encontrado en un lugar sospechoso una frase enigmática escrita en árabe que podía prestarse a innumerables interpretaciones pero que ahora a Marisa la dejaba sin aliento:

“El día en que Occidente perderá su sonrisa”.

9.

Los siguientes tres días pasaron como dentro de una bruma densa e irrespirable. Los actos mecánicos más sencillos requerían una concentración extrema y el riesgo de no acertar a realizarlos correctamente parecía asunto de vida o muerte: si los zapatos no estaban en su sitio en la mañana o la carátula del disco había desaparecido parecía que el fin del mundo había ganado un punto más en una partida en la que la única certeza era la derrota inminente. Marisa luchó hasta que no pudo más y se dejó caer en un sopor que se

le antojaba cercano a la catalepsia. Se levantaba en cámara lenta y preparaba un café que demoraba siglos en colarse mientras observaba por la ventana los árboles escuálidos y los pájaros que más que volar parecían caer como hojas otoñales en vaivenes lánguidos e imprecisos. Se duchaba y se vestía sin sentir el cuerpo y bajaba a la calle que era una postal detenida en la que las cosas y las personas se movían con gestos de juguetes de cuerda, predecibles y entrecortados.

En la oficina no había trabajo, no había noticias, no había reuniones. Si se presentaba alguna junta era para revisar una vez más puntos que se habían discutido hasta el agotamiento con argumentos circulares que provocaban las mismas risas y las mismas controversias en los mismos lugares del recorrido del trencito eléctrico que se movía cada vez con menos fuerza, como si las pilas estuvieran a punto de morir. Pero nada terminaba por morir de una vez por todas y eso hacía la agonía aún más intensa y dolorosa. Había que continuar moviendo los labios y las manos y los pies, continuar respirando y durmiendo con pesadillas gastadas también.

Sentada en su oficina recordó una tarde el proverbio navajo citado por Beckett: “Estar sentado es mejor que estar de pie y estar acostado es mejor que estar sentado. Pero estar muerto es mejor que todo eso.”

Llegó el sábado como esperanza de alivio, pero descansar del descanso no descansa a nadie. Durmió hasta tarde y al despertar quiso pensar en Ernesto, en los atentados y en la convicción intensa de que su intuición sobre la frase de la sonrisa era acertada, pero sólo logró sentirla más absurda e imposible, por lo que prefirió preparar panquecas y dedicarse a engordar toda la vida.

Le costó oír el timbre del teléfono y le costó más llegar hasta él y levantar el auricular.

- Dile a tu amante que se vista y se vaya; estoy en Kennedy.

Era el tono juguetón de cuando tenía dieciocho años: el tiempo no había pasado. “Si no pasa hacia adelante no pasa hacia atrás” pensó sin

preguntarse qué significaba la frase y se metió en la bañera con intención de ahogarse. Por una vez en su vida dejó la puerta del baño abierta: quería causar una impresión desoladora y terrible que no se borrara jamás de la memoria de su hermano. Así se vengaría de su desaparición inútil y estúpida. Irresponsable. Ingrata. Cruel, desalmada, diabólica. Agotó todos los adjetivos que podían describir su rabia y su dolor hasta que sólo le quedó un intenso, enorme deseo de pegarle y maltratarlo hasta que ambos murieran desangrados, descuartizados, hechos trizas, añicos, migajas. Profirió en voz alta todas las palabrotas que conocía mientras lloraba y pataleaba en la tina salpicándolo todo y deseó que el mundo entero volara en pedazos. Por un instante que fue como un relámpago que ilumina una escena en la oscuridad cerrada de la noche comprendió lo que sentían los terroristas: era odio: algo que nunca antes había sentido porque jamás se lo había permitido sentir. Entonces sonó el timbre.

10.

Se comió todas las panquecas y le pidió que hiciera más. Mientras caminaba a la puerta para abrirle, mojando el piso a su paso y tiritando de frío dentro de la bata empapada, ella intentó escoger el insulto más mortífero de la vida para escupírselo en la cara apenas abierta la puerta, pero al verlo con el pelo recién cortado, vestido como en sus tiempos de estudiante, perfumado y sonriente con la cara de un niño que viene a pedir una contribución para la fiesta de los boy scouts, se le tiró encima y lo mojó a besos.

Se rieron toda la mañana de las descripciones que él hacía del personal de aeropuertos y de taxistas hindúes y de las costumbres de los neoyorquinos, que siempre le habían parecido imitar ridículamente a los europeos, con sus terrazas de café al borde de avenidas donde los buses pasaban como trombas y sus pretenciosos porteros y sus señoras paseando perros como si estuvieran en una pasarela de modas,

sonriendo eterna y artificialmente ante las cámaras que no estaban allí.
-Pero es una ciudad hermosa. Un día me instalaré aquí. Mi domicilio será una limosina y tendré una novia en cada barrio.

Marisa se preguntó si aquel era el mismo hermano que había rescatado de la amenaza invisible y de la resurrección en Tánger y si el asunto que la había atormentado desde entonces era un sueño o un delirio o una fantasía más de su hermano pero no tuvo tiempo para analizar la validez de ninguna de esas posibilidades porque él abrió el maletín de un ordenador portátil, la encendió y dijo.

-Vamos a trabajar. ¿Es un lugar seguro?

Ambos miraron las esquinas del techo en busca de micrófonos y luego se concentraron en la pantalla.

Trabajaron hasta pasada la media noche, haciendo solo pausas para comer o ir al baño. Cuando Marisa se levantó finalmente después de que Ernesto hubiese puesto la computadora en stand by y se asomó a la ventana para respirar un poco de aire que le limpiara los pulmones del humo de tres cajas de cigarrillos que había compartido voluntaria e involuntariamente, tenía una imagen bastante clara de lo que su hermano pensaba y no le resultaba descabellada. Era delirante, que no es lo mismo. Porque el delirio que Ernesto y sus colaboradores habían documentado basado en el hallazgo del diario de un terrorista muerto en circunstancias inusuales que se trataba del amante de una estudiante de Oxford y había vivido con ella durante seis meses compartiendo sus lecturas y colaborando en la redacción de su tesis de grado sobre los escritos de Wittgenstein y otros fundadores de la lógica contemporánea, era el de una mente excepcional. Y daba a entender que detrás de las acciones había una teoría muy elaborada, casi exquisita, de la vida y el destino, comparable en refinamiento a la de los filósofos árabes del siglo XII, pero sustentada en conocimientos científicos occidentales modernos. Era un pensamiento vanguardista, místico, pero demente. Partía de la idea de que el destino era descifrable y que se podía colaborar con él

para administrar la vida y también la muerte. Estadísticas minuciosas que comparaban muertes violentas con muertes accidentales y muertes por enfermedad, en las que por ejemplo se subrayaba que el mosquito del paludismo produciría dos millones de muertes el próximo año en África, se usaban para justificar la insignificancia de las cifras del 11 de septiembre y de otros atentados. Todos somos piezas de un ajedrez infinito en el que tarde o temprano saldremos del tablero, pero si conocemos las reglas del juego y las estrategias de los jugadores podemos aportar con nuestro libre albedrío para hacer que la partida sea aún más gloriosa y eso es lo que El Uno espera de nosotros: nuestra conciencia es el riesgo y la recompensa. El declaraba en las últimas líneas del diario que intentaría apartarse definitivamente del grupo, no tanto por convicción sino por el amor que había nacido entre él y su pareja. Pocos días después fue asesinado.

- ¿Y ella?- preguntó Marisa como si su hermano pudiera leer sus pensamientos y debiera saber a quién se refería.

- La hemos ubicado. Está con vida. Pronto la conocerás.

-¿Tú la conoces?

Ernesto sonrió de una manera que Marisa conocía bien.

- Es bella.- afirmó Marisa, como si preguntara.

La expresión de Ernesto fue una mezcla de muchas cosas, entre ellas miedo.

- Es la sonrisa de Occidente.

11.

Tuvieron que cambiarle el nombre, ponerle anteojos y cortarle la melena dorada casi al ras, pero nadie supo qué hacer con aquella boca que hablaba sin necesidad de abrirse de mundos imposibles, como si fuera la puerta a un cielo desconocido por las religiones y reservado a los cazadores de quimeras de un tiempo más grande que la eternidad. A falta de otra, adoptaron la malsana idea de hacerle colocar unos frenillos

metálicos que encarcelaban la dentadura e hinchaban los labios haciendo torpes y confusas las palabras. Pero se trataba de confundir, y ella sufrió el castigo estoicamente, por el bien del bien, como gustaba decir para explicar las motivaciones íntimas de sus decisiones en la vida, casi siempre contrarias a la norma y al parecer de la gente. Era menuda, liviana en todos los sentidos menos en el que se atribuye a la superficialidad y sus ojos profundos de un verde azulado oscuro parecían esconder el secreto de su andar y sus gestos pausados y fluidos porque se movía como si estuviera flotando a poca distancia de la superficie dentro de un mar transparente. Tenía, sin embargo, la habilidad de pasar desapercibida y no era de las mujeres a las que la mayoría de los hombres voltearía al ver pasar. Se hacía invisible y adoptaba el aspecto de una inglesita promedio de las que llenan el "tube" a la salida del trabajo con una revista del corazón en la cartera barata. Fue así como logró burlar el cerco y pasar por las aduanas sin que nadie levantara la mirada para prestarle atención, disimulada por no estarlo, imposible de ver de tan evidente que era.

Se llamaba Angela Lynn y era hija de un médico que había guardado su diploma al día siguiente de recibirlo en un baúl y se había puesto en marcha hacia el Tíbet sin otro equipaje que un blue jean, dos camisas y una docena de libros de magia medieval. Hizo su camino solo, procurando alejarse siempre de las caravanas de los nuevos y falsos gitanos que se prestaban al comercio de ideas, drogas y música como simples compradores ansiosos de volver a casa con la verdad envuelta en celofán dentro de un shopping bag de colores que no desentonaran con los del equipo de football del que eran aficionados desde la secundaria. No encontró lo que estaba buscando pero en cambio aprendió a buscar y siguió buscando desde entonces hasta el día en el que el periódico local anunció que el médico del pueblo había muerto y todos los pacientes asumieron que su hija continuaría atendiendo la consultas como ya era costumbre desde que su padre se había

encerrado en el laboratorio para sólo salir a la hora de las comidas. Su madre tocaba en el piano una pieza de Satie que no interrumpió cuando Angela se acercó para darle un beso de despedida. Se limitó a sonreír con la misma sonrisa que había hecho que su marido chocara su coche recién comprado contra un poste el día en que la vio por primera vez, sola bajo un paraguas, detenida en la mitad de la calle, y dijo:

- pon atención al camino.

Entró a Oxford y al día siguiente supo que no aprendería allí nada que no supiera pero que tendría tiempo y facilidades para investigar. Un día, cuando ya faltaban pocos meses para entregar su tesis, un joven la escuchó hablar con una amiga en un pub y se atrevió a hacerle un comentario que en síntesis resumía la fórmula que ella venía buscando a tientas desde hacía mucho tiempo. Cuando volvieron a verse él le entregó el manuscrito de un ensayo sobre la poesía de las matemáticas y la invitó a pasear por el parque.

Era el final de la primavera y alrededor de la laguna los árboles exhibían todos los verdes que existen con una ostentación temeraria, pero los pocos pasantes miraban al piso o revisaban sus cuitas como quien cuenta y recuenta billetes gastados. Sólo ella y Samir asistían a la fiesta silenciosa de la naturaleza. Ella preguntó:

- ¿Cuál es el peor de los pecados?

- La vulgaridad- dijo él sin pensarlo un instante.

Desde esa noche y hasta la noche en que él se fue diciendo que no sabía si volvería vivieron juntos. Ella lo sospechó todo desde el principio pero no dijo nada nunca por miedo a que se rompiera la pompa de jabón en la que las horas se hacían infinitas entre palabras, silencios y caricias. Pero al verlo en el umbral de la puerta, mirándola con sus ojos negros y su aire de poeta de otro universo, no pudo guardar las ganas de tener de él al menos un signo.

- ¿Es la muerte?

- Lo sabrás tú si yo no lo averiguo. Mi diario está en la biblioteca. Nadie

sabe que existe.

12.

Llegó enferma, con fiebre alta y los ojos hinchados. Temblaba y caminaba con los pasos mínimos de alguien que está bordeando la cornisa de un rascacielos sin poder pedir auxilio porque su boca parecía una remolacha hervida y la garganta no tenía cómo reaccionar ante el dolor de la inflamación. Marisa la colocó en su cama como a una muñeca encontrada en el basurero y la cubrió con edredones. Se puso a preparar una tisana mientras Ernesto se paseaba fumando un cigarrillo con otro. Después de comprobar que dormía, pusieron música, abrieron una botella de vino y Marisa dijo:

- Es demasiado aérea para existir. Han estado a punto de matarla.
- Si no la matábamos nosotros la mataban ellos.

Al día siguiente recobró al menos el habla.

Era una mezcla de sollozos con frases inconexas en las que trataba de expresar que no había descubierto hasta entonces cuánto desgaste nervioso había en su costumbre de fingir que era alguien como los demás...pensaba que Marisa y Ernesto eran ángeles...lloraba otro rato, dormitaba, y tomaba a sorbos la tisana que Marisa le daba con una cuchara en la boca porque sus manos eran incapaces de sostener la taza que era demasiado real para que su mano temblorosa entrara en contacto con ella.

Pero a partir del momento en que logró ponerse de pie y sin decir palabra se dirigió como una sonámbula al piano que no había visto al llegar porque estaba en la biblioteca del otro lado del apartamento, pareció empezar a transformarse segundo a segundo, a medida que sus dedos recorrían el teclado cada vez con más agilidad y la sonrisa empezaba a resplandecer en sus labios, ya libres del alambre de púas que un dentista perverso había incrustado en las encías con la delicadeza de un mecánico dedicado a la reparación de tanques de

guerra y que Ernesto había tardado tres horas en desmontar como si desactivara una bomba.

Tomó un baño de tina preparado por Marisa con amor y ardides de hechicera y después de vestirse y comer por primera vez en tres días se sentó a la mesa donde estaban el ordenador y los apuntes y dijo:

-Trabajemos. Faltan tres semanas para mi asesinato.

13.

Tenía la lógica aplastante y despiadada de una versión actualizada de Big Blue, la computadora que había deshecho a Karpov en el tablero de ajedrez. Cuando su mirada se quedaba quieta en el aire, como la iguana que ha visto un insecto al alcance de su lengua, Marisa y Ernesto la miraban y temblaban, porque a continuación era seguro que soltaría una idea que avanzaba diez pasos de un salto hacia la solución del problema. En otras ocasiones se comportaba como una niña ingenua hasta la lástima sobre la que uno se pregunta si sus padres le habrán explicado cómo vienen los bebés al mundo. Y había una tercera faceta, claro, que era la que mantenía a Ernesto, que jamás se estaba quieto, contemplándola sin mover un músculo por horas con la mirada vacía de los idiotas cuando ella tocaba el piano o danzaba las zarabandas de Bach como si nunca en su vida hubiese descendido de un escenario. Le gustaba ser admirada y le divertían por igual los arrebatos erótico-metafísicos de Ernesto como los celos cómplices de Marisa, que desde el primer día la había adoptado como hermana, como hija y como tercer elemento de un triángulo incestuoso perfecto que estaba a miles de años luz de la vergüenza, la culpa o el miedo, porque era el fruto de sueños madurados lentamente, con delicadeza y paciencia monásticas y una devoción inquebrantable por la pureza absoluta de una clase de amor que puede permitirse todas las máscaras del carnaval cuando se supera el lastre de lo vulgar, como habría dicho Samir, que era en definitiva el guionista invisible de la representación. En realidad, no

habían hecho los tres otra cosa que amarse desde que estuvieron juntos. Las palabras, los gestos, los movimientos y las miradas que habían intercambiado y seguían intercambiando cada vez con mayor precisión y convicción eran otras tantas imágenes de un Kama Sutra paralelo que no había necesitado de la carne básica para producir ardores y estremecimientos como los que se describen en El cantar de Los cantares y que les habían permitido cambiar roles entre ellos para ser cada uno y los otros sucesivamente en una orgía fresca y despreocupada como las bacanales de la infancia de los tiempos, antes de que se cometiera el pecado de inventar el pecado.

Una noche, bebieron juntos e hicieron juntos un “cadáver exquisito”. A la mañana siguiente despertaron fortalecidos y convertidos en partes de una célula recién nacida que flotaba en un mar nunca antes inaugurado por el cosmos. Era una forma de vida sin bautizar que estrenaba un nuevo tiempo y se preparaba para crecer y multiplicarse en contra de todos los pronósticos y todos los depredadores de los abismos de la oscuridad.

14.

Cuando Angela tenía trece años, ella y su hermana Laura se pelearon. Laura iba a cumplir veinte y había heredado el temperamento apacible y realista de su madre, sin la que su padre no hubiera hecho otra cosa durante toda la vida que leer y fumar hierba en algún apartado rincón del Caribe, ganándose la vida como curandero gringo con algún herido y una que otra gonorrea de vez en cuando, como había hecho en el Tíbet. Laura contaba las cucharadas de té que quedaban en la lata hasta fin de mes y reducía la dosis en una quinta parte para engordar la alcancía de la familia, con la que lograron al cabo de diez años comprar la modesta casa en que aún vivía con su esposo, un honesto y guapo técnico de Kent que se había establecido en el pueblo como vendedor de

electrodomésticos seduciendo a las señoras mayores con su sonrisa campechana y sus habilidad para imitar a Tom Jones en canciones no muy afinadas según Emma pero siempre encantadoras. El doctor decidió intervenir una tarde en que Angela declaró que se iría a vivir a casa de su abuela porque Laura le escondía los lápices. Tenía la costumbre de morderlos mientras estudiaba y tirárselos a Flippo, el Golden Retriever, cuando habían perdido la calidad estética indispensable para servir como útiles de escritura dignos de la pulcritud de sus cuadernos y Laura le descontaba su precio de modo inclemente a su mesada de cines y chocolates. La medida iba a costarle el estreno de una película italiana que nadie sino ella había oído nombrar: recogió sus pertenencias más íntimas en una maleta vieja y dijo que no había nacido para vivir en una isla miserable que se creía el centro del mundo. Laura lloraba de compasión pero no dejaba escapar ni una lágrima porque estaba convencida de que vivía en un asilo de alienados y que su única esperanza si quería conservar la cordura y salir de allí un día vestida de blanco consistía en regirse por un sentido común cosido a retazos en su cabeza que le decía que en ninguna casa normal la deuda con la librería podía exceder el monto de los ingresos del padre de familia.

Los libros habían invadido primero el garaje en el que se oxidaba el carro chocado que nunca nadie reparó y luego siguieron apoderándose de todos los espacios vacíos hasta que llegaron a la alacena y desplazaron las cajas de spaghetti que fueron apilándose en el friegaplatos hasta que se llenaron de gorgojos. Laura negoció con paciencia y logró que se le permitiera a su novio construir una biblioteca adicional en la buhardilla y resolvió el problema momentáneamente. Pero un día no tuvo más remedio que hablar con el librero y llegar al acuerdo secreto de reciclar los volúmenes usados e incluirlos en los paquetes de los nuevos envíos en proporción de uno a tres, recibiendo dos más a mitad de precio para aliviar la deuda y el espacio de la pequeña vivienda que poco a poco fue recobrando su antiguo aspecto para admiración de todos, que no se

cansaban de alabar la habilidad de Nicholas para hacer rendir la capacidad de las buhardillas. Esto le valió ser aceptado como prometido oficial y una fama de artesano competente, divulgada desde el consultorio del doctor, que le permitió poner una carpintería que fue prosperando a la tasa de diez libros por tablón gracias a las habilidades de Laura y la sed de cultura del dueño del aserradero.

El médico escuchó los argumentos como si se tratara de síntomas de un cuadro de estreñimiento crónico severo y después de limpiarse las gafas con cuidado sentenció:

- Angela trabajará conmigo en la consulta por las tardes.

Laura, que se jactaba de ser realista era sin embargo la más sentimental de todos, por lo que de inmediato respondió que no podían poner en la calle a Miss Wilson, quien dependía de su sueldito para enviarle a su hijo que estudiaba en Londres el único sustento con el que el pobre contaba. Entonces Angela trajo papel y un lápiz casi intacto que había rescatado entre los huesos de Flippo e hizo una cuenta rápida y sencilla. Se le mantendría a Miss Wilson su sueldo pero se le reduciría el tiempo de trabajo a la mitad, como premio a su dedicación y como incentivo para permitirle dedicar más tiempo a sus galletas, que se vendían en la mercería y en el puesto de periódicos y se agotaban a media mañana todos los días. Por su parte, Angela no cobraría nada, pero iría acumulando sueldos vencidos hasta que Miss Wilson, que ya pasaba de los setenta, se retirara. De esta manera le harían un favor adicional que consistía en poner al hijo pródigo de Londres en cuenta de que no podría seguir viviendo eternamente de la mesada materna: en el pueblo decían que se la pasaba en los bares y que nadie le había visto nunca abrir un libro.

Con este arreglo se hicieron las paces y Angela pudo llegar, con la lengua afuera, al estreno de *La Nave Va*, de Fellini.

Tiraron la puerta en la madrugada, sin concesiones ni recato y los sacaron a punta de pistola semidesnudos. Se los llevaron en coches distintos. A Marisa la hicieron entrar a la fuerza en un sedán negro y la pusieron entre dos tipos grandotes que no la dejaron mirarlos durante el trayecto y que tampoco le permitieron levantar la vista para ver por dónde transitaban. Se miró las rodillas durante unos veinte minutos, hasta que se detuvieron y la hicieron bajar.

Estaban en el sótano de un edificio sin señas particulares y subieron en un ascensor hasta el piso 83. Un pasillo de oficinas apagadas y al final un cuarto iluminado, con una mesa, varias sillas y un espejo de pared a pared.

Cerraron la puerta tras ella y se sentó. Al rato le trajeron una manta y un café. Era una jovencita con cara de hispana que no dijo una palabra pero que no parecía odiarla demasiado. Después entró el gordo, comiendo una dona.

- Han ido ustedes demasiado lejos- dijo sin preámbulos.

-¿Quién es usted? - preguntó Marisa.

-No tiene la menor importancia. La señorita Lynn está bajo mi custodia. Ustedes creen que van a salvar el mundo raptándola, pero no es así. La ponen en peligro.

- Su custodia ha resultado un tanto insegura, me parece.

- Hubo una falla de procedimiento que no se repetirá.

- Reportaré este asunto a mis superiores.

- No reportaré nada, está despedida.

El gordo sacó un sobre del bolsillo de su saco y se lo entregó. Era una carta de la oficina donde ella trabajaba, firmada y sellada correctamente.

Se quedó un rato mirándola, con la mente trabajando a toda velocidad para intentar hacerse un cuadro plausible de la situación. Recordó un

par de conversaciones algo fuera de contexto con su jefe la semana pasada y el comentario de un colega relacionado con la utilidad de pensar en unas vacaciones, pero no logró que se produjera ninguna idea esclarecedora que le permitiera descubrir cómo los acontecimientos se habían precipitado hasta ese punto sin que ella percibiera ninguna señal de alarma. Concluyó que había puesto una confianza excesiva en la limpieza y la discreción de Ernesto y su equipo y se dijo que estaba pagando el precio justo por la temeridad de involucrarse hasta el cuello en una maniobra extraoficial. Aunque no entendía, estaba tranquila.

-¿Dónde está el hombre que estaba con nosotras? – preguntó.

- Su hermano está bien y le diré que personalmente no dudo de que tenga buenas intenciones, pero este es un asunto serio y debe ser manejado de manera profesional. De usted tengo las mejores referencias, y no quiero que piense que esa carta implica que no se valore su trabajo. Por el contrario, fue muy difícil lograr que la firmaran.

- Podrían haber hablado conmigo, al menos.

- Mientras menos personas conozcan el asunto, mejor. En su oficina todos piensan que usted será trasladada a otro departamento y que el despido es sólo un trámite administrativo.

- ¿Y en cambio...?

- En cambio tiene usted la oportunidad de que lo que sus colegas piensen corresponda en parte a la realidad. Estoy dispuesto a contratarla.

- ¿A contratarme? ¿Para qué?

- Para que siga haciendo lo que emprendió por su cuenta con su hermano, pero bajo mis órdenes y según mis procedimientos.

“Sus infalibles procedimientos” pensó Marisa, pero no dijo nada.

La muchacha latina entró con una bandeja de donas y más café. El gordo cogió una con lluvia de chocolate e invitó a su rehén a imitarlo con un gesto de la mano y la mueca de su boca llena que quería parecerse a

una sonrisa.

- Tendrá que ponerme usted al tanto de sus planes y sus propósitos - dijo Marisa después de tomar un sorbo de café.

- Primero me pondrá al tanto usted de lo que sabe y lo que sospecha. En este momento dos de los míos hacen lo mismo con su hermano y con la inglesa. Ese es mi procedimiento.

“Le gusta la palabra” pensó Marisa disimulando sus ganas de reír.

- Verá- continuó el gordo después de limpiarse los restos de chocolate con una servilleta que colocó en la taza vacía de café.- Yo no juego al agente secreto. Vengo de la policía y sigo siendo un policía. Para mí los criminales políticos son criminales y punto. No me interesa entenderlos, sólo quiero detenerlos.

Había tomado otra rosca y sacado la servilleta de la taza para servirse más café. Hablaba con la boca llena y una expresión de ingenuidad y franqueza que inspiraron a Marisa un sentimiento de ternura. Se lo imaginó con ocho años, tratando de convencer a sus compañeros de escuela de que lo dejaran jugar con ellos al béisbol.

- Y debo admitir que estos criminales tienen la mente más malditamente torcida con la que me ha tocado lidiar. Por eso los necesito a ustedes. Siempre y cuando respeten...

- Los procedimientos - completo Marisa.

- Veo que empezamos a entendernos -dijo el gordo con una gran sonrisa en la cara inflada con la tercera dona.

16.

“Para aprender a volar, lo primero que hace falta es convencerse de que el aire existe, aunque no se vea”. Samir había escrito esto en una de las últimas páginas de su diario, pocos días antes de desaparecer. Angela recordó el pasaje cuando al final del interrogatorio, que le pareció una mala copia de Kafka escenificada por actores con acento de Brooklyn, uno de los policías le dijo a modo de conclusión que no correspondía en

nada al tono del discurso precedente:

- Estará a salvo en la Isla. El pescado es muy fresco allí.

Aunque las islas en general no eran objeto de su predilección, se dijo que aquello podía interpretarse, si se omitía la referencia al pescado como la amenaza velada de convertirla en cadáver, como una esperanza. “La esperanza es el mejor de los remedios” dice el Principito, por lo que decidió reponerse y aceptar el café y la dona que le ofrecían aunque pudieran ser el último deseo que dicen que se otorga a los condenados...Descartó también esa idea y llegó a una precaria convicción: aquello era más complicado que los diabólicos teoremas de Lobachewsky que casi le hacen perder un trimestre.

Sonrió y preguntó:

- ¿Hay una Isla? ¿Se refiere a un objeto geográfico de condición física?

El policía la miró con ojos que parecían huevos fritos y se convenció de que los británicos hablaban un idioma que nada tiene que ver con el inglés: sus conocimientos no llegaban a explicarle por qué Inglaterra se llamaba así.

- Una cosa con playas, palmeras...Tenemos unas oficinas allí. Yo no he ido todavía, pero me han dicho que es muy bello.

Angela supuso que la respuesta tendía a demostrarle que su condición de islómana no era de origen genético sino kármico.

-¿Hay un piano?-

El agente no la quiso mirar esta vez. Sintió que la dona se le detenía en la garganta y maldijo a su jefe por la maldita manía de comer y hacer comer a todos esos asquerosos salvavidas de harina. Se alejó de la chica y salió corriendo por el pasillo, lo que Angela interpretó como un signo nefasto. En el lavabo, se encontró con un colega que orinaba y que al verlo vomitar le preguntó:

- ¿Tan malo es ese whisky? Anderson me dijo que no lo comprara...lo barato sale caro.

Cuando regresó, la inglesita movía los dedos a toda velocidad sobre la

mesa, con los ojos cerrados. Estaba ensayando en silencio la “Pavana para una niña difunta” de Ravel.

- No hará falta que escriba usted su declaración, señorita- dijo ya repuesto- la secretaria se ocupará de eso.

Angela levantó los párpados y notó que el cuello de la camisa del hombre estaba manchado.

Recordó el día en que su tía Sally había dejado caer su lápiz labial de la cartera sin darse cuenta. Ella tenía siete años y se había escondido en el baño para ensayar el ritual que había visto practicar a Laura a escondidas. No entendía muy bien cuál era el objetivo de disfrazarse para presentarse ante otras personas a quienes no podía disimularse la propia identidad, pero puso su mejor empeño en intentar cubrir la superficie de los labios sin pasarse de los bordes. Pero aquello no era como los lápices de colores ni como las barras de pastel que ella estaba acostumbrada a usar; era blando y grasoso y se deslizaba como mantequilla en un muffin caliente con la diferencia de que el muffin es plano y tiene una superficie más amplia. Cuando tocaron a la puerta dijo que ya salía y se limpió a toda prisa con lo primero que encontró a mano, sin percatarse de que se trataba de la camisa que su padre debía ponerse esa tarde. El carácter distraído sí es una condición hereditaria, y el doctor sólo se dio cuenta de la mancha cuando su esposa se inclinó sobre él con ojos incrédulos, como si hubiese descubierto un alacrán en su cuello. Con un gesto instintivo, él apartó el bicho imaginario y terminó sin quererlo dándole a Emma una monumental cachetada. Esta se alejó llorando y gritando y no quiso hablarle hasta tres días después, cuando vio que todas las muñecas de Angela parecían preparadas para ir a una fiesta.

La tía Sally nunca recuperó el lápiz labial, pero Floppy estuvo a punto de sufrir de una peritonitis.

Ernesto estaba ilusionado porque pensó que, finalmente, iba a ser interrogado por el FBI. Pero aquel hijo de mexicanos con camisa de seda rosada y esclava de oro era cualquier cosa menos un agente federal. “Men in pink” pensó: “van a combatir el terrorismo con cantantes de salsa porque Latinoamérica es la única región donde el Islam no ha penetrado todavía ¡Bravo! El mundo está en buenas manos.” Jugó el ping pong que se sabía de memoria sin hacer demasiado alarde de destreza y al cabo de un rato estaba ya sugiriendo al policía las preguntas que debía hacer a continuación, porque éste miraba una y otra vez unos apuntes que le habían dado sin encontrar ninguna inspiración.

“Esto es una rutina de comisaría del West Side” se dijo. “O nos toman por delincuentes comunes o somos los conejillos de Indias de una de esas unidades autónomas que han fundado con policías supernumerarios a los que les dan un entrenamiento de dos semanas en contraespionaje para justificar el crédito adicional de Defensa ante el Congreso. Si es así, espero que las mujeres no suelten demasiado la lengua; puede que no tengan todavía la menor idea de la magnitud de lo que han pescado”.

Mientras seguía respondiendo de manera automática, recorrió mentalmente la cadena de contactos para intentar descubrir dónde había podido producirse la filtración. A parte de ellos, sólo dos personas conocían el paradero de Angela hasta esa noche. Una era Jack, su compañero de mil batallas en quien confiaba más que en sí mismo y que además había tenido sólo una intervención ocasional, al mantener a Angela en “cuarentena” antes del viaje para observar si había movimientos del otro lado. Pero nada pasó, ni siquiera visitaron el domicilio vacío en busca de indicios. El otro era el Viejo, que detrás de su fachada de catedrático colaboraba con él desde hacía años y que se había limitado a servir de puente entre él y la chica, que lo conocía y le tenía particular aprecio, por lo que le había confesado sus inquietudes,

que el Viejo había transmitido inmediatamente a Ernesto.

La otra posibilidad, la peor, era que el enemigo hubiera averiguado de alguna manera la jugada y hubiese dejado colar la información a estos polizontes de segunda para atacar después con mayor facilidad que la que hubieran tenido si caía en manos más profesionales. Pero si era así ¿Por qué no habían atacado directamente en el apartamento de Marisa? No daba con la solución y ya se estaba cansando de esperar que la torpeza de su interrogador le diera alguna pista. Sabía por experiencias similares que toda pregunta implica una gama limitada de respuestas de las que se puede inferir lo que el inquisidor sospecha o teme, pero este novato no tenía idea alguna de las reglas básicas de ese sutil ajedrez: movía sus caballos como si fueran peones, porque sin duda alguna podía haberse destacado como peón o incluso como jinete, pero era un fracaso como detective.

18.

El hombrecillo de barba blanca tenía la mirada fija en los dos hermanitos que jugaban en el tobogán. Mientras él niño corría escaleras arriba, se detenía por un instante y se lanzaba, la niña le tiraba piedritas intentando alcanzarlo. Se reían sin parar y el hombrecillo los miraba: parecía estar filmando la escena en secreto.

El otro se sentó a su lado y eructó. El hombrecillo no giró su cabeza ni se inmutó. Dijo solamente:

- Las donas son indigestas, Tony.

Tony se puso a leer el periódico, o a fingir que lo leía, porque comenzó a hablar en susurros apenas inteligibles.

- Sólo responde a mis preguntas- dijo el de la barba. ¿Los trataron con delicadeza?

-Bueno...Los muchachos se tomaron el papel un poco en serio. Tenían que ser algo rudos para parecer policías...

-¿Qué tanto?

- Lo normal, ya sabe...unos cuantos empujones y nada más.

-¿Hicieron mucho escándalo en el edificio?

-Nadie se enteró. Willy es cerrajero. Fingimos que habíamos forzado la puerta para darle más realismo, pero...

- ¿Y los porteros?

- Nada. Entramos y salimos por el sótano. No nos vieron.

- Bien. ¿Y la dama? ¿Cómo reaccionó con lo de la carta?

- Protestó, pero no sospechó nada. Lo que usted había dicho: la rabia de... ¿Cómo dijo usted?

-La rabia de ser descubierto impide descubrir la verdad.

-Eso.

-Bien- respondió el hombrecillo sin perder de vista a los niños, que ahora discutían porque una de las piedritas había dado en el blanco. El varoncito lloraba y la chiquilla parecía darle consejos severos de madre miniatura.

- ¿Seguimos con el plan?- preguntó el gordo.

-¿Se le ocurre otra cosa?- respondió el otro y se levantó sin mirarlo. Caminó hacia el lugar donde estaba el tobogán y se acercó a los niños, que seguían discutiendo. Al verlo, los dos se quedaron callados y la niña soltó unas piedritas que conservaba en la mano, temiendo un regaño. El hombre sacó de su bolsillo una pelota de tenis y se la lanzó al niño sin decir palabra. Este la atajó y se quedó observándolo en espera de una explicación.

- La mejor manera de que sigan jugando sin pelearse es que cambien de lugar cuando uno de los dos anote un tanto- dijo.

A continuación sonrió, dio media vuelta y pareció dirigirse hacia la salida del parque. Ya nadie lo observaba cuando subió a la Harley Davidson y arrancó a toda velocidad por la avenida.

19.

Era una villa en la colina sobre la bahía parecida a todas las villas de la

colina. Una avenida amplia bordeada de palmeras conducía a la entrada principal donde un hombre alto de piel oscura con aspecto de nativo y una mujer pequeña y gorda vestida con un uniforme de doméstica y anteojos de sol los esperaban quietos como si posaran para una foto. A su lado, un robusto mastín napolitano olfateaba el curso de una abeja que le rondaba la cabeza insistentemente.

Los condujeron a una sala amplia con una terraza desde la que se apreciaba un espléndido panorama de la playa y el embarcadero y les ofrecieron asiento frente a un desayuno típico. El mobiliario era de buena calidad y todo estaba decorado con buen gusto, aunque algo impersonal: parecía más una escenografía de cine que una vivienda habitada. Sobre todo por el piano, colocado en la mitad de un saloncito, que conservaba aún cinta adhesiva del embalaje en que había sido transportado. Eso no fue obstáculo para que Angela se sentara en él y comenzara a tocar una balada de Chopin. El policía con cara de latino se mantuvo junto a ella un buen rato, admirado, hasta que el gordo lo vio y le hizo un gesto que indicaba que había otras cosas que hacer y que él obedeció de mala gana, dirigiéndose hacia la parte alta de la casa.

Había una habitación con baño para cada uno; todas con vista y equipadas hasta el mínimo detalle. Daban a un corredor en el extremo del cual se abría una estancia de forma semicircular en la que vieron una mesa redonda, un escritorio con un ordenador, varios periféricos y una biblioteca que contenía una variada y heterogénea colección. En uno de sus estantes había también un equipo de audio y una clasificador de discos repleto. Por el ventanal curvo podía verse un jardín tropical con una piscina del que partía un sendero estrecho al final del cual se descubría, a lo lejos, una playa desierta.

- Aquí trabajarán- explicó el gordo a Marisa. Se dirigía siempre a ella, ignorando completamente a Ernesto y a Angela. Esto era conveniente para Ernesto, que sentía por el hombre una antipatía visceral que no hubiese podido disimular si le hubiese tocado ser él quien sirviera como

interlocutor. Era sin duda un sentimiento compartido por Johnson – así se había presentado a Marisa- que esquivaba las miradas punzantes de su hermano mirando siempre a otra parte y frunciendo el ceño, con lo que trataba de parecer pensativo.

-Son unos imbéciles insoportables- dijo Ernesto cuando los dejaron solos. Observaba desde la terraza la partida del automóvil al tiempo que hojeaba un folleto turístico con fotos y un mapa de la isla.

- Debemos estar aquí- agregó al rato, señalando una ensenada al suroeste del plano.

Angela, reclinada en una tumbona cercana contemplaba el paisaje con gesto indescifrable.

Marisa cavilaba. Algo le seguía resultando incomprensible pero no lograba detectar qué era exactamente. Según le habían dicho, estarían a salvo allí mientras las fuerzas de Johnson se ocupaban del enemigo. La casa estaba vigilada. Ernesto había hecho ya una inspección general y había contado las cámaras y su ubicación. A la entrada de la propiedad habían visto una caseta, y al lado del jardincito que se veía desde la planta alta se notaba un pabellón que podía ser el centro de vigilancia, porque había varias antenas en el techo y un ventanal de vidrio de seguridad ahumado desde el que seguramente se tenía una vista completa de la mansión. Pero ¿Qué fuerzas eran esas y de qué enemigo se ocupaban? El gordo era vago en sus explicaciones y Marisa lo había pescado en varias incongruencias. Más que ocultar algo que sabía y no quería compartir parecía tratar de disimular su falta de información. Era como si sólo conociera una pequeña parte de la historia y no estuviera muy interesado en conocer el resto. Le había dicho que deberían enviar sus informes por e-mail a una dirección que entregó escrita a mano en un trozo de papel, y que recibirían instrucciones por la misma vía. Pero no había aclarado de qué informes hablaba ni qué tipo de instrucciones se les enviarían.

Al no encontrar una respuesta a sus preguntas, Marisa decidió dejar que

los acontecimientos produjeran información nueva que le aportara indicios de otra clase y decidió que se tomaría aquello como unas vacaciones imprevistas. Pero Ernesto no era de su misma opinión y no estaba dispuesto a quedarse allí sin hacer nada.

- Esto se parece a una maniobra de protección de testigos, dijo.
- Eso existe únicamente en la películas- respondió Marisa, que comía una banana.- En la vida real...
- Las cosas no ocurren de la misma manera que en la ficción- completó Ernesto.- Me los has dicho cientos de veces.
- Y seguiré haciéndolo hasta que te convenzas.
- Pero esta vez tu vida real no está colaborando contigo, hermanita. Esto es ficción de la mala que quiere hacerse pasar por vida real. No es suficiente que las cosas sucedan, hace falta...
- Que tengan un sentido, ya lo sé.

La discusión había empezado muchos años atrás y ninguno de los dos sentía que hubiese obtenido alguna ventaja contra el otro en la interminable polémica. Desde muy pequeño, Ernesto había sostenido que todo lo que ocurre obedece a un plan premeditado. Cuando un profesor del Liceo dijo en clases que la realidad supera muchas veces a la ficción, él llegó a casa con una expresión que nadie supo interpretar y se encerró en su cuarto durante todo el fin de semana. Sólo salía para comer y respondía con monosílabos a las preguntas que le hacían. Su padre pensó que estaría enfrascado en alguna lectura de las que lo atrapaban por completo, como a menudo sucedía, y su hermana imaginó que estaba enamorado. Fue su madre quien descubrió en su mirada algo que nunca antes le había visto y dijo:

- Acaba de descubrir la teología.

No le prestaron atención, pero desde ese día Ernesto comenzó a interesarse exclusivamente en el estante de temas religiosos de la biblioteca, que contenía unos cien libros poco frecuentados.

Hacía preguntas aisladas sobre el alma, los ángeles, tal o cual pasaje de

la Biblia y le respondían con lo que a él le parecía un cariñoso desdén por las cuestiones que se estaba planteando. Un día, después de recibir de Marisa una evasiva en cuanto a lo que ella pensaba sobre la creación del universo, espetó en voz bien alta, para que todos los que estuvieran en la casa lo oyeran:

- Ustedes son todos unos reaccionarios.

Le hablaron de moderación, de realismo, de evitar los fanatismos, de la vida espiritual íntima que no debe confundirse con el mundo de lo visible. Ernesto fruncía la cara y respondía siempre con gruñidos sentenciosos, que parecían expresiones salidas de la boca de un inquisidor de la edad media.

- la realidad es una ficción.

Se convirtió en su lema. Cuando la fiebre inicial cedió, recuperó para alivio de todos su naturalidad perdida, y retomó la lectura de novelas y libros de Historia, pero había perdido para siempre su interés por las interpretaciones literales. Si le tocaba asistir a una discusión sobre política, en la que muchas veces su padre asumía posiciones radicales y apasionadas, escuchaba los argumentos con una sonrisita distante, como si estuviera asistiendo a una conversación entre dementes.

Marisa lo percibió y pensó que estaba volviéndose loco.

- Tienes que vivir y dejar de pensar tanto.- le dijo.

- Ese vivir de que tu hablas no es más que una idea que te haces de lo que debe ser vivir.

- Vivir es respirar, actuar, amar...

- Ninguna de esas cosas existe. Son inventos de la ficción.

Marisa no insistió. Él se mantenía en su integrismo idealista, como lo había bautizado su padre, pero no perdía ocasión para divertirse con sus compañeros, por lo su hermana decidió que su locura era inofensiva para él mismo y dejó de preocuparse por él.

Pero a lo largo de los años, cada vez que ella le había pedido alguna opinión sobre asuntos importantes, él siempre le había respondido con

frases que ella encontraba cínicas y desconectadas de la realidad.

-No quieres a nadie- le respondía ella llorando.

- El amor es una ficción.- replicaba él. Cuando lo entiendas...

Ella no quería entender nada. Sólo esperaba de su hermano una frase alentadora, o un gesto afectuoso. Con el tiempo comprobó que no era indiferente o insensible, porque a la larga la ayudaba, muchas veces sin decírselo, sino que tenía una idea fija acerca del mundo que le impedía dar importancia a las cosas por las que los demás luchaban y sufrían. Por el contrario, los hechos más banales eran para él significativos; ante la descripción de un accidente o un suceso desafortunado, siempre hacía preguntas acerca de detalles circunstanciales. Eso no siempre gustaba a los demás. Cuando uno de los novios de Marisa sufrió un accidente grave y Ernesto la acompañó a la clínica donde el muchacho convalecía con una pierna y un brazo enyesados, le preguntó a qué hora había ocurrido el choque y cuál era el nombre de las calles que formaban la intersección. Ya fuera del hospital el novio dijo un día a Marisa:

- Tu hermano es un hijo de puta.

Marisa le respondió con una bofetada sonora que puso fin a la relación. Años más tarde, cuando le informó a su hermano que se casaría, éste le preguntó cómo se llamaba el afortunado. Marisa le dio el nombre y el apellido y Ernesto respondió lacónicamente.

-Tiene el nombre de la calle donde el otro casi se mata, ten cuidado.

00000000000000000000

- En la vida real, lo cierto es que estamos encerrados en una isla y no sabemos siquiera por qué- dijo Angela saliendo de su silencio.

- ¿Qué propones?- preguntó Marisa.

- Que huyamos, evidentemente.

Marisa y Ernesto se miraron. Cuando Angela utilizaba la palabra “evidentemente” lo hacía con la intención de expresar que había estudiado el asunto exhaustivamente; casi nunca se equivocaba.

- Las únicas personas que saben que estamos aquí- prosiguió- parecen ser estos policías de modales deplorables e ínfima cultura. Si desaparecemos, nadie sabrá donde encontrarnos. Y esa es la idea ¿No? Las mentes de los otros dos comenzaron a trabajar al unísono, como motores de autos de carrera en la línea de partida.

20.

Marisa soñó que se encontraba en un sótano. Bajaba unas escaleras oscuras y en un rellano encontraba a una mujer joven, que en el sueño era su hija. Esta le abría la puerta de una bodega y Marisa descubría una colección de vinos de gran valor, muy bien ordenada y mantenida. La joven no decía nada, pero en su expresión se leía un mensaje ambiguo: era como si se disculpara de no haber comentado hasta entonces la existencia de esa cava secreta y al mismo tiempo lamentara tener que abrirla. Marisa despertó y escuchó que los pájaros cantaban. Era un día espléndido y se oían risas que venían de la planta baja. Se asomó a la ventana y vio a Ernesto y a Angela sentados en el patio, desayunando. El perro capturaba en el aire las uvas que Angela le tiraba con distintos y calculados trayectos mientras Ernesto hojeaba un periódico. Se puso una bata y bajó. Pero no se dirigió al patio directamente, sino que se asomó por detrás de la escalera y descubrió la puerquita. La abrió y vio que en la pared interna había un interruptor. Al encenderlo pudo ver la escalera. Se introdujo, y cerró la puerta tras ella. Bajó unos veinte escalones y encontró otra puerta. Estaba cerrada con llave. El rellano era amplio y húmedo, y las paredes parecían haber sido cavadas en la piedra.

El hombre alto dijo llamarse Miguel, aunque todos lo llamaban Mike. Era el chofer y estaba autorizado a conducirlos donde quisieran, aunque le habían dicho que nunca debía perderlos de vista porque eran personas importantes y había que ocuparse de que nadie los molestara. Después

del almuerzo bajaron hasta el pueblo. Un jeep con dos guardias los escoltó. Mientras las mujeres tomaban sol en la playa Ernesto se hizo conducir a la biblioteca municipal y le dijo a Mike que estaría allí un par de horas. Uno de los guardias se apostó en la entrada, con su radio de dos bandas abrochado al cinturón y su pistola mal disimulada bajo la camisa de flores. El otro se había quedado en la playa, tomando un refresco a poca distancia de sus protegidas.

Cuando volvieron a encontrarse Ernesto tenía una expresión de triunfo. A Marisa le pareció demasiado ostensible y le dijo en francés que no fuera tan evidente.

- La isla tiene una historia fascinante- comentó él en voz alta. Al parecer fue un emporio perlífero en tiempos de la Colonia.

Mike se sintió aludido por el comentario y pidió permiso para contar una historia.

Su abuela, que se llamaba Felicia, era hija de un pescador. Vivían en una aldea de la costa norte, muy pobre y ya desaparecida, en la que estuvo en un tiempo la oficina de la casa más grande de comerciantes de perlas. Francisco, el pescador, había oído muchas leyendas acerca de peces que se tragan anillos y monedas de oro que la gente descubre al abrirlas como enviados por la Providencia, pero pensaba que se trataba de patrañas. No creía en curas ni en milagros y se quedaba fumando en las puertas de la iglesia cuando su mujer lo obligaba a acompañarlo para encender velas a los santos en espera de una ayuda que nunca venía. Cuando el cazón que había pescado una madrugada en que estuvo a punto de hundirse a causa de una tormenta eléctrica más fuerte que otras se limpió en su casa él estaba durmiendo. Su hijo pequeño lo despertó con la noticia que ya todo el pueblo comentaba: que una madreperla que se había tragado el pescado contenía una perla enorme, blanca y redonda, que costaba al menos el precio de la casa.

- Los cazones no comen ostras- había dicho Francisco sin levantarse de la hamaca.

Pero la perla era buena y toda la familia se presentó esa misma tarde en la sede de la compañía exportadora con una cajita llena de algodón que abrieron en presencia de un joyero y de otro funcionario con cara seria y entrecejo fruncido.

- ¿De dónde la sacaron?- preguntó.

- De la barriga de un cazón.- gritó el niño antes de que su padre le ordenara que se callase.

- Es muy sospechoso: parece de cultivo- dijo el joyero.

La mujer de Francisco relató la historia con todo tipo de detalles. La tormenta, las magulladuras de su esposo que había aparecido pálido y tambaleante como si se despertara de una pesadilla, la tarea de abrir el pescado y el corte que se había hecho en un dedo con el cuchillo; la oyeron sin decir palabra hasta que el funcionario la interrumpió en la mitad de una frase y sentenció:

- Usted se desveló esperando a su esposo y soñó todo eso. ¿Dónde está el pescado?

- En la olla.

- Entonces ya no sirve como evidencia. Se lo digo yo, que soy abogado.

El único milagro fue que liberaran a Francisco del pago de una multa por tráfico ilegal de perlas. Se la confiscaron y una semana más tarde estaba exhibida en la vitrina de la joyería en la paupérrima compañía de una docena de perlas cultivadas escuálidas y tristes que sólo hacían que se viera más grande y más radiante. Un americano la compró y alguien le contó en el hotel la historia del hallazgo. El gringo estacionó un día su automóvil de lujo en la callecita polvorienta y preguntó por el pescador. El no quiso recibirlo, pero su mujer volvió a contar la historia y mostró la cicatriz en el dedo y la cabeza del pescado que había conservado en salmuera como recuerdo inútil dentro de un recipiente de vidrio sobre el que se veían los restos de una vela encendida para enternecer a los santos.

El americano no hizo ningún comentario pero volvió media hora más

tarde con el boticario, que declaró que aquel cadáver de pescado se conservaría por años en un frasco hermético lleno de formol. Entonces el turista metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de dólares y las piernas de la mujer de Francisco temblaron. Pero éste, que oía la conversación desde el patio donde reparaba en silencio una red se acercó y dijo:

- No está a la venta. Es una reliquia ¿No ha visto la vela?

No lo sacaron de sus trece hasta que el gringo ofreció la misma cantidad que había pagado por la perla. Entonces el boticario se llevó el frasco y todos salieron de la casa. El niño corrió a contar la noticia y la mujer a la iglesia, donde se confesó por haber vendido una botella llena de agua bendita. Por una vez, Francisco entró con ella y mirando el crucifijo creyó entender un episodio oscuro del catecismo que le habían hecho aprenderse de memoria en su infancia: Cristo había pasado tres días negociando con el diablo para que lo dejara resucitar.

21.

Ernesto explicó que la casa había sido construida en un lugar donde se levantaba antiguamente un puesto fortificado de observación. En aquella época los túneles secretos eran bastante comunes; la fortaleza del puerto tenía uno que los turistas visitaban y que conducía hasta una pequeña cala oculta entre las rocas. Por la fecha de construcción de la casa, que Ernesto había establecido con bastante exactitud por los periódicos locales donde se reseñaba el plan urbanístico que había permitido la edificación de las villas de la colina, era imaginable que los constructores hubiesen fijado las fundaciones en la roca sin explorar demasiado el subsuelo. Habrían conservado el foso ya existente para hacer en él la cava, que noche tras noche habían visitado a escondidas él y Marisa en busca de la salida secreta, sin encontrar otra cosa que estanterías vacías en las que alguna vez hubo botellas de reserva y que ahora eran nido de arañas y depósito de herramientas.

Ernesto levantó un plano rudimentario en la computadora y llegó a la conclusión de que si había un pasadizo secreto debía descender desde la casa hasta la playita de la parte trasera en un declive moderado de unos cien metros de longitud. Se hicieron acompañar a la playa privada por el séquito inamovible sin el que no podían asomarse más allá del perímetro vigilado por las cámaras y pasaron el día tomando sol y haciendo inocentes incursiones submarinas en el farallón cercano con el pretexto de recoger caracoles para la colección de Marisa, que se encargaba de entretener a los vigilantes escuchando y contando toda clase de cuentos.

Cuando Angela salió del agua con una botella vieja cubierta por mejillones ninguno de los acompañantes hizo comentarios que dejaran pensar que relacionaban la playa con la cava de la casa. Debía haberse caído, en opinión de Mike, de algún yate de los que de vez en cuando anclaban del otro lado del acantilado, donde había una entrada en la roca que describió como una gruta con la altura de un hombre de pie y que había frecuentado cuando era niño. Sin que se le sugiriera nada se ofreció a llevarlos en el bote con motor fuera de borda de un amigo y acordaron la excursión para el día siguiente.

El bote de Alfonso, el amigo de Mike, era una minúscula embarcación en la que no cabía el grupo completo. Después de mucho deliberar en un rincón de la playa, los guardianes y Mike acordaron que se harían dos viajes y que uno de los policías acompañaría a las mujeres mientras el otro se quedaba en tierra con Ernesto. Angela los había bautizado “los ayudantes de Kafka” refiriéndose a los personajes que acompañan a todas partes al agrimensor en El Castillo. Sólo conversaban con Mike y siempre alejados de ellos, no respondían a preguntas o comentarios y rara vez mostraban alguna intención o algún sentimiento en sus rostros de los que las gafas oscuras de montura negra y gruesa parecía formar parte indisociable. Ernesto los llamaba “Blues Brothers” y cada vez que

lo hacía Marisa agregaba como si fuera una respuesta litúrgica: “We are in a mission from God”, para completar el paralelo con la película.

La playita donde se encontraba la gruta no tenía de punta a punta más de cincuenta metros; era una breve franja de arena con algunas palmeras, completamente encerrada de rocas por todas partes. Estaba claro que era imposible escapar de allí sin disponer de una embarcación, por lo que Mike y los ayudantes aceptaron a petición de Ernesto, que argumentó que las mujeres esperaban estar solas para broncearse sin bañador, dejarlos allí y recogerlos antes de la caída del sol. Antes de que el bote partiera, Mike les mostró el interior de la cueva y les contó que según una antigua leyenda un pirata había permanecido allí por varios meses.

- ¿Sin comida ni agua?- preguntó Marisa.

- Si se adentran algo en el mar verán que hay un bosque de coral muy cerca. No es difícil pescar moluscos. En cuanto al agua...

Mike se había adentrado en la caverna y se hallaba en el rincón más alejado de la entrada, en cuyo techo pudieron ver unas pequeñas estalactitas que formaban algo parecido a un cepillo de piedra.

Mike colocó su mano bajo una de ellas y al poco rato mostró una gota en la palma de su mano.

- Es agua dulce, dijo. El marino la recogía con un cordel en un recipiente que había fabricado con un coco seco.

Se quedaron allí en silencio, imaginando las vicisitudes de aquel Robinson pirata hasta que Mike, con la cortesía rudimentaria pero amable con que siempre los trataba, se despidió y les deseó un día feliz en la cueva del náufrago.

No había al parecer otro misterio en la gruta que aquella gota imperceptible que se colaba desde alguna fuente ubicada en la parte alta del acantilado. Mientras las mujeres tomaban el sol y bebían vodka

con zumo de naranja que habían traído junto con los alimentos y los enseres preparados para el picnic, Ernesto se colocó una máscara de buceo y decidió visitar el fondo del mar.

Era un espectáculo hermoso de colores, luces y movimientos. Se dejó flotar sin impulsarse en ninguna dirección precisa y sintió cómo la corriente lo llevaba con suavidad a lo largo de la costa. El silencio submarino, que no se parece a ningún otro, lo fue envolviendo y le produjo una sensación de calma perfecta. Se imaginó como una ave planeando en la brisa; el agua era transparente y el fondo parecía una colorida selva de otro planeta en la que transitaban pequeños habitantes con carreras furtivas de uno a otro escondite mientras peces de distintos tamaños y formas sobrevolaban como patrullas aéreas encargadas de la vigilancia. La arena del fondo era en algunas partes roja y hacía un contraste que parecía vibrar como un sonido con el verde transparente de las algas que se movían en una ondulación armoniosa y delicada. A medida que fue siendo arrastrado mar adentro el agua se fue enfriando y la distancia que lo separaba del fondo se hizo mayor. De pronto se vio flotando sobre un valle profundo y oscuro por el que se arrastraban peces marrones parecidos a bigotudos gatos sin patas. Se encontraba en un estado de total receptividad y su mente había dejado de producir pensamientos al ritmo habitual en él; las imágenes eran observadas sin comentarios complicados y sin asociaciones múltiples: sus ideas se enfriaban con la temperatura del agua y se aquietaban hasta casi detenerse y ser sólo un espejo de lo que estaba contemplando. “Así debe ser la muerte” pensó esa noche recordando el momento.

Y si aquello era la muerte lo que ocurrió a continuación podía ser la otra vida. Un ruido grave y una sombra acompañada por una turbulencia intensa le hizo levantar la cabeza. A pocos metros de él el casco de un yate se levantaba como un edificio gigantesco y en lo alto de éste una niña gritaba con una mezcla de espanto y alegría:

- ¡Un ahogado!

Era de bandera francesa. Las mujeres lo habían visto pasar y habían agitado los brazos de manera que desde el barco no se sabía si saludaban o pedían auxilio. Ernesto se había alejado bastante de la costa y su cuerpo no se distinguía entre las olas. Tuvo tiempo para ganar la playa y las mujeres para fraguar una mentira aceptable.

Contaron que eran turistas y que estaban alojadas en un hotel del puerto. Marisa recordaba el nombre de uno que aparecía en el folleto turístico que había hojeado en la casa. Un guía les había ofrecido la excursión y los había llevado muy temprano hasta la playa desierta, pero no había acudido a la cita para recogerlos y empezaban a inquietarse cuando vieron aparecer el barco. Los franceses se presentaron como una familia. Él era profesor de ciencias políticas en París y estaba disfrutando de un año sabático que habían decidido dedicar a viajar en el yate que un tío millonario les había ofrecido con tripulación incluida. Se llamaba Gustave y presentó su mujer como Blandine y a su hija como Morgane. El capitán, de nombre Philippe y un marinero llamado Bruno completaban el equipaje del barco.

Después de compartir unas bebidas Gustave invitó a Ernesto a conocer el interior del yate. Estaban solos en el puente cuando el profesor avanzó sin ningún protocolo:

- Tengo instrucciones de llevarlo a Marsella. Soy amigo de Jack y he venido a rescatarlos.

22.

Introducirse en las religiones ajenas sirve al menos para darse cuenta de lo complicadas y abstrusas que son las normas, preceptos y cosmogonías de la propia. Aunque no la profesemos, hemos sido educados en la gramática y la terminología de alguna religión y

terminamos por aceptar su lógica y sus imágenes como naturales. Cuando nos enfrentamos a una lógica diferente nos parece a primera vista absurda y si nos adentramos un poco más la encontramos tan absurda como la nuestra.

Ernesto dedicó gran parte del viaje a leer el Corán y otros libros sobre el Islam que habían sido enviados para él. Aparte de entender que todo aquello era el producto de unas condiciones de vida y una historia particularmente intrincadas de las que sabía muy poco pero que formaban parte del pasado y el presente del mundo, al igual que el cristianismo o las religiones orientales, sacó muy poco en claro acerca de cómo había gente que creía en eso al pie de la letra.

- Si tu madre te dice que tu bisabuelo era General, lo más seguro es que le creerás, y actuarás de alguna manera como el bisnieto de un general, le había dicho Blandine, que era profesora de Historia. La comunicación entre ellos, Marisa y Angela incluidas, fue fluida desde el primer momento. Aunque no habían comentado nada acerca de Samir y de las aventuras que corrían a causa de su diario y su relación con Angela, no podían ocultar a sus salvadores que estaban tras la pista de algo relacionado con la doctrina de Mahoma. Tal vez Blandine pensara que se trataba de un asunto más bien académico: en todo caso actuaban como si eso fuera así. Gustave, por su parte, no podía ignorar que los fugitivos estaban metidos en un embrollo mayor que el de una simple investigación teórica, pero se cuidaba mucho de hacerlo ver. Era un individuo jovial y amante de la pipa y los habanos. Alto, gordo, algo calvo, con una barba a lo marino, hablaba poco pero cada vez que lo hacía decía algo acertado.

- Todo es literatura- dijo una tarde después de una acalorada discusión regada con buen cognac- las biblias y las escrituras sagradas son libros y nada más. Si una bomba atómica arrasara la tierra y sólo se salvara el Quijote, tendríamos en poco tiempo estatuas de Sancho Panza en los altares. Nos gustan las explicaciones literales, nos dan seguridad...

- Pero el Principia Matemática de Newton es también un libro – acotó Angela. No me dirás que...

- Te entiendo- respondió el profesor sin dejarla terminar- la diferencia es que Newton habla de lo visible y lo comprobable, mientras que los libros sagrados...

- ¡Un albatros!- gritó Morgane con entusiasmo desde la otra punta de la cubierta.

Era, en efecto un albatros. La niña era una experta aprendiz de ornitología.

- Es un albatros viajero –agregó, mientras mostraba la foto en un libro. La rodearon para contemplar al ave. A petición de Gustave, Blandine recitó el poema de Baudelaire. La niña acompañó a la madre moviendo los labios a la par, pero sin emitir sonidos audibles.

Souvent, pour s'amuser, les hommes d'équipage
Prennent des albatros, vastes oiseaux des mers,
Qui suivent, indolents compagnons de voyage,
Le navire glissant sur les gouffres amers.

À peine les ont-ils déposés sur les planches,
Que ces rois de l'azur, maladroits et honteux,
Laissent piteusement leurs grandes ailes blanches
Comme des avirons traîner à côté d'eux.

Ce voyageur ailé, comme il est gauche et veule !
Lui, naguère si beau, qu'il est comique et laid !
L'un agace son bec avec un brûle-gueule,
L'autre mime, en boitant, l'infirme qui volait !
Le Poète est semblable au prince des nuées
Qui hante la tempête et se rie de l'archer ;
Exilé sur le sol au milieu des huées,
Ses ailes de géant l'empêchent de marcher.

Todos aplaudieron. Madre e hija hicieron una coqueta reverencia y Marisa recordó su película favorita. Anocheceía. Al amanecer deberían estar navegando ya en mar francés. Era el 18 de abril.

23.

Ahmad sacaba las cuentas de los consumos del día anterior en su bar de la calle V... en París. Aunque las puertas del establecimiento ya estaban abiertas no esperaba a ningún parroquiano hasta un poco más tarde. Su clientela estaba formada por noctámbulos de todas las artes que comenzaban a llegar sobre las once para aplacar con el primer “demi” de cerveza la resaca de la víspera.

El individuo que entró sin hacer ruido y sin decir palabra no era un cliente habitual. Era flaco, alto, de tez morena y ojos muy negros y totalmente inexpresivos. Ahmad lo reconoció como uno de los de su raza, pero no de su tribu. Tenía muchos años viviendo en Francia y hacía la vida de un francés. De su tierra sólo guardaba un álbum de fotos y algunos discos. Toda su familia había muerto allá, del otro lado del mar, y él prefería el olvido que el recuerdo. Cuando su hijo Samir, que había nacido en Europa y que no veía desde hacía más de un año le pedía que le contara historias de la patria lejana, Ahmad respondía con evasivas o decía con simplicidad convincente:

- Mi patria es el lugar donde nacieron mis hijos.

Samir no pensaba así. Desde pequeño se había dedicado a indagar acerca de sus orígenes y de los orígenes de éstos. Se sentía el exilado de un planeta desaparecido. Cuando viajó a la tierra de sus abuelos por primera vez, después de terminar la secundaria y discutir con su padre por meses para obtener el apoyo que necesitaba para hacer el largo recorrido en el que esperaba encontrar las raíces de su lengua, su historia y sus sueños, comprobó que lo que buscaba no existía más que en su imaginación y en la de quienes habían escrito los libros que

llenaban su biblioteca.

Pero era obstinado y se dijo que lo imaginario es también una realidad: si había otros que compartían su leyenda, esa leyenda tenía derecho a existir. Liberté , Egalité , Fraternité era también el lema de una leyenda que le habían enseñado en la escuela como si se tratara de una realidad. El problema no era cuál de las mitologías era más verdadera, sino cuál era suya y cuál no. Debía encontrar a otros que compartieran su visión, porque esta no existiría si no viniera de alguna parte. De lo contrario sería un extranjero toda la vida en cualquier parte del mundo.

La verdad era que estaba condenado a serlo y que no sería libre hasta que entendiera que esa condena formaba parte de su identidad, pero no lo sabía. Se introdujo en círculos clandestinos y se relacionó con personajes que hablaban el idioma que creía suyo porque había soñado con él toda la vida: decidió que por fin había encontrado a sus iguales. Las reglas del juego lo fueron llevando por otros caminos que los del mapa que había creado en su mente, pero se dijo que el mapa y el territorio no son idénticos. Poco después se encontraba en un espacio completamente desconocido y se sentía más sólo que nunca. Pero sus compañeros eran la única familia que consideraba suya y todos toleramos a nuestra familia aunque no la entendamos. A fuerza de tolerarla llegamos a amarla porque lo intolerable es aquello que no hemos aprendido a amar. Se encontró participando en acciones y rituales que eran contrarios a su naturaleza de solitario irredimible y empezó a sentir que el mundo se desdibujaba y que los espejos le devolvían la imagen de alguien que no era él, pero era tarde para volver atrás. Se había adentrado tanto en esa tierra que seguir adelante o regresar eran fórmulas equivalentes para llegar al mar que ya no sabía si existía o no.

Ahmad preguntó al hombre, en francés, qué quería tomar. El extraño pidió un café, colocó unas monedas sobre el mostrador y luego dijo:

- Samir.

- ¿Samir qué?- preguntó Ahmad de manera automática. El temor que había descartado desde hacía mucho como un sentimiento inútil porque no se refería a nada probable y preciso pero que lo asaltaba cada vez que pensaba en su hijo afloró de pronto y se apoderó de su cuerpo. El corazón comenzó a latir con fuerza y la cabeza fue inundada por algo que se parecía a un mareo. Buscó seguridad en sus manos y cogió una copa que se secaba en el escurrer platos y la llevó hasta la estantería para colocarla con las otras. De esta manera le dio la espalda al desconocido y experimentó un miedo mayor.

-Samir, tu hijo.

- ¿Qué hay con él?- preguntó Ahmad volviéndose bruscamente y disimulando su estado con una sonrisa falsa.

- Te ha dejado algo.

Ahmad respiró y se llevó una mano a la frente. Acarició su pelo y miró al hombre a los ojos. Su instinto de beduino era ahora dueño de sus actos y sus palabras.

El otro no parpadeó, pero su mano derecha se dirigió a la taza de café. La levantó y se la llevó a los labios.

El propietario del establecimiento guardó sus dos manos bajo el mostrador, cerca de donde estaban los cuchillos.

En ese momento entró Pierre, uno de los clientes del bar.

- Buen día- dijo con la voz de alguien que se debate aún con el sueño.

- Buen día- respondió Ahmad. - ¿Una cerveza?

Pierre no respondió. Ahmad sirvió la copa y la colocó en el mostrador, sin perder de vista al extraño.

Este terminó su café, miró a su alrededor como si buscara algo y después salió.

- Hasta pronto- dijo en la puerta sin darse vuelta.

- Hasta pronto respondió Pierre, mientras el propietario del bar colocaba otra copa en la estantería.

24.

Gustave entregó a Ernesto un maletín que Jack le había entregado para él y que contenía documentos de identidad, dinero en efectivo, tarjetas de crédito y teléfonos portátiles. Se despidieron en una taberna del Vieux Port después de almorzar una boullabaisse succulenta.

- Bon courage- Dijo Blandine.

- Acuérdate del albatros- dijo Morgane.

Marisa le había prometido enviarle un libro sobre las costumbres del ave. Tomaron el TGV de las 16:15 con destino a París.

000000000000000000

Camilla era una mujer de movimientos pausados e ideas rápidas. Cuando recibió la llamada que Marisa le hizo desde el tren supo enseguida de que estaba ocurriendo algo fuera de lo normal. Lo normal era para ella que la gente que conocía desapareciera en acción o que le enviara una postal desde el Tíbet para decirle que se había convertido al budismo y que se dedicaría a comer raíces y tocar campanitas. Lo de Marisa era distinto. Ya estaba enterada, porque siempre se enteraba antes que nadie de todo, que su amiga estaba “ausente” de su oficina en New York hacía tres semanas. “Ausente” tenía muchas acepciones en la jerga de su oficio, pero este “ausente” era sinónimo de “misión especial”. Y misión especial podía significar cualquier cosa. Pero la mayor parte de sus amigos habían muerto en misión especial, por lo que le alegró escuchar la voz de Marisa, diáfana y despreocupada como siempre. La única cosa en la que creía en la vida era en la amistad. Preguntó sin más, a sabiendas de que su teléfono estaba siempre intervenido:

- ¿Lograste escapar de la Matrix?

- No puedo decirte nada ahora, pero me preguntaba si podíamos vernos

en el lugar del día en que llovió y no teníamos paraguas.

- Sin problema. Dame dos horas. ¿Te parece a las ocho?

- De acuerdo.

Camilla vivía sola, con la única compañía de Voltaire, su gato persa, pero tenía mucha gente de confianza. Se preparó un té verde a la menta y colocó un disco de Bocherini. Al poco rato tomó el teléfono nuevamente y llamó a Gastón.

Era un joven artista que había conocido una noche en Montmartre.

Después de comprarle un grabado que tenía al menos la virtud de no parecer una tarjeta postal mal impresa y después de conversar con él un rato lo había adoptado como amigo. Coleccionaba amigos por orden alfabético. Debía tener siempre uno por cada letra del abecedario y Gerard se había puesto maleducado con ella una noche, por lo que había decidido poner vacante el puesto. Gastón era delicado y discreto. Le compraba un cuadro de vez en cuando y le pagaba el doble de lo que él obtenía con su mercadeo artesanal dirigido a turistas que no sabían nada de pintura.

- También te pediré algunos favores a veces- había aclarado Camilla.- Y los harás sin preguntar nada.

Se servía de su directorio telefónico muy organizado y pulcro para disponer siempre de un pequeño ejército de colaboradores completamente ajenos a los propósitos con que los hacía cumplir pequeñas tareas tácticas.

El joven entró, se sentó y aceptó el té que Camilla había colocado sobre la mesa en una taza de Sevres muy fina y muy cara. A continuación le entregó una peluca de mujer y unas gafas oscuras.

- ¿De quién quieres que me disfrace? – preguntó él con una sonrisa tímida.

- De mí. Tomarás mi coche en el estacionamiento. Nadie te verá, porque los vidrios son ahumados, pero las precauciones nunca son innecesarias. Saldrás a la calle y te dirigirás a Boulogne Billancourt.

- A Boulogne Billancourt.- El pintor sabía que no debía hacer preguntas de más, por lo que siempre que tenía dudas las expresaba como si se tratara de aseveraciones.
- Hay muchos estacionamientos por allí. Dejaras el coche en cualquiera de ellos y buscarás un restaurante.
- Un restaurante.
- Sí. Aquí tienes dinero.- dijo ella entregándole cien euros. Come lo que quieras y espera mi llamada.

El muchacho iba a comentar algo sobre una nueva pintura y la posibilidad de una exposición pero no dijo nada. Camilla se había levantado y desaparecía por la puerta de su alcoba.

El día en que comenzó a llover a torrentes cuando ella y Marisa paseaban por el Parque de Luxembourg, habían corrido riendo hasta la salida y Marisa había dicho algo acerca de guarecerse. Estaban empapadas y la lluvia comenzaba a arreciar.

- Necesitamos un paraguas- había gritado colocándose la cartera sobre la cabeza.

A continuación Camilla logró detener un taxi. Una vez dentro de él dijo mientras intentaba examinar el estado de su maquillaje en el retrovisor del chofer:

- En mi casa tengo muchos paraguas.

0000000000000000

París siempre es una fiesta , aunque a veces sea una fiesta macabra. Sentados los tres con Camilla frente al televisor enmudecido hicieron planes que la incluían a ella, porque esa tarde había decidido jugar en serio al juego que llevaba jugando por años en broma, es decir, a favor de unos que se decían buenos y que finalmente eran buenos para nada. Se rio como una bruja enamorada de un espantapájaros cuando le

contaron las entrevistas del edificio en Manhattan y Angela escenificó la pieza de teatro inédita de Kafka con acento de Brooklyn. Apenas llegaba a imitar de lejos el cockney, pero la imaginación de los otros hacía el resto y se dijeron que empezaba a superar la muerte de su amado. A fuerza de pensar en ello destaparon la caja de Pandora junto a las botellas de bordeaux porque Angela comenzó a danzar para todos y para ella misma en un juego que recordaba las tragedias de Sófocles mezcladas al flamenco de Bodas de Sangre. Maldijo con todos los nombres y todas las fechas al hombre que la había traicionado desapareciendo en la muerte de los profetas agonizantes de una religión tan falsa como todas las otras que ocultaba su rostro tras la media luna con la que disimulaba su pavor a la mujer al tiempo que hacía que se pusiera un velo que no permitiera a sus labios sonreír para el mundo y la creación: estúpidos machistas hijos de mala madre a la que tienen miedo como los cristianos y los judíos y los griegos que formaron un follón cuando Edipo se acostó con Yocasta, como si no ocurriera todos los días. Castrados de nacimiento que no saben que matar al padre es condición de la existencia como romper un virgo es condición de la gestación. Politeístas de mierda que cuando creen en un sólo Dios sólo pueden creer en un Dios de castigo y abstinencia de pecado y de perdón... ¿De qué habría Dios de perdonar a quién cuando El creó todo lo perdonable? Que los muertos entierren a sus muertos y a mí que no me entierren porque pienso resucitar...

Estaba animada por un espíritu febrilmente bello y bellamente febril que hacía que su sonrisa resplandeciera y que la Tour Eiffel parpadeara de colores. El Islam, el Cristianismo y el Judaísmo son lo mismo: Doctrinas de la muerte que se opone a la vida a toda costa y por lo tanto se oponen al amor. Si sometes a las doncellas a un nivel inferior al humano es porque les tienes miedo. Y tienes razón para temerles, porque también ellas son unas brujas insoportables y ladinas. Juegan al macho siendo hembras y no tienen en quién apoyarse cuando

la imaginación les asusta. Se preguntan quiénes son y no tienen la respuesta porque se acostumbraron a pensar que eran aquello que podían y olvidaron que también eran lo que no podían, lo que les toca agradecer, lo que existe en el espacio que no dejan, permiten, toleran , abren.

Convexo: lo que se deja penetrar, lo femenino, la línea quebrada del I Ching.

Penélope, tu papel no es el de ganar la guerra de Troya sino el de esperar a tu Ulises que vuelve todos los días con las historias de sus aciertos y desaciertos pero combate como lo que es, sin hacerse trampa, sin fingir que es algo que no le ha tocado ser.

Porque Clitemnestra, tu prima, quiso ser más Agamenón que Agamenón mismo y le dio muerte junto a Casandra. Pero su propia hija Electra vengó a su padre y la misma Atenea la perdonó.

Estas son las palabras que se usan en el combate de la guerra, en las carpas sucias a las afueras de la ciudad donde se libra la batalla. Son palabras que no están hechas para tus oídos y por eso no las entiendes. Pero tuviste quien las pusiera en poemas para ti, quien te hiciera la Dulcinea de sus hazañas y tú tuviste envidia de él y decidiste vencerlo con ardides para calzarte su yelmo y su armadura y salir por los caminos a vencer gigantes que no encontraste, porque los molinos de viento no te dijeron que la ficción había sido creada en tu honor, para halagarte. ¡Ay Dulcinea disfrazada de Quijote! ¡Qué lejos estás de casa! Porque creíste que el hogar eras tú, reina sol, y que no necesitabas de nadie en tu delirio de mantis religiosa.

¡Viva la mitad del mundo y muera la otra! Tendrás cadáveres por amantes porque los cadáveres no saben decir que no. Castrar es tu sino, pero al que no castraste no podrás castrarlo ya y tendrás que castrarte a ti misma para convertirte en quien eres. Tu furor solitario sólo será brasa para ti misma...

Se acostaron todos abrazados unos a otros sabiendo que ya era 19 de abril y que faltaban sólo ocho días para Armagedón.

25.

Era hora de hacer recuento. Aquello se precipitaba hacia un desenlace imprevisible y mientras tanto las emociones se desataban por todas partes, reflejando tal vez la conspiración que se armaba allá afuera. Ernesto sintió unas incontenibles y absurdas ganas de reír. Pero otro sentimiento, una impaciencia que se manifestaba como dolor físico, le decía que no era tiempo de reír, sino de actuar. Pero ¿Qué hacer?: Había que descubrir al enemigo y detenerlo.

000000000000000000

Patrick, el Viejo, como lo llamaban todos desde hacía mucho tiempo, desde que aún era muy joven, colocó un disco con las Variaciones Goldberg de Bach mientras la cafetera hacía el ruido como de jadeo de su labor.

Acababa de levantarse y su mente flotaba todavía a poca distancia de la superficie acuosa del sueño. Palabras e imágenes danzaban, desperezándose.

-Es un juego, pero no es ajedrez- dijo.

Hablaba solo la mayor parte del tiempo. Cuando estaba acompañado los demás pensaban que dialogaba, pero casi siempre hablaba con él mismo, o con el autor de alguna de sus infinitas lecturas. Ahora estaba hablando con Kabir, el poeta sufí.

-Tú dices que el universo anda tambaleándose por ahí, como un borracho que busca el camino a casa. Es la polémica entre Einstein y Planck...Dios no juega a los dados. ¿Recuerdas?.... ¿Y por qué no? ¿Quién le impide jugar?

Se sirvió una taza de café negro, sin azúcar, y se puso a contemplar el

juego de la luz del sol que entraba por la ventana y hacía sombras con las hojas de la planta colocada cerca del escritorio.

-Lo importante no es si juega o si no juega...Lo importante es que sea. Los teólogos nos acostumbraron a ver a Dios como algo que podemos predecir...como una criatura más y no como un creador que hace lo que le plazca. Hace y deshace leyes, hace y deshace universos...Los teólogos y los científicos, que son sus herederos directos, son a Dios lo que los críticos a los artistas. Con voz solemne dictaminan si el artista se “desvía” o no. Saben mejor que el creador lo que el creador quiere y puede. Saben cuándo se “repite” y cuando “avanza” ¡Por Dios! Todos los filósofos son voyeurs... ¿Por qué no van a...?

El viejo se dio cuenta de que estaba alterado. Se conocía bien y era capaz de detectar sus estados de ánimo escuchando su interior. Esta vez había algo que no llegaba a captar: como una emisión de radio con interferencia. Sólo palabras aisladas.

-Juego... Estos niñitos imaginan que han descubierto las reglas del juego...otra vez culpa de los teólogos...

Tomó un lápiz y buscó el cuaderno de sus apuntes. Escribía aforismos de vez en cuando, para repasar más tarde y observar la manera en que sus ideas se movían, cambiaban, se contradecían. Sus alumnos querían publicarlas. “No vale la pena” decía él “No es filosofía.”

Escribió: “La ciencia es una teología sin Dios.”

-Alguien lo habrá dicho ya antes. Es una frase buena y fácil.

- ¿Y si volvemos al asunto?- se respondió.

- Volvamos al asunto.- Bebió un sorbo de café y encendió un cigarrillo.

- El asunto es que estos niñitos estúpidos quieren hacernos la vida imposible porque creen que han descubierto La Verdad...son nazis. Sólo que no hablan de razas sino de designios superiores escritos en el cielo....Culpa de los teólogos...

Abrió un libro rojo que tenía en su portada el título: “Efemérides astrológicas del siglo XXI”. Tenía marcada la página correspondiente al

mes actual. Era una tabla de valores con símbolos, fechas, horas, grados y minutos.

- Plutón sigue en retroceso. Se pondrá directo el 28...

- Eso ya lo sabemos, Viejo.

- Tal vez estaba esperando que Dios me diera una sorpresa.

- Un milagro.

- Sí, esa es la palabra técnica de los teólogos. Creen que saben algo de Dios porque han inventado palabras técnicas para referirse a Él.

¿Piensan que se trata de una máquina? Milagro viene a ser lo mismo que “desperfecto”...Hay que estar atentos a esos desperfectos. La mayor parte de las veces son ilusiones. Los teólogos preferirían que no existieran, que la máquina funcionara siempre de manera regular...

El gato entró por la ventana, se detuvo sobre el respaldo del sofá y lo miró.

- Hola, milagro- dijo en voz alta.

Se acercó de nuevo al cuaderno y escribió:

- Si el aleteo de una mariposa puede cambiar el clima del planeta, los movimientos de un gato pueden cambiar el curso de las estrellas.”

26.

La idea la tuvo Angela pero la carpintería fue realizada por Marisa y Camilla. Más que carpintería se hubiese dicho un trabajo de costura minucioso y travieso, como el de un zurcido invisible en un pañuelo de seda pura. Ernesto no estuvo de acuerdo al principio, pero a medida que el plan fue cobrando forma se sumó a los preparativos como quien participa a desgano en los arreglos de una fiesta y está sin embargo ansioso de que comience. El principio era sencillo. En palabras de Angela se resumía así: “Si quieren cazar patos, soltemos un pato al vuelo y sabremos de dónde vienen los tiros.”

-Perderemos al pato- había replicado Ernesto.

- No si desaparece al oír los disparos. El sonido viaja a mayor velocidad

que las balas.

La aplicación del principio de física no convenció a nadie, pero viniendo de Angela era comprensible. Se habían acostumbrado a aceptar su máxima de que la ciencia era la explicación de lo inverosímil y que no saber por qué funcionaban los teléfonos celulares no impedía usarlos. Era sin embargo una apuesta difícil, porque se trataba de usar a la misma Angela como señuelo, pero el aplomo y la alegría con que la posible víctima había planteado la salida sólo podía interpretarse de una de dos maneras: o era genial o estaba loca de remate.

En veinticuatro horas la convirtieron en estrella de cine. Pasó a formar parte de las bases de datos de todas las tiendas de la Place Vendôme y de la agenda de todos los productores de cine y televisión de la noche a la mañana, y esto en sentido literal, porque al terminar el primer acto del espectáculo amaneció el día quinto de la cuenta regresiva.

La maniobra fue fácil y rápida. “Vite fait, bien fait” como decía Gastón, que se ocupó de diseñar e imprimir diez mil afiches de medio pliego con un close up de Angela tomado por Virgile, el fotógrafo de la letra V de Camilla, que trabajaba para grandes agencias de publicidad.

Hicieron con ellos avioncitos de papel que metieron plegados cuidadosamente en un bolso y reservaron mesa para diez en el Jules Verne, el restaurante del último piso de la Tour Eiffel. Los seis invitados eran Gastón, Virgile y cuatro chicos que se ocupaban de las cámaras y las luces con las que subieron por el ascensor diagonal hacia la cúspide de la más loca aventura propagandística, que todos tomaron por la filmación de un comercial.

Todo fue grabado, desde el principio y hasta el fin. En el momento en que, asomados al balcón del restaurante, comenzaron a lanzar los avioncitos el maître tuvo el impulso de utilizar la palabra favorita de los franceses: “interdit”, pero su cortesía no menos arraigada le hizo decidir que aquello debía estar previsto y por lo tanto debidamente autorizado. El escándalo fue colosal.

27.

En la entrevista que le hicieron en France 3 a la hora de mayor audiencia, ese domingo, Angela se presentó vestida como una colegiala; era la imagen de una mujercita inocente y correcta, que hablaba pausadamente, pronunciaba las palabras con esmero y siempre concluía con una sonrisa.

ENTREVISTADOR: Dicen que usted es la causante de un gran escándalo...

Angela: Habría que definir “escándalo”. Definir “causa” sería algo más complicado.

ENTREVISTADOR: Entendemos que es usted Doctor en Física.

Angela: Y yo “entiendo” que usted no me entrevista acerca de partículas subatómicas ¿O sí?

ENTREVISTADOR: No precisamente. La entrevistamos porque...

Angela: Porque todos quieren saber por qué mi foto está en todas partes junto a la frase “La sonrisa de Occidente”. Es fácil: Porque tiré unos avioncitos de papel desde la Tour Eiffel.

ENTREVISTADOR: ...Sin contar con que es usted muy bella, y su sonrisa...es... radiante, por decir lo menos.

Angela: Me encanta la galantería de los franceses. Es usted muy gentil.

ENTREVISTADOR: Usted ha afirmado que su “maniobra” no busca promocionar su imagen como modelo...

Angela: Lo que he afirmado es cierto. Una vez realicé experimentos con la mentira, como todo el mundo, y llegué a la conclusión de que la energía que se gasta en mantener una mentira es inversamente proporcional a la utilidad de hacerlo.

ENTREVISTADOR: ¿Y cuál es entonces el propósito?

Angela: Hay por ahí una banda de terroristas que me busca. Quería ahorralles el trabajo y decirles: ¡Aquí estoy!

ENTREVISTADOR: ¿Y para qué la buscan?

Angela: Imagino que para matarme. ¿Qué otra cosa saben hacer los terroristas?

ENTREVISTADOR: Ya veo... ¿Y qué piensa hacer con tanta celebridad?

Angela: La celebridad...usted sabe, es una cosa engañosa...no pienso hacer nada con ella, sería engañarme a mí misma. Si se refiere usted a utilizarla para vender perfumes o cosas así, no estoy interesada.

ENTREVISTADOR: ...Le han hecho propuestas para filmar películas.

Angela: Le diré algo: Si yo me hubiese topado con cualquiera de sus espectadores hace un par de días y le hubiese dicho que hoy aparecería en su programa, no me hubieran creído. Pero aquí estoy. Ahora digo que me persiguen unos terroristas y tampoco me creen. Infiero que el asunto es de orden estructural: la gente no se cree las cosas hasta que las ve, y cuando las ve, deja de creer en ellas. Hace cien años nadie hubiera creído que esto que hoy está ocurriendo aquí, la posibilidad de transmitir una imagen desde un lugar a otro por televisión sería una vez posible. Hoy sucede, y ya nadie se percata de que es un verdadero milagro. Lo que ayer parecía fantasía hoy parece banal ¿No le resulta sorprendente?

ENTREVISTADOR: No veo muy bien a donde quiere llegar.

Angela: Si en este mismo momento descendiera en Champs Elysées una nave extraterrestre, los primeros que se acercarían a ella serían los productores de Hollywood, buscando un contrato para hacer un largometraje. En cierta manera lo que se busca es quitarle autenticidad a lo extraordinario, volverlo ficción. Pero si les dijera que viven en un mundo de ficción, dirían que estoy loca.

ENTREVISTADOR: Algunos lo afirman...

Angela: No les faltan razones. Pero ocuparse de mí con la atención con la que lo están haciendo sólo puede indicar que están tan locos como yo...al menos.

ENTREVISTADOR: ¿Qué va a hacer entonces?

En ese momento la cámara 3 hizo un primerísimo primer plano sobre la sonrisa de Angela, que llenó con su magia cientos de miles de pantallas en todo el mundo. Lo que ocurrió a continuación, que quedó grabado en la cámara 2 y que ha sido revisado innumerables veces en cámara lenta y cuadro a cuadro por todos los servicios de inteligencia del mundo, fue lo siguiente:

Se oye un ruido fuerte, como el de un estallido. El entrevistador y Angela dirigen su vista hacia un lugar fuera de cámara ubicado a la izquierda del espectador. La cara del entrevistador se demuda, mientras que Angela mantiene su sonrisa como congelada mientras que sus ojos se abren desmesuradamente. El entrevistador se incorpora de su asiento, Angela hace lo mismo aunque con mayor lentitud. El entrevistador comienza a desplazarse a toda velocidad hacia cámara, huyendo de lo que sucede fuera. Angela termina de incorporarse. Aparece al lado de ella, desde la derecha de la pantalla, Marisa. Se acerca a Angela y la toma de un brazo. Angela, sin dejar de sonreír, vuelve su rostro y reconoce a Angela. Las dos salen fuera de cuadro por la derecha del espectador.

Un individuo enmascarado entra a cuadro, con una ametralladora en la mano y se acerca a la cámara. Una vez frente a ella aproxima su reloj pulsera al lente. En el close up se ve claramente el cuadrante digital que muestra la hora: 9: 34: 36. El video se corta repentinamente.

En todos los televisores apareció una pantalla de barras y se oyó un fondo musical. Una vieja canción de Donovan titulada “Season of the witch”.

La explosión fue causada por un petardo fabricado en Taiwán, de los que usan los chicos para hacer ruido en Navidad y en otras ocasiones festivas. Había sido colocado en una papelería metálica ubicada en un rincón del set, lo que amplificó el ruido. Al agresor nunca se lo atrapó ni se lo identificó: la camisa, la máscara, el reloj y la ametralladora de juguete fueron encontrados en el baño de caballeros sin otro indicio que permitiera descubrir de qué manera el intruso había entrado y salido de la planta. La policía se negó a iniciar una encuesta alegando que al no haber víctimas no había crimen. Todo el mundo pensó que se trataba de una nueva travesura de los “agentes” de Angela Lynn, la top model que se había convertido de un momento al siguiente en el tema de conversación de toda la industria del espectáculo.

Le Canard Enchaîné tituló su artículo de portada, que reproducía el rostro asombrado y pálido de Angela en el momento crucial del “atentado” con el título: “Un fantasma espanta a Europa, el fantasma del fashion-terrorismo”. En sintonía con esa consigna, L'Oreal hizo llegar al canal un sobre dirigido a la estrella en el que se encontraba el modelo de un contrato millonario para la imagen de un perfume que llevaría el nombre de “Terreur” y la cafetería del Ritz de París, donde Angela y sus compañeros debieron refugiarse esa noche como única medida posible para controlar el acoso de las cámaras, se convirtió en sede permanente de todos los reporteros de la ciudad.

Tres editoriales y dos productoras de cine registraron simultáneamente el título “La sonrisa de Occidente” como título de libros y películas referidas al asunto y pocas horas más tarde había ya en Internet seis sites que ostentaban la misma frase seguida de punto com, punto net y otras variantes. Angela era famosa, no había sufrido un sólo rasguño y seguía sin entender nada de todo aquello.

Lo que no le impedía seguir fabricando hipótesis.

Desde la tina llena de espuma del baño de la suite –había dejado la puerta abierta para escuchar lo que sus amigos decían mientras veían las noticias en la tele- dijo con tono de convicción:

- La toma del reloj estaba destinada a los jefes del grupo terrorista: era para recordarles que todavía no había llegado el día previsto.
- El Viejo opina que la hora tiene una connotación astrológica. Al parecer, La Luna y Marte hacían conjunción en ese momento.

Marisa leía un periódico aparentemente desentendida del diálogo, pero el ruido como de chapoteo le hizo levantar la vista y cuando vio a Angela de pie en la puerta del baño vestida solamente con los restos de espuma como una oveja recién trasquilada no pudo sino soltar una carcajada. Mientras Ernesto corría a buscar un albornoz para cubrirla, ella hablaba. Parecía una muñeca mecánica en la que hubieran pulsado el botón que la hacía parlotear. Cuando a Angela se le ocurría una idea repentina tenía que comunicarla de inmediato, sin importar qué era lo que estaba haciendo.

- Creo que la astrología tiene menos importancia que la que le hemos otorgado hasta ahora: me refiero a una importancia objetiva. Lo que sí cuenta es que ellos le atribuyen un peso fundamental...

- Te seguimos – dijeron Marisa y Ernesto a coro- Este había vestido ya a la muñeca y encendía un cigarrillo.

- El incidente- continuó Angela ya sin tiritar de frío- demuestra que ellos se rigen por un calendario inamovible y no pueden perpetrar sus crímenes en otro momento que el que consideran pre-establecido. La payasada de la explosión y del reloj no tiene ninguna explicación si no es una señal que los miembros de la banda que están en París les envían a

sus jefes, con los que seguramente no tienen contacto directo. El mensaje podría traducirse así: “La presa se ha puesto en evidencia pero no podemos hacer nada porque no es la hora fijada”.

- Brillante- respondió Ernesto- Pero... ¿Qué harán cuando llegue el momento si no pueden dar contigo?

- Esto es sólo una suposición – continuó Angela- pero pienso que la situación puede ser más simbólica que real; me explico. Sabemos que Samir me había bautizado “La sonrisa de Occidente” como una galantería y presumimos que ellos interceptaron alguna de nuestras conversaciones...de allí la nota en clave que ustedes encontraron. Esto nos hizo suponer que el objetivo del ataque era yo. Pero para ellos yo soy sólo un símbolo; soy la mujer por la que Samir decidió “traicionar” la causa. Sucumbió a la tentación que está representada en la boca de una mujer sin velo. Si andamos un trecho por esta senda sinuosa del pensamiento alambicado de nuestros adversarios, el objetivo que quieren atacar y destruir es algo que simbolice universalmente ese pecado...

- ¡El Louvre! – gritó Marisa poniéndose de pie de un salto.

Angela y Ernesto la miraron con asombro.

Ninguno de los dos conocía la frágil intuición que Marisa había tenido en sus días de delirio.

Pero el azar los había conducido, cuatro días antes del suceso, a un hotel que se encontraba a pocos metros del museo.

Camilla había decidido quedarse esa noche en su casa y Ernesto consideró que era una buena decisión porque así, según él, “simularía una retirada.” A Camilla le interesaba muy poco la teoría militar, por lo que interpretó el comentario como un augurio cifrado del que conocería el sentido cuando lo que lo había provocado sucediera. Tenía una manera propia y única de relacionarse con lo que corrientemente se denomina “realidad” que consistía en desestimar por completo su importancia mientras una necesidad imperiosa de hacerlo no la obligara a ello. Su padre había sido relojero en Ginebra, un relojero renombrado, que a fuerza de armar y desarmar “máquinas del tiempo”, como acostumbraba llamar a sus artefactos, había conseguido una intimidad casi mística con los fenómenos cronométricos. “La impaciencia es una forma de desconfianza dirigida contra el tiempo y la desconfianza es miedo... ¿Pero qué es el miedo? Falta de fe.” Aforismos como éste habían influido de manera sutil en el alma de Camilla desde su infancia y la habían convertido en una mujer para quien todo lo que ocurría estaba perfectamente predestinado. Su amor por su padre y su incondicional confianza en su maestría para arreglar todo desperfecto de la vida como si se tratara de un reloj descompuesto en el que basta cambiar la pieza adecuada para hacerlo funcionar de nuevo la hacía sentirse en un universo distinto a aquel en el que sus contemporáneos vivían, que parecía siempre al borde del colapso.

Despertó a las seis en punto y después de prepararse un té mientras escuchaba a Corelli, se sentó en su escritorio y abrió su agenda en la página que correspondía a la fecha: abril 25.

Tomó su estilográfica y comenzó a escribir palabras a medida que venían a su mente. Desde hacía mucho tiempo había reemplazado la costumbre ordinaria de anotar citas o compromisos, que convierten a los días en algo parecido a una lista de compras, por ideas abstractas relacionadas

con su estado de ánimo: cada día empezaba así como un poema posible que era preciso montar con paciencia y delicadeza, como el pequeño pero fundamental engranaje de la “máquina del tiempo” que realmente es.

“Incertidumbre”

Sabía que se había involucrado en aquel asunto por fuerza de las circunstancias y por el cariño que sentía por Marisa, que se había extendido espontánea e instantáneamente a su hermano y a Angela, de manera que la incertidumbre no podía ser otra cosa que el anuncio de una sorpresa feliz.

“Urgencia”

Lo que realmente urgía era terminar de entender el mecanismo que daba impulso y ritmo a los movimientos de los adversarios. Las personas actúan siempre de acuerdo a un dispositivo relativamente sencillo en el que algo produce el impulso y otra cosa marca el compás. Estamos “escritos” como la melodía de una cajita de música que se activa cuando se levanta la tapa y que siempre suena de la misma manera. Somos máquinas, con alguna lucidez intermitente que nos convierte a veces en máquinas conscientes, pero máquinas al fin. Los mismos estímulos producen las mismas reacciones, de otra manera el trabajo de médicos y psiquiatras sería imposible.

“Momento justo.”

Algo que había intuido desde siempre y que consideraba era su principal aporte innovador al ser que sus padres habían contribuido a formar era la convicción de que el tiempo no es –como su padre, todos los relojeros y la mayoría de la gente cree- algo regular y parejo. Ella podía percibir en ocasiones lo que le gustaba llamar “topografía del tiempo”. Las cosas realmente significativas ocurren siempre en un momento y no en otro, la diferencia no es indiferente. Como cuando el reloj de las catedrales

marca un hora y suena la melodía del carrillón: el minuto de la hora en punto no es igual a los otros minutos aunque sea uno más de la lista. Era eso lo único que entendía y le interesaba de la idea astrológica que según sus compañeros dirigía el pensamiento de los enemigos.

“Enemigo”

Una palabra que nunca usaba y que no entendía bien. Buscó sinónimos que la ayudaran a darle sentido: adversario, contrincante...Luego trató de identificar el sentimiento que la idea que se hacía de ellos le producía y...

“Violencia”

Sí. Esos “enemigos” eran unos personajes que intentaban violentar el engranaje, adelantar las agujas a la fuerza para hacer que las cosas sucedieran antes del momento en que debían suceder, que las personas murieran antes de que les llegara la hora. ¿Era eso posible? En su topografía del tiempo se le antojaba como quien decide mover de lugar un mar o una montaña, algo que sólo puede hacerse con fe, es decir con la participación del “relojero mayor”. Pero ellos no tenían fe, tenían miedo.

Tomó el teléfono y marcó el número directo y privado que la administración del hotel había asignado a sus célebres huéspedes para evitar las llamadas de intrusos. Fue Marisa quien respondió.

- No sé qué teoría están ustedes manejando a esta hora – dijo- pero es posible que yo tenga otra.

- Me irritan las teorías, quiero hechos-

El Inspector Lefebvre estaba molesto por tres razones de peso. La primera de ellas era que su jefe lo había llamado a las siete de la mañana para preguntarle, con su habitual altanería y falta de elegancia, si no estaba enterado de que el domingo iba a estallar una bomba en el Louvre.

Eso sucedía en el preciso momento en que abría un e-mail donde su esposa, desde Roma, le anunciaba que pediría el divorcio...La tercera razón era que Michele, la jovencita con quien había buscado consuelo a raíz de la “separación temporal” que había acordado hacía un par de meses para “refrescar la relación” (como si se tratara de un corte de cabello) lloraba a gritos en el baño: él no había sabido qué responder cuando le confesó que estaba encinta.

- No tenemos hechos- decía Rolland, su subalterno más cercano y más alérgico (hablaba siempre escondiendo la nariz en un pañuelo desechable) sólo las grabaciones que nos mandaron a hacer en el hotel Ritz.

-¿Y quién mandó a hacer esas grabaciones? ¿Por qué soy yo siempre el último que se entera?

Sin quererlo se acordó del músico con quien su mujer, que se dedicaba al canto, había ido a Roma en gira “profesional”.

- El Jefe dio las instrucciones, yo...

- Tú las seguiste y no me informaste nada.

- Pensé que usted estaba al tan... – Rolland no pudo reprimir un estornudo y corrió hacia el rincón donde estaba la papelera para hacer un rápido recambio de pañuelo.

- Detesto que estornudes – replicó Lefebvre fuera de sí- pero eres más desagradable aun cuando intentas pensar.

Rolland trató de sonreír. Sus ojos oblicuos, heredados sin duda de su madre vietnamita, se convirtieron en dos ranuras indescifrables.

Lefebvre se encerró en su oficina y encendió un cigarrillo.

Estaba terminantemente prohibido fumar allí, él mismo había firmado el memorando anticipándose a la nueva regulación que pretendía convertir todas las oficinas de la Administración de Justicia en lugares “sanos”, aunque su enfermedad, y la de la supuesta administración de supuesta justicia, no se curaría con eliminar el humo de los edificios.

Comprendió súbitamente, como le ocurría cuando daba con la idea clave que desentrañaba de pronto un enigma criminal, que estaba completamente harto de su vida. Deteniéndose a reflexionar con calma acerca de ello – se sentó y extendió sus piernas sobre un taburete- se dijo que había vivido los últimos años como un delincuente que intenta perpetrar el crimen perfecto: medir cada palabra a cada momento, calcular todas sus acciones y todos sus gestos, seguir un interminable listado de tareas cotidianas con esmero, cautela y corrección... ¿Para qué? Para que después de trabajar y trabajar como quien desarma un ingenioso artefacto explosivo éste le estallara en la cara un instante antes de...Se incorporó en el sillón y rebobinó: Hablaban de una bomba. Sí, ese era el símbolo perfecto para sintetizar su desastre: una bomba en un museo...De pronto recordó y se le heló la sangre: era con aquello que había soñado la noche en que su mujer tomó el avión a Roma.

31.

Ernesto había simulado hasta ese momento seguir la corriente aunque con algunas reservas, porque pensó que si lo hacía de manera incondicional las “tres desgracias” como había bautizado cariñosamente al trío de mujeres, sospecharían sus verdaderas intenciones. Lo cierto es

que las había dejado hacer (en parte porque no sabía si lo que podía resultar del experimento sería útil o no) sin por ello olvidar lo que sabía sobre las reglas de juego de la violencia, desconocidas totalmente por sus compañeras. Sabía, por ejemplo, que la policía no tomaría nada de lo que estaba ocurriendo – y lo supo antes del incidente en la planta de televisión- como un simple show publicitario: los policías están entrenados para no creer nunca en lo que las cosas parecen a simple vista, de igual modo en que los publicistas lo están para convencer y convencerse de que nada es otra cosa que lo que aparenta ser. Sabía también que sólo no podría ganar la partida. Las chicas habían tomado un camino “intuitivo” y él necesitaba a alguien con quién verificar sus conjeturas en términos racionales y pragmáticos, en el lenguaje de la guerra, que era a lo que todo aquello se le parecía más a cada minuto que pasaba.

Llamó a Jack y no se sorprendió al saber que ya estaba en París. Su fiel amigo había olido el peligro y estaba al acecho: “cuidando la retaguardia” como decía siempre que le tocaba seguir a Ernesto en sus aventuras rocambolescas que nunca entendió muy bien pero que sentía que tenían algo de aquel aroma mágico de los días del combate callejero cuando todos querían cambiar el mundo.

Era un hombre decididamente orientado a la acción y no había casi ningún tipo de acción que no hubiera experimentado: piloto de avión, submarinista, alpinista, experto en artes marciales y campeón de tiro...sus inquietudes espirituales, profundas por lo demás, debían expresarse siempre a través de algún acto físico. En una época había sido trapealista en un circo y también se desempeñó como actor de cine y de teatro, “para aprender los trucos del maquillaje” según decía. En la actualidad se ganaba la vida enseñando a volar con equipos ultralivianos, de ahí su apodo más conocido: Ícaro.

Era él quien había coordinado la acción en la que Ernesto salvó la vida y

esa no fue la única ocasión en la que había actuado como su verdadero brazo derecho: su musculatura le proporcionaba todas las calificaciones necesarias para el puesto.

Nunca pensaba demasiado pero siempre pensaba bien, al menos en términos prácticos. Era capaz de encontrar la salida a cualquier situación que se desarrollara en el universo tangible del mismo modo que Ernesto podía resolver cualquier problema abstracto que no contuviera contenidos emocionales a los que solía llamar “supersticiones sentimentales”.

Mientras paseaban por las avenidas del *Jardin des Plantes* se pusieron al tanto de la información que manejaban por separado y confrontaron versiones, hipótesis y datos. Jack contó que había hablado con el Viejo hacía un par de horas y que le había prometido enviar sus conclusiones por e-mail a una dirección “segura” tan pronto como pudiera. Si Ernesto y Jack se consideraban hermanos, los dos veían en el Viejo a un padre perfecto que sabía hablar con cada uno de ellos en idiomas diferentes : sus actividades de inteligencia durante la guerra fría le habían servido para desarrollar una faceta de hombre con los pies en la tierra que casi nadie conocía y que sólo compartía con Jack en sus esporádicos encuentros en Londres, donde el profesor abandonaba su atuendo y sus modales de catedrático para emprender con su hijo adoptivo aventuras nocturnas en las que recuperaba su antiguo gusto por el juego , las mujeres y los bajos fondos.

- Tengo un escondite momentáneo suficientemente resguardado- dijo Jack sentándose en un banco para hacer una inspección disimulada de los alrededores.- creo que es mejor que las mujeres se trasladen allí. Puede hacerse esta misma tarde.

Ernesto encendió un cigarrillo y lo observó. Intentaba imaginar cómo su camarada pensaba sacar a las celebridades del hotel rodeado de

paparazzi.

- Tendrán que poner un poco de su parte- agregó Ícaro sonriendo.

32.

- Esto es un museo y no un parque temático o un teatro de variedades - espetó Mme. Lemaire, directora del Louvre.- Ya hemos sufrido bastante con las patrañas del “Código Da Vinci”. Los turistas lo utilizan como guía para sus visitas...

- ¿Le parece que tengo cara de turista?

Con su impermeable beige, su sombrero marrón y su cara de pocos amigos Lefebvre no tenía, en efecto, un aspecto demasiado “turístico”, no al menos el de un turista muy contento con la manera en que estaba pasando sus vacaciones.

La dama lo observó, miró luego la apariencia del personaje oriental que le habían presentado como asistente y retuvo la risa sin demasiado disimulo, cubriéndose la boca con la mano:

- Se parece usted al detective que representaba Peter Sellers en la Pantera Rosa... ¿Cómo se llamaba?

Lefebvre iba a responder con algo de lo que se hubiera arrepentido a continuación cuando Rolland le cortó la inspiración con un sonoro estornudo. Mme. Lemaire aprovechó para dar rienda suelta a su carcajada.

- Veo que tampoco usted es insensible a la ficción - replicó el policía. Esto no es un libro ni una película.

- Pero acaba de anunciarme que van a robar el diamante, perdón, La

Gioconda... ¿No es eso? ¿Sabe usted cuántas amenazas anónimas recibimos por mes?

- No la van a robar; pretenden volarla en pedacitos con todo y todos los que se encuentren cerca.

La risa inicial de la directora se había convertido en un ataque de hilaridad histérica que contagió a Rolland. Lefebvre fulminó con la mirada a los dos y sacó, nervioso también, la caja de tabaco de su bolsillo.

- Y el inspector Clousseau y su karateka...jajajajaja....lo van a impedir....jajajaja.....jajajaja....¡Está prohibido fumar!

La amenaza del humo había cortado en seco el ataque. Mme Lemaire se compuso y recuperó su aire serio y digno.

Lefebvre respiró hondo, guardó la caja de cigarrillos y dijo.

-Entiendo que le parezca increíble o absurdo. Tampoco yo le hubiera prestado ninguna atención si no fuera porque hemos detenido a un verdadero terrorista, un hombre al que buscábamos hace tiempo...no puedo darle detalles, pero llevaba en su bolsillo un plano del museo con muchas anotaciones. Entre ellas figura su nombre.

- ¡Mi nombre! - La histeria había abandonado ahora su faceta cómica y pasaba sin escalas intermedias al pánico. Los músculos del cuello de Mme Lemaire se tensaron como cuerdas de un velamen mientras chillaba:

-¡¿Qué tengo que ver yo en este asunto?!

- Es la directora del Louvre - comentó el detective con voz muy serena mientras observaba la tarjeta de visita que la dama le había entregado

pocos minutos atrás.

“El que ríe de último ríe mejor” pensó para sí.

33.

Las dos mucamas dejaron sus uniformes en el casillero y se vistieron con su ropa de calle. Otra empleada que entraba al vestidor les dirigió un saludo al pasar y pareció por un instante preguntarse algo acerca de ellas. Se detuvo y dio media vuelta para dirigirles la palabra:

- ¿Son ustedes las nuevas?

- “Nuevas” – respondió la mayor en español.

- ¿De dónde vienes? – La mucama Teresa tenía fama de conversadora. Sobre todo con otras personas que hablaran su mismo idioma. Algunas decían que era muy chismosa.

- Somos de Curazao - explicó la interpelada mientras su compañera se ataba unos tenis que parecían muy grandes para ella.

- ¡Ah! ¡Con razón!

La mucama “nueva” se limitó a sonreír pero no respondió nada. Se abrochaba una cazadora de cuero negro y se observaba en el espejo.

- Lo decía por el color del pelo de tu amiga. Debe ser hija de holandeses... ¿No?

- Veo que conoces de geografía e historia...te felicito- respondió la interpelada mientras se colocaba unos anteojos oscuros y entregaba unos similares a su compañera, que estaba concentrada en su tarea y no levantaba la cara.

- Yo soy colombiana, somos vecinas. Me llamo Teresa.

Teresa se acercó extendiendo la mano y la otra se la estrechó con un gesto rápido mientras observaba su reloj pulsera.

- Mucho gusto. ¡Estamos atrasadas! –dijo a su compañera dándole un toquecito en el hombro.

Esta se levantó y salió corriendo por el pasillo, como una autómatas.

- ¡Es por aquí! Gritó Teresa señalando la puerta que se encontraba en la

dirección opuesta y en la que se veía un letrero verde con la palabra “Sortie”.

La autómatas se detuvo, giró sobre sí y rehízo el camino, siempre con la cabeza baja y mirando al piso.

- Es un poco tímida - explicó la de la cazadora negra mientras salían. -

¡Adiós, Teresa!

- Hasta mañana...

Mientras Teresa cavilaba tratando de recordar dónde había visto esa cara, las dos mucamas salían por la puerta de servicio del Ritz.

Caminaron hasta la esquina y se detuvieron. Un hombre que llevaba una cámara en el hombro se les acercó.

Iba a comenzar a hablarles cuando dos individuos con cazadora negra y anteojos oscuros muy mal encarados se interpusieron entre él y las chicas. Las miradas que le dirigieron se explicaban por sí mismas. El reportero dio un paso atrás, amilanado.

Tuvo apenas tiempo de una intuición y un gesto: el de montar rápidamente su cámara y disparar para tratar de captar las partidas de las dos motocicletas que se alejaban de prisa. En la espalda de las cazadoras un letrero estampado con el célebre símbolo de la lengua afuera de los Rolling Stones parecía un mensaje para él, porque debajo de la ilustración podía leerse la frase: “ peace, love and fuck you”

34.

Dentro del marco tipográfico del correo yahoo podía leerse lo siguiente:

El 26 de abril Saint Patrick escribió:

Queridos hijos:

Mamá está bien, al igual que yo, a pesar de mis achaques crónicos y de los disparates que sigue cometiendo el gobierno británico.

Les comento que me alegré mucho de saber que estabais juntos en Florencia, ciudad de esos desalmados pero cultos Medici gracias a los cuales nuestro amigo Buonarrotti pudo desarrollar buena parte de su arte, aunque de viejo despotricara contra ellos.

Sobre la pintura a que hacéis referencia en la colección de los Uffici os diré un par de cosas. Como sabéis, esos Uffici, o dicho en nuestro idioma “oficinas” fueron construidas por Cosme para alojar a la enorme cantidad de burócratas que necesitaba su estado para administrar sus negocios y su trampas. Vasari estuvo a cargo de la decoración, con una enorme cantidad de pintores, escultores y artesanos de toda índole. Recordad que Vasari se ganó el favor de la corte cuando se ofreció para restaurar el David de Miguel Angel, que había perdido una mano y parte del brazo durante la guerra de reconquista de los Medici. Volviendo a la pintura, lo que llama la atención en el rostro, aparte de que no tiene cejas, es que los ojos no expresan lo mismo que la boca. Pareciera que la modelo sonríe para el pintor mientras piensa en otra cosa. Si se tapa la parte inferior y se contempla la mirada aisladamente puede comprobarse lo que digo.

En cuanto a la pregunta filosófica puedo deciros que el problema de nuestra cultura monoteísta, monogámica y mercantil (este juego de las tres “m” lo inventó mi amigo Lawrence Durrell) es que se da por sentado de que existe siempre una sola verdad, o al menos una que predomina o aventaja a las demás. No hemos superado aún, me temo, la visión del mundo que se cristalizó en la forma social de la monarquía absoluta. De allí nuestra dificultad para entender la democracia y la

poca repercusión social y psicológica de una teoría como la de la relatividad. De allí los disparates del gobierno, y de los gobernados, a los que me refería al inicio.

Y sobre el juego, no es como el ajedrez donde de dos únicos contrincantes uno sólo gana y uno sólo pierde...se parece más al póker jugado entre cinco, como establece la norma tradicional: varios pueden ganar a la vez y los que pierden pueden recuperarse en la mano siguiente.

Os escribiré con más detalle de la manera antigua. No termino de acostumbrarme a estas artes de internet. Dicen además que la privacidad no se respeta y que cualquiera puede abrir las cartas... ¿Qué clase de correo es uno en el que no se puede confiar en el cartero?

Recibid mis afectuosos besos y los de Mamá.

- Hermosa manera de codificar un mensaje- Exclamó Marisa.
- La mejor – acotó Ernesto- imposible de descifrar con la ayuda de manuales...
- Una de las mejores, no olvides lo que dice acerca de la verdad...

Ernesto miró a Angela como el niño que no soporta que su amiguita le gane jugando al ludo.

Las cabezas de los tres estaban muy juntas, frente a la pantalla del ordenador, y hablaban en voz muy baja.

-Parecemos espías descifrando un mensaje codificado- Ernesto se apartó

para encender un cigarrillo- ¿Quién da más? Comienza la subasta...a ver, Marisa... ¿Qué tienes?

Como si estuvieran preparando una clase, las dos mujeres habían cogido papel y lápiz y tomaban nota de sus ideas.

- Está claro que la mención de Florencia es un truco destinado a alejar a posibles intrusos, pero también se sirve de él para referirse a tres cosas que vienen a cuento. Para mí, las palabras claves son burocracia, trampa, restauración y lo que podríamos llamar doble intención, si tomamos en cuenta el comentario sobre la diferencia entre lo que dice la boca y lo que dicen los ojos.

- Vamos por el mismo camino- aportó Angela. Creo que es importante también la mención del David, ya que la estatua que se exhibe en su ubicación original frente al Palazzo della Signoria no es la auténtica...

-¿Estarían de acuerdo- preguntó Ernesto- si dijera que lo que el Viejo está tratando de decirnos es que la Mona Lisa que está en el Louvre no es la original y que está en otra “oficina” de manera secreta por cuestiones “burocráticas”?

Angela y Marisa sonrieron simultáneamente y pusieron de lado sus útiles de escritura. Habían resuelto el crucigrama y la sintonía entre los miembros del equipo había pasado la prueba con calificación sobresaliente.

35.

- ¿Me está diciendo usted que miles de espectadores hacen cola para ver una copia? ¡Es un fraude!

- Usa usted una palabra incorrecta, Monsieur. Es sólo una medida de seguridad.

- ¿Y dónde está la auténtica?

- Es algo que no puedo decirle...

- ¡Claro que puede! Lefebvre estaba empezando a perder su paciencia con esa vieja estirada e insolente.- ¡Hay vidas en juego!

Madame Lemaire recordó el comentario acerca de su nombre escrito en los papeles del terrorista y dijo:

- Tendré que consultar...es un asunto delicado, es algo confidencial...si llegara a oídos indiscretos...

- ¿Que está insinuando? Le recuerdo que soy inspector de la policía, Madame, y esto es una encuesta oficial.

- No me hable como si se fuera uno de los delincuentes con los que trata a diario, Monsieur. Le estoy confiando un secreto profesional y nada más. Todos los museos de Europa hacen cosas como ésta. Para no ir más lejos, el propio Vaticano y la Villa de Roma...

Lefebvre no continuó escuchando. La mención a Roma había agudizado instantáneamente su mal humor. Comentó que iría a fumar un cigarrillo afuera, mientras la directora hacía las consultas pertinentes.

36.

El cielo de Granada estaba aquella noche más estrellado que nunca. Desde el patio de los leones en la Alhambra podían verse un número incontable de estrellas. Cerca de la luna creciente, Marte mostraba su resplandor rojizo.

Pocos turistas de los que hacían su visita nocturna por el espléndido palacio sabían que la frase escrita en árabe que se repetía innumerables veces como parte del arabesco tallado en todas las paredes decía: “Sólo Alá conquista”.

Los dos individuos conversaban en voz baja, contemplando la esperada conjunción. Estaban vestidos a la usanza occidental, pero a un observador atento no hubiera pasado desapercibido el hecho de que eran dos “moros” como se dice en España de los miembros de su raza. Nadie les prestaba atención, sin embargo.

Ellos sí sabían, en cambio, que aquel lugar había sido el último bastión de un reino que se asentó durante siete siglos en tierras españolas para desarrollar una de las más prodigiosas culturas que la historia ha conocido. Estaban en una de las ruinas de esa cultura, convertida ahora en atracción turística.

Alí, el más alto de ellos, había sido escogido para una misión delicada. Intercambiaba con el otro informaciones y detalles finales respecto a la tarea que debía cumplir.

Saldría al día siguiente hacia París, por avión. No tendría problemas en la aduana porque su pasaporte era americano y estaba al día.

Era profesor de Historia y tenía su propia teoría acerca del símbolo de la Luna creciente en el Islam.

Aparte de la leyenda según la cual las dos lunas entrelazadas dibujadas con un sólo trazo eran una de las firmas de Mahoma, la simbología astrológica atribuía a la Luna carácter femenino: era la madre.

Mientras que en el Cristianismo la figura femenina había sido “congelada” en su modalidad “virginal” y pura, la tradición islámica dio al símbolo una mayor importancia y amplitud. Lo femenino, que representa también la naturaleza, debía ser sometido por lo masculino, representante a su vez del espíritu que proviene de Alá. Sólo Alá conquista.

El brillo de la Luna viene del sol y no de la Luna misma. La Luna creciente muestra ese brillo en su forma más discreta: el resto de la esfera se encuentra en penumbras. Como la naturaleza, llena de aspectos oscuros y malignos.

Bajo la dinastía llamada Nazarí que construyó en aquella colina, conocida entonces como Sabika, aquel portento arquitectónico, florecieron todas las ramas del saber humano, en particular la matemática.

Los pueblos circunvecinos estaban formados por tribus ignorantes y salvajes. Allí pensaba que la situación no había cambiado mucho.

Esclavos de la naturaleza animal y bajo el imperio irracional de los dictámenes femeninos cada vez más preponderantes y cada vez más orientados a satisfacer necesidades terrenas, engañosas y cambiantes

.como la Luna, los hombres se apartaban de Alá.

Incluso los descendientes de aquellos sultanes sabios que ahora vivían en la tierra de los infieles y compartían sus costumbres.

Si tomaran conciencia de su fe y de su tradición, los hijos de aquella civilización serían capaces de reconquistar desde adentro de las filas invasoras el territorio geográfico y espiritual que les correspondía como herencia.

Para ello hacía falta ocultar las sonrisas seductoras y malignas que los habían llevado a perder su predominio. Fue una mujer, llamada La Católica, quien comenzó el asalto al espíritu que había degenerado en la cultura abominable de mentira y debilidad que hoy reinaba en Occidente.

Había que suprimir las sonrisas de Occidente.

Todas ellas.

37.

Era la noticia del siglo y sin embargo ningún periodista estaba dispuesto a tomarla en serio. Después del “escándalo L’Oreal” como la prensa sensacionalista llamaba al incidente de la Tour Eiffel porque decía tener “evidencias” de que el contrato se había firmado mucho antes de la aparición de Angela en cámara, nadie daría crédito a declaraciones suyas aunque se tratara de la verdad que era preciso difundir para evitar el atentado.

Otro tenía que alertar a las autoridades.

Ese alguien no era, desde luego, Johnson, pero fue él quien se presentó, en compañía de sus secuaces, en el escondite.

Esta vez no hizo falta que fingieran que rompían la puerta. Ernesto les

abrió. Venían escoltados por dos de los hombres de Jack, armados hasta los dientes. Habían detectado la presencia de unos extraños que parecían demasiado interesados en la finca y los habían sometido sin mucho trámite. Los traían al interior para que “los jefes” dispusieran de su suerte.

Ernesto y Jack los sentaron a una mesa para interrogarlos. Las mujeres observaban desde un rincón sin decir palabra, como si asistieran a una función de circo.

- Estamos en territorio francés, querido Johnson.- comenzó Ernesto-Las placas de NYPD que compraron en Chinatown no les sirven aquí.

- Ustedes tienen que entender – se defendió Johnson echando miraditas a su alrededor como si tratara de ubicar un puesto de donas- sólo estábamos aplicando...

- Los procedimientos...

Marisa retuvo una carcajada.

- Debo informarles que los procedimientos que aplicarán aquí son los que nosotros dictaremos. El primero consiste en responder a todo lo que yo les pregunte. ¿Quién los envía?

Desde que habían llegado a París y se habían encontrado con Camilla, que había indagado en profundidad, sabían que el “Departamento” no tenía información de las actuaciones de Johnson y su equipo. Ni siquiera sabían quién era. De acuerdo al informante de Camilla la carta de despido de Marisa era fraguada. Igual que la que su jefe había recibido y firmado conforme en la que ella solicitaba vacaciones por dos meses. Se le había asignado la categoría “en misión” para justificar una ausencia tan prolongada: una gentileza de los superiores que conocían

bien la dedicación de su agente.

Johnson hizo un esfuerzo por encontrar una salida que no lo comprometiera. Su rostro se puso rojo y los botones del cuello de su camisa parecieron a punto de salir disparados.

- Está pensando – aclaró Ernesto a Jack, que miraba al personaje sin poder dar crédito a sus ojos ni saber si debía reír o alarmarse.
- Soy detective privado – soltó el gordito finalmente, como si estuviera escupiendo un trozo de rosca atravesado en su garganta.
- Asumo que estos mamarrachos son sus asistentes.

- Sí...puede llamarlos así.
- De modo que el lugar donde nos tuvieron secuestrados aquella noche no pertenece a ningún cuerpo de seguridad.
- Pertenece a una compañía de Seguridad Industrial...he hecho algunos trabajitos para ellos.
- Y en este “trabajito”, ¿Quién es el cliente? ¿Quién le dio instrucciones de arrestarnos e interrogarnos? ¿Quién es el dueño de la villa de la isla que paga sus pasajes y sus trajes de poliéster?

Los dos asistentes miraban al piso sin atreverse a hacer el menor movimiento. Desde su palco de sombra Angela deseaba que hicieran hablar a su compañero nocturno de Kafka en Brooklyn, pero tal parecía que no tenía parlamento en esta parte de la farsa.

- Lo llamamos “el jefe”.
- Muy original – replicó Ernesto- que ya estaba comenzando a perder la paciencia.

Marisa se acercó a Ernesto y le dijo algo al oído. Este pareció vacilar por un momento, pero luego hizo ademán de pedirle que se sentara en una

de las sillas disponibles.

Marisa cruzó las manos sobre la mesa y exhibió una sonrisa maternal.

- ¿Qué instrucciones trae usted ahora, Johnson? ¿Viene a llevarnos usted de vuelta a la isla?

Camilla, que estaba al tanto de todos los pormenores de la aventura, había salido hacía un par de minutos de la sala y regresaba ahora con una bandeja de galletitas que colocó frente al detective.

- Pruébelas...no son como las americanas pero se dejan comer.
Johnson atacó sin hacerse rogar.

Una vez con la boca llena se atrevió a responder a la pregunta de Marisa.

- Traigo un mensaje para ustedes.

La mirada de todos quedó clavada en él.

Mientras terminaba de desocupar una de las manos haciendo entrar a toda prisa la galleta que sostenía en su boca, la otra buscaba algo con torpeza y nerviosismo dentro de los bolsillos de su americana. Liberadas finalmente las dos, Johnson prosiguió el auto-cateo hasta dar con un papelito arrugado que entregó con alegría a Marisa.

Todos la rodearon para leer con ella.

Estaba escrito a mano en tinta verde.

“Queridos amigos.

No saben quién soy ni falta que hace: considérenme un admirador secreto.

No he encontrado mejor manera que ésta para hacerles llegar mis

saludos y un dato que creo puede serles de utilidad en este momento. Según mis cálculos, hoy es para ustedes jueves 26.

Pasado mañana es el gran día, o noche: Marte hace conjunción exacta con Plutón y la luna a las 22:15 hora local.

A esa hora todos los museos están cerrados.

Pero a esa misma hora la cantante que se autodenomina “Madonna” ofrece un concierto en el Palais de Bercy junto a Britney Spears...no sé si volverán a besarse en la boca, pero sí sé que presentarán una canción que servirá para promocionar el nuevo álbum titulado “Madonna Lisa”. Nadie sino los artistas lo saben. Es una primicia, pero pueden obtener algún avance si consultan sus correos electrónicos ahora.

Reciban mi caluroso abrazo,

Memphis Stone.

Corrieron a la computadora dejando a Johnson y sus colaboradores solos, o en la sola presencia de la bandeja de dulces.

Al abrir el correo pudieron observar en una imagen anexa a la famosa cantante en la pose de la Gioconda. Una breve reseña hacía fantasía con las leyendas relacionadas con la célebre modelo del cuadro y sus supuestos amoríos con Raffaello y otros artistas del Renacimiento.

En una animación flash el eslogan del disco se desplegaba en pantalla mientras Madonna sonreía con picardía: “I will smile for you”.

Johnson aprovechó la ausencia momentánea de vigilancia para sacar algo más del bolsillo. Los hombres de Jack giraron como máquinas instantáneas y lo apuntaron con sus armas.

-Es sólo una parte más del mensaje- acertó a proferir Johnson con voz afónica mientras temblaba de pies a cabeza.

Uno de los hombres se acercó y le arrebató de los dedos regordetes una tarjeta que llevó a Ernesto.

En ella había anotado un número de teléfono.

- Es el celular privado de la artista – completó el gordo más tranquilo ya-
¿Les importaría pedirle un autógrafo de mi parte?

38.

Marisa logró hacerse escuchar gracias a su psicología y a la palabra mágica que a nadie dejaba indiferente aquellos días.

Cuando la cantante atendió la llamada preguntándose quién podría ser porque el número no figuraba entre los registrados en la memoria Marisa dijo sin hacer pausas:

- Soy una amiga suya o lo seré próximamente: la llamo de parte de Angela Lynn, la sonrisa de Occidente. Queremos hablar con usted de algo importante.

- ¿Qué puede ser más importante que mi ensayo? El tono era seco pero traicionaba una cierta curiosidad.

- Su vida. Está usted en peligro.

- ¿Me matarán los terroristas a mí también?

- A usted no, pero sí a Madonna Lisa...

- ¿Quién le ha dado esa información?
- La misma persona que me dio su teléfono.
- ¿Y quién es esa persona, si puede saberse?
- ¿Le dice algo Memphis Stone?

Hubo una larga pausa. Finalmente la cantante respondió, con una voz completamente distinta.

- Véanme en mi suite del Plaza Athenée a las 4:30 p.m.
- Preferimos un lugar más privado.
- Usted dirá...
- El cementerio de Père Lachaise, al lado de la tumba de Jim Morrison.
- Hecho. Me encantan las tumbas.

39.

A partir de ese momento los acontecimientos comenzaron a precipitarse aceleradamente. Según Camilla habían entrado en un “tobogán del tiempo” y no podrían controlar la situación hasta que llegara la hora y el minuto del aterrizaje. Se entrevistaron con la artista y su manager, quien intentó descifrar en lo que oía una posible trampa comercial para sacar provecho de la celebridad de su cliente, pero sin éxito alguno. De hecho Angela era en ese momento una noticia más importante que la gira de la cantante y además no estaba pidiendo ni ofreciendo dinero. Ernesto sirvió de “intérprete” para explicar el asunto en términos estratégicos y fue muy convincente. Había una conspiración para destruir la alegría y el arte occidentales e imponer a todas las mujeres silencio y sumisión. Esas dos palabras fueron suficientes para que la neoyorquina captara la magnitud del atentado.

- Fuck them – dijo con rabia sincera.

Se hicieron todos amigos, como había pronosticado Marisa, y cómplices del contraataque que planearon con cuidado, una vez que se desplazaron al lugar seguro de Ícaro, quien de inmediato adoptó el papel de director de operaciones tácticas.

Se esperaban diez mil personas pero la cifra se duplicó a raíz de la rueda de prensa del mediodía del viernes en que Madonna se presentó con su atuendo de Mona Lisa al lado de Angela, que había optado por vestirse y peinarse a la manera de la Primavera de Boticelli. Los vestuaristas y maquilladores de la banda estaban encantados cuando dieron el último toque a sus creaciones en el Café de la Paix, lugar que había sugerido Camilla como apropiado para la ocasión. El director de escena y el productor aportaron de su parte y cuando la entrevista estaba en su momento más intenso hicieron soltar diez docenas de palomas blancas. Britney Spears, que llegaba directamente del aeropuerto y no estaba al tanto de nada, consideró genial la idea de hacer su entrada a escena (propuesta de carreras por el director en la limosina) con la bandera francesa y los pechos al aire, como la heroína del cuadro de Delacroix. Se produjo una aglomeración monumental y la policía fue alertada para prevenir accidentes. La noticia llegó a oídos de Lefebvre cuando se dirigía a su casa a bañarse y afeitarse porque había pasado la noche en vela organizando el dispositivo de protección del Louvre junto a los jefes de seguridad y la propia Mme. Lemaire, que no quiso perderse ningún detalle de las medidas que se tomarían para preservar su vida. Habían decidido clausurar momentáneamente la sala de La Gioconda poniendo un letrero en la entrada y otro en la taquilla que hablaba de “trabajos de restauración” sobre los que no se daban explicaciones. Para mayor precaución, el departamento de información del museo había hecho circular una gacetilla el viernes en la tarde para que los medios de comunicación informaran que la pintura había sido trasladada fuera del

recinto para una inspección experta. La verdad era que la copia había sido llevada a un depósito en el sótano mientras que el camión blindado que apareció en la entrada de autos para satisfacer a los fotógrafos de prensa y a los curiosos salía del edificio con una caja sellada que contenía un bastidor en blanco con un pesado marco que sólo servía para simular el peso de la pieza rumbo al palacio de justicia, lugar que nada tenía que ver con la restauración pero daba al espectáculo un toque de oficialidad. De todas maneras la verdadera Gioconda estaba desde hacía mucho tiempo en otro lugar. Un lugar tan secreto y desconocido que nadie pensó que debiera formar parte del operativo de protección: hubiera sido levantar sospechas de lo que Lefebvre había llamado el “fraude”.

Para él, los tres aventureros alojados en la suite del Ritz habían sido hasta ese momento sólo el origen de la pista que había llevado a sus colegas a relacionar el arresto, por lo demás rutinario y carente de acusación precisa -como la mayor parte de las detenciones de supuestos miembros de células terroristas- de un individuo del que hasta ahora no se sabía nada o casi nada, salvo que llevaba en su bolsillo un plano del Louvre con anotaciones indescifrables. El “affaire sonrisa” como llamaban sus colegas al pequeño escándalo de la Tour Eiffel le tenía sin cuidado. Pero... ¿Quiénes eran esos personajes y por qué manejaban hipótesis de atentados que de alguna manera parecían relacionarse con la realidad? Había dado instrucciones para que se los interrogara, a pesar de que no se podía levantar cargos contra ellos, tanto más cuanto que la conversación que había dado origen a la movilización en el Louvre se había obtenido ilegalmente, pero los pájaros habían volado sin dejar rastros. Sus brillantes colaboradores no habían previsto que pudieran abandonar de improviso su comfortable alojamiento. Según las pesquisas la cuenta había sido pagada con una tarjeta válida...no había realmente nada que pudiera servir para acusarlos de la menor infracción. Además estaba el tema de la celebridad y de las supuestas conexiones con

grandes firmas de la moda: el departamento había decidido no intervenir para evitar un ridículo que en nada lo beneficiaría. Y ahora estaban con Madonna en el Café de la Paix con otro show de los suyos, según le informaba Rolland a través del celular. ¡Merde! Esto era un follón de locos furiosos...

Se estaba duchando cuando creyó escuchar que abrían la puerta. Michele le había dicho por teléfono que iría a casa de su madre en Strassbourg, iba a tomar el tren de las 9 y ya eran cerca de las once...

No pudo terminar su cálculo. Los dos individuos irrumpieron en la sala de baño y lo sacaron de allí envuelto en la cortina plástica en una acción rápida, violenta y silenciosa. Lo tiraron en la cama, lo desenvolvieron como un regalo muy deseado y lo amordazaron y ataron con manos firme y expertas.

Estaban enmascarados y hablaban entre si en árabe, o eso pensó Lefebvre al menos: nunca se le habían dado bien los idiomas.

Una vez que lo hubieron inmovilizado y silenciado procedieron a vestirlo como si fuera un muñeco - o un cadáver -pensó el policía.

Siempre había intentado imaginar cómo se sentiría y se comportaría en una situación como aquella, completamente a la merced de un criminal. En ocasiones pensaba que asumiría una actitud distante y cínica como algunos “duros” del cine. Pero sabía que los héroes de la pantalla actúan así porque conocen de antemano el final, en el que invariablemente vence el bien. ¿Y si no fuera así? ¿Cómo quedaría el comentario irónico del protagonista si a continuación le dieran un balazo en la cabeza? El público lo tomaría por un fanfarrón y un prepotente que tal vez hubiera salvado el pellejo si hubiera asumido una actitud más humilde. Haría el ridículo, en otras palabras. Y Lefebvre sentía horror por el ridículo

aunque durante toda su vida – al menos lo veía así desde que aquel asunto comenzó- no había hecho otra cosa.

Fueron reflexiones rápidas y confusas que no pudieron llegar a ninguna conclusión porque después de vestirlo los hombres procedieron a instalar en su cuerpo algo parecido a un chaleco con cables y compartimientos ligeramente abultados que se parecía mucho a las fotografías de los equipos usados en atentados suicidas que Lefebvre había visto en las sesiones de entrenamiento.

Sólo entonces volvió a recordar su sueño. Un sudor frío comenzó a correr por todo su cuerpo.

40.

Se reunieron todos después de la rueda de prensa en el piso 7 del Plaza Athenée que la cantante ocupaba íntegramente con su troupe. Un asistente de producción sirvió bebidas y tomó notas para ordenar el almuerzo mientras sus jefes se instalaban frente al televisor para ver la emisión del reportaje.

Una chica nueva pero ya conocida de la TV del show business comenzaba el programa hablando a cámara con un micrófono delante. “Estamos en el Café de la Paix” decía “famoso entre los famosos para quienes nos estén viendo en otros países...”

A continuación un corte daba paso al rostro de una jovencita de las que formaban la multitud que los gendarmes retenían con esfuerzo del otro lado de la calle. “Siempre nos sorprende con sus locuras, es genial”.

Otro gendarme, entrevistado a su vez, hacía un comentario soso sobre que “cumplía su deber” mientras aprovechaba la situación para cargar en hombros a otra muchacha atacada de histeria que mostraba a cámara un tatuaje en la parte inferior de su espalda sobre las nalgas cubiertas a medias por el blue jean.

Una señora anciana decía algo sobre los planes del demonio y un caballero de raza oriental con una videocámara colgada al cuello afirmaba que tenía todos los discos...

Luego vinieron los comentarios sobre Angela. Un chico con un piercing en la nariz se lamía los labios mientras decía que era “La boca más sexy del mundo”. Otro gamberro con aire de galán se ofrecía para hacerla sonreír toda la noche. Un tercero, un árabe de mediana edad, afirmaba que “esos juegos no contribuían a la paz”.

Había para todos los gustos. Después de un montaje de los últimos video clips de Madonna y otro con las declaraciones de Angela en la entrevista de unos días atrás, la presentadora entraba en el Café y se acercaba a la mesa donde las dos estrellas daban sus declaraciones.

Mientras en pantalla se veía el afiche de “Madonna Lisa” la voz en off de Angela decía:

“Lo único que sabemos con certeza es que hay unos sujetos que pretenden destruir lo que ellos han llamado en clave “La Sonrisa de Occidente”. Nuestra acción no tiene como propósito crear alarma sino alertar sobre el atentado, que tenemos razones para pensar se cometerá mañana en la noche. Es todo lo que tengo que decir.”

Habían acordado que no se referiría a la Gioconda, pero los periodistas ya habían atado cabos entre sus declaraciones anteriores y la noticia

que provenía del Louvre: se tejían innumerables conjeturas que ahora se nutrían con la imagen del nuevo disco de Madonna. Tantas coincidencias no podían ser fortuitas; una emisora de radio hizo correr el rumor de que se trataba de un golpe de teatro que preparaba un acto de “terrorismo de Estado” fraguado por las mismas mentes maquiavélicas que habían “simulado” el ataque del 11 de septiembre en New York. Los franceses seguían los pasos de los americanos para forzar un viraje a la derecha sustentado en el pánico de la población. Varios escritores a sueldo trabajaban ya sobre versiones de la “conspiración” destinadas a entrar en prensa pocos días más tarde con buenas probabilidades de convertirse en best sellers.

“Faltan piezas en el rompecabezas” pensó Marisa.

“Faltan veinticuatro horas” pensó Camilla contemplando el reloj pulsera hecho a mano para ella que su padre le había regalado cuando cumplió quince años.

41.

El Viejo escuchaba otra vez el Adagio de Albinoni mientras hacía un solitario con sus barajas de póker. No un solitario de los habituales, que lo aburrían y consideraba con desprecio como un juego de masturbación mental, sino uno que estaba inventando a medida que repartía las cartas.

- Estas son para los chicos, éstas para los fanáticos, éstas para la policía, éstas...

Hacía mucho tiempo había escrito un “paper” titulado “Azar, probabilidades y realidad” en el que intentaba demostrar que lo que

sucedía en el mundo físico no obedecía a leyes férreas pero tampoco a una condición aleatoria “indiferente”. Para que algo ocurra”, decía, “es preciso que pueda ocurrir: esa posibilidad futura está contenida ya en el presente aunque nunca llegue a producirse. La vida pudo o no producirse en el planeta, como de hecho no se ha producido en otros cuerpos celestes que conocemos, pero el azar no basta para explicar por qué se produjo. Si la vida no fuera una propiedad latente de la materia ésta nunca se convertiría en vida. Pero si es una propiedad es también algo que existe en toda la materia, incluso en aquella que no la desarrolla. ¿Para qué tiene la materia la propiedad que llamamos vida si no para ejercerla? Lo mismo podemos decir de la conciencia en los primates superiores.”

El trabajo había sido calificado de “idealista”. Un colega que no lo quería mucho había comentado en un artículo que Patrick quería sentar las bases de una “física de la Utopía” y que pronto demostraría con ecuaciones y fórmulas la existencia de la Santísima Trinidad.

No esperaba que lo entendieran porque nunca lo habían entendido, por lo que no dio importancia a las diatribas: de hecho nadie había refutado su tesis, se habían contentado con burlarse de ella, que es lo que hacen los idiotas cuando se les habla de algo que no comprenden.

Pero el incidente produjo en él una suerte de cinismo progresivo que lo llevó a pensar que no valía la pena continuar investigando para descubrir perlas que serían invariablemente tragadas por los cerdos junto con las bellotas sin que nadie pudiera apreciar su valor. Hasta el día en que hizo una mención jocosa al asunto en una clase en la que tocó el tema de las probabilidades tangencialmente y un alumno se le acercó a la salida para pedirle que le hiciera saber dónde podía encontrar una copia del ensayo.

Era un joven de origen árabe que pocas veces intervenía y que le había pasado completamente desapercibido hasta ese momento. Su récord académico era promedio, como todo lo demás que pudo averiguar acerca de él: no destacaba en nada. Patrick pensó que era un simple mediocre como tantos hasta que recibió el trabajo de vuelta con una nota de agradecimiento que contenía un par de reflexiones. Eran de una agudeza tal como la que hubiera deseado que alguno de sus colegas hubiera expresado en el momento de la publicación. Fue entonces cuando tuvo la repentina intuición de que aquel estudiante era tan poco sobresaliente porque simplemente quería que nadie notara su existencia.

Pensó para poner a prueba la corazonada que se trataba de una historieta de espionaje que se estaba inventando como recurso inconsciente destinado a añadir una intriga ficticia a su vida tediosa y rutinaria, pero cuando tuvo ocasión de conversar con el chico debió rendirse a la evidencia de que su mente no le estaba jugando trampas: había una historia secreta que no era nada banal.

No quiso indagar porque no le incumbía ni le interesaba; ya no trabajaba para el servicio secreto y no quería producir en la vida de aquel joven ninguna perturbación que pudiera apartarlo de sus estudios. Era probable que estuviera en presencia de un genio y se contentaría con ofrecerle sus pequeños tesoros teóricos con la esperanza de que compartiéndolos aumentara la probabilidad de que las ideas en germen crecieran y llegaran un día a dar los frutos que estaba seguro podían dar. Renegó de sí mismo y de su cobardía porque muchos de sus apuntes y sus reflexiones habían quedado inconclusos por falta del estímulo que había esperado recibir de la comunidad científica. “La vida debe encontrar su incentivo en sí misma, en la parte invisible de lo existente

que está siempre más allá y no en las formas aparentemente muertas que la rodean” escribió en su diario el día en que se reunió con su alumno en un restaurante para un almuerzo que él había propuesto y que el otro había aceptado sin mucho entusiasmo.

Al principio la conversación fue completamente trivial. Patrick no hizo ninguna pregunta sobre la vida privada de su compañero de mesa y éste no encontraba tema de conversación adecuado para llenar el tiempo de un almuerzo con un profesor. Cuando el silencio se instaló entre ellos por falta de materias banales a considerar, Patrick se atrevió a entrar directamente en el asunto teórico que le interesaba. Samir lo escuchó sin decir una palabra pero sin perder ninguna de las de su interlocutor. Agradeció el elogio que recibía sobre sus comentarios y de pronto dijo:

- La lógica no alcanza para llegar a esos territorios, que son más bien teológicos ¿Me explico? Pero la teología con la que cuentan en Occidente es una teología sometida a la lógica, con lo que cuando la incógnita es formulada ya la respuesta está incluida y desmiente la validez de la incógnita. Por eso la ciencia termina en esa frontera y supone que más allá no hay nada, como los hombres de la Edad Media pensaban acerca del mundo plano que se interrumpía en un punto tras el cual se abría un abismo.

- Entiendo y estoy de acuerdo – replicó Patrick fascinado. Pero... ¿Cuál es esa “otra” teología?

- No lo sé – respondió Samir como si prefiriera no divulgar sus convicciones a un extraño- ...tal vez haya que inventarla.

42.

El “invento”, como uno de los hombres había llamado a la bomba que

ahora formaba parte inseparable de Lefebvre, funcionaba así: un control remoto celular la haría explotar en cualquier momento en que ellos pensaran que él estaba desobedeciendo las instrucciones.

Eran sencillas: si las cumplía podría salvar su vida. Y si pensaba que de todos modos lo harían volar en pedazos, también podía pensar que le convenía cumplir las instrucciones para al menos alargar por unas horas su miserable existencia y reflexionar sobre su significado.

Sólo uno de ellos se dirigía a él, y aunque usaba sólo las palabras necesarias para hacerse entender perfectamente se notaba que era un hombre culto. Hablaba francés sin acento y sin muletillas; pausadamente, como si impartiera una clase:

- Sus movimientos serán seguidos paso a paso por un dispositivo GPS conectado a doce satélites, vea:

Y le mostró un diagrama en la pantalla de un ordenador portátil en la que el detective se había convertido en un muñequito colocado sobre el plano de París que mostraba el inmueble donde estaba su casa...

- Estaremos escuchando además todo lo que diga o le digan...no estará solo.

- Podría llamarlo "Sim bomb" y patentarlo- respondió Lefebvre. El miedo estaba actuando como una droga que estimulaba su sentido del humor. Sentía que sus emociones estaban anestesiadas: tal vez era eso lo que les ocurría a los héroes de las películas.

El secuestrador no respondió nada. Lefebvre pensó que gozaba de una momentánea impunidad ante su captor, quien se limitó a simular una sonrisa y prosiguió:

- Tiene que memorizar el itinerario y repetírmelo sin ningún error.

Revisando el papelito donde estaban detallados los pasos que debía seguir, el detective comprendió que a partir de ese momento y hasta llegar al “objetivo” estaría siempre rodeado de personas. Imaginó que sus secuestradores contaban con cierto altruismo de su parte: no cometería una tontería que pudiera hacerlo volar en pedazos llevándose consigo las vidas de un montón de gente de la “suya”.

Recordó una frase de Sartre que había leído hacía mucho tiempo: “No es suficiente morir, hay que morir a tiempo.”

-¡Qué país más culto somos! – le había dicho su esposa al comienzo de la relación, cuando empezaron a intercambiar lecturas- hasta los *flics* leen filosofía .

No era policía de carrera. Había sido asimilado para formar parte de una brigada técnica anti-terrorista supuestamente “secreta” que debía componerse de “caras nuevas” que pudieran hacer un trabajo encubierto con eficiencia. Eso, al menos, le habían explicado al contratarlo. Cuando tuvo que explicar sus razones y motivaciones para optar al puesto se limitó a contestar que “detestaba profundamente el terrorismo”. Y era cierto: su hermana había muerto como víctima inocente en un atentado en Beirut.

Su formación de ingeniero y sus conocimientos sobre explosivos le habían sido de utilidad para obtener el puesto. Lo primero le había traído más disgustos que satisfacciones, porque su manera ordenada de pensar chocaba constantemente con las normas burocráticas con que los policías se regían para actuar. Lo segundo no había tenido ocasión de

ponerse al servicio de las misiones de inteligencia en las que le había tocado participar: nunca se habían topado con un atentado de verdaderas proporciones. Hasta este momento.

“Soy una bomba teleguiada “pensó.

Y a continuación hizo señas al secuestrador para que le tomara la lección.

Lo acompañaron hasta su coche y le ordenaron conducirlos por la autopista hasta un pueblo a doscientos kilómetros de la ciudad. Luego tomaron una carretera secundaria hasta la entrada de una granja. Una corta carretera de tierra los llevó hasta la vieja mansión rural. Entraron a un gran salón vacío y polvoriento y se dirigieron directamente a una habitación amplia que sin duda había sido alguna vez la biblioteca de la casa. Quedaban todavía un centenar de libros en las estanterías desvencijadas.

Había una cama en la que le dijeron que dormiría y un baño auxiliar que podía usar. Antes de que lo dejaran solo tuvo que cumplir la primera tarea de la lista. Llamó a Rolland para pedirle noticias: no había novedad. Le pedía que descansara y que mantuviera su móvil encendido por si se presentaba algo. El también descansaría un poco, le dijo. Cerró la comunicación y entregó su teléfono al secuestrador.

- Trate de dormir – respondió éste. Mañana será un día agitado.

43.

Era el mayor escándalo del mundo pero nadie parecía prestarle más atención de la que se le presta al estreno de una película. “Sólo creen en la violencia cuando ven sangre correr” dijo Ernesto a Jack mientras regresaban al “escondite”. No tuvieron que hacer esta vez grandes

maniobras para sacarse de encima a los periodistas; o la rueda de prensa había saciado por el momento su voracidad de imágenes y declaraciones o estarían ya tan agotados como ellos mismos. Las tres chicas dormían en el asiento trasero de la camioneta.

Ya solos y relajados en la casa, los dos hombres se sirvieron un trago y se sentaron a conversar.

- Hay muchas cosas que no entiendo todavía – dijo Jack- pero hay una que me intriga más que las otras.

- Lance usted – respondió Ernesto mientras observaba cómo el hielo se disolvía en su vaso de whisky.

- Con todo este espectáculo que hemos montado... ¿No le convendría al enemigo suspender su operación? Nos haría quedar como unos payasos y nos quitaría toda credibilidad, si alguna tenemos. De ahí en adelante podría actuar con total libertad.

- Puede ser. Pero si hicieran eso estarían actuando de acuerdo a nuestra lógica. Ellos...

- Sí, ya sé – interrumpió Jack como quien recita un lema- ellos son sicópatas y actúan como tales, pero...

Sonó el teléfono. Jack interrumpió su explicación y se levantó para cogerlo. Nadie debía tener ese número...o casi nadie.

- ¿Hola?... ¡Ah! ...Sí, un momento.

Le entregó el aparato inalámbrico a Ernesto mientras decía:

- Es Madonna.

- Hola ¿Qué hay?

Ernesto activó el altavoz.

- Adivina quién me ha llamado, cheri...- La voz de la mujer sonaba enigmática y traviesa.

- ¿El Presidente Bush?

- Ese también me llamó, sí. Le dije que no lo podía atender...

- ¿¡Cómo?!

- Me cae mal. Si vuelve a llamar le diré que hable con ustedes... ¿te parece?

Ernesto vació el trago que tenía en la mano antes de continuar.

- Tampoco es mi héroe, pero dadas las circunstancias...Estás bromeando ¿Verdad?

- No bromeo. ¿Quién podría bromear en una situación como ésta? ¿Crees que soy la chica frívola que dicen?

- No creo nada. Te pregunto.

-Y yo te respondo. Me llamó David Cooperfield.

- ¿El de Dickens o el mago?

- Tonto. ¿Crees que no sé que el de Dickens murió hace años?

- Bueno...era un personaje de ficción...

- El que me llamó es de carne y hueso. Muy apuesto, por cierto.

- No lo pongo en duda...y ¿Qué quería?...un asunto de trabajo, imagino...

- Está en París de incógnito y se enteró de lo que nos sucede...dice que puede hacernos desaparecer en escena. Quiere reunirse con nosotros mañana temprano en el escenario.

- Lo único que nos faltaba – dijo Jack mientras servía más licor en los dos vasos y vaciaba el suyo sin respirar.

44.

Estaba en lo que parecía un casino y deambulaba sin un rumbo preciso; se sentía mareada, como si hubiera bebido mucho. De pronto se abrió ante ella una puerta y la luz del interior la encandiló. Cuando se acostumbró al resplandor vio que varios personajes enmascarados –eran cinco- jugaban al póker en una mesa con tapete verde. En lugar de fichas había frente a ellos gran cantidad de pequeñas personas desnudas atadas como ramitos de perejil. Las personitas agitaban los brazos y parecían gritar, pero sus voces no se escuchaban.

Marisa abrió los ojos y se incorporó con un movimiento súbito. Se levantó de la cama y caminó a tientas en la oscuridad hacia la ventana. Cuando descorrió las cortinas vio que comenzaba a amanecer sobre la apacible campiña francesa. El cielo estaba despejado y ya volaban los primeros gorriones.

Volvió a sentarse en la cama y trató de recuperar las imágenes del sueño que parecían querer borrarse de su memoria. Buscó su cartera y sacó de ella su inseparable libreta de apuntes. Tenía que hablar con Ernesto, se dijo cuando terminó de escribir. Luego volvió a meterse entre las sábanas y se durmió.

45.

Lefebvre despertó con el cuerpo adolorido. Tardó un largo instante en retornar a la vigila y recordar su situación. Se palpó el pecho y comprobó que no era una pesadilla; era real.

Se levantó con esfuerzo y buscó el saco que había dejado junto con el

resto de su ropa encima de una silla. Cuando encendió el cigarrillo y levantó la vista vio que la luz del amanecer comenzaba a entrar por la ventana. No sentía frío, la habitación estaba caldeada por un par de radiadores de los que emanaba un vaho tibio.

“Podrían haberme puesto este chaleco de fuerza después de dejarme dormir a gusto” pensó. ¿Por qué me secuestraron el día anterior? ¿Sólo para hacerme sufrir? ¿Para que sienta en carne propia lo que experimentan los que perpetran los atentados suicidas a los que se supone que yo debo capturar antes de que los lleven a cabo? Si quieren dar una lección de moral... ¿Por qué a mí?

Observó el encendedor que tenía en la mano y se dijo que con un poco de ingenio y paciencia podría causar con él un buen disgusto a sus secuestradores; podría incluso provocar la explosión...pero ¿Para qué? Para evitar que la bomba estallara en otro lugar...para evitar más muertes inútiles que la suya, que ya estaba decidida y la de los criminales, que la tenían merecida. ¿Sería tan valiente y tan idealista como para hacer eso y dejar de lado la leve esperanza de que algo sucediera que lo sacara de ese aprieto tan trágico como absurdo? Se sorprendió al darse cuenta de que podía pensar claramente y que el miedo no se había apoderado de él.

Buscó con la mirada en la habitación en busca de un espejo que no encontró. Luego se levantó y se dirigió al bañito. La mancha en la pared indicaba que había habido uno allí sobre el lavabo una vez. Lo habrán quitado a propósito, pensó mientras orinaba.

Se tocó el torso por primera vez –había evitado hacerlo hasta ese momento, tal vez por aprensión- y comprobó que no abultaba más que un chaleco antibalas. Los cierres de seguridad estaban en la espalda, la parte frontal no mostraba nada más que una superficie de poliéster irrompible, como el de las maletas de buena calidad. Era un trabajo muy profesional, muy cuidado y pulcro.

-¿Ha dormido usted bien?

La voz provenía de algún lugar detrás su hombro izquierdo. Se palpó y descubrió lo que al tacto le pareció una rejilla metálica circular, como la de los parlantes de los radios transistores de bolsillo.

- Nada mal – respondió mirando hacia el lugar de donde provenía la vocecita- recomendaré el chaleco a mis amigos con insomnio.

- Ya que lo comenta, su esposa viste uno igual en estos momentos...todos los caminos conducen a Roma... ¿No dicen eso ustedes los cristianos?

Lefebvre sintió que sus piernas comenzaban a temblar.

46.

Camilla y Angela se despertaron a la misma hora y tropezaron como sonámbulas en la cocina. Mientras Angela preparaba café, la otra buscó y encontró harina, huevos, leche y una sartén: todo lo que necesitaba para hacer panquecas.

Mientras batía la masa en un bol escuchó que Angela comentaba:

-He estado pensando sobre lo que has dicho acerca del tiempo. Es muy interesante...

-Son sólo intuiciones, sensaciones, experiencias...no sé cómo llamarlas

- Muchas veces los descubrimientos científicos surgen de ese tipo de ideas espontáneas. Dicen que Kepler tuvo la visión de sus leyes en un sueño.

- Yo tuve un sueño curioso anoche. Respondió Camilla.- Soñé que nos elevábamos en un globo.

-¡Claro!- gritó Angela de pronto.

Había emitido un sonido tan fuerte y tan agudo que Camilla dejó caer el bol, que se estrelló en el suelo con un estrépito adicional. Todos bajaron de carrera a la cocina, algunos medio dormidos todavía, como Ernesto.

Camilla observaba la masa desparramada en el piso y reía como una enajenada mientras que Angela miraba al techo; parecía la estampa de una santa en estado de éxtasis místico.

- ¿Qué es lo que esta tan claro así? -preguntó Jack mientras enfundaba su pistola.

- Todo está claro- respondió la santa sin bajar la vista del cielo.

Ernesto y Jack se sirvieron café mientras Camilla recogía la masa y los vidrios sin dejar de reír. Marisa entró corriendo y por poco no se cae de espaldas al resbalar sobre la sustancia pegajosa que había salpicado todo el piso. Ernesto la ayudó a sostenerse y ella comprendió que no sucedía nada demasiado alarmante. Se agachó y comenzó a ayudar a Camilla.

Todos esperaban que Angela bajara de las nubes.

Lo hizo sin mucha transición; se sentó y sorbió un trago de café. Luego dijo:

- Teníamos hasta ahora dos variables que creíamos determinadas. Esto nos impidió ver la tercera.

Nadie se atrevió a pedirle que se explicara.

- Tenemos el parámetro del tiempo: sabemos que ocurrirá esta noche.

Tenemos el parámetro del objetivo o el blanco, o la materia, por llamarlo

así: La Sonrisa de Occidente, sea cual sea el significado que le atribuyamos nosotros o ellos a esa frase. Pero hay otro parámetro...

-¿A saber? – Ernesto no podía con su impaciencia.

-¡El espacio! Camilla me dio la clave cuando habló del globo.

- ¿El globo? - A Jack le sonaba interesante la idea, aunque no supiera de qué demonios estaba hablando la profetisa en pijamas.

- Soñé con un globo- dijo Camilla.

- Eso lo aclara todo...ahora entiendo el grito...-Marisa no había querido ser irónica pero estaba demasiado dormida y el escándalo la había puesto de mal humor.

Angela se le acercó y le acarició la cabeza. Eso la calmó: se sentó y trató de concentrarse en la explicación. Camilla hizo otro tanto.

- Pensé en los globos de los niños. Muchas veces se sueltan y se van volando. Los niños se ponen a llorar e intentan alcanzarlos, pero es inútil.

Ernesto miraba a Angela preguntándose si había enloquecido o si estaba ensayando un monólogo surrealista.

- Y bien: ahí está la clave. Energía o materia, tiempo y... ¡Espacio!

- Muy bien. Ahora repítelo pero con subtítulos en español – dijo Jack.

- Fácil- Angela se había servido más café y parecía recobrar su poca cordura habitual.- El globo es la sonrisa y el tiempo es el momento en que estalla. Lo que no sabemos – y ellos no tienen tampoco cómo saberlo, es en qué lugar estalla. Lo pongo aún más sencillo: si la bomba tiene que estallar a una hora inamovible estallará donde esté a esa hora, pase lo que pase, esté la víctima escogida cerca o no.

- La bomba es como el globo. Se está moviendo constantemente – agregó Jack ensimismado.

- ¡Exacto! Por eso las ubicaciones nos parecen absurdas.
- Una oficina de correos. Por ejemplo. – replicó Marisa que estaba ya completamente integrada a la conversación.
- ¿Quiere decir que la Sonrisa de Occidente es una clave vacía? ¡Qué decepción! – Camilla no podía creer lo que estaba oyendo.
- ¿Un bluf tal vez? – fragmentos del sueño acudían a la memoria de Marisa.
- No es vacía ni es falsa, es...como decirlo...
- Es incierta- sentenció Ernesto. Se trata de una aplicación algo traída por los pelos del principio de incertidumbre de Heisenberg: podemos saber dónde está o a qué velocidad va un electrón, pero no podemos saber las dos cosas al mismo tiempo. Ese es el enunciado más elemental del asunto.
- Pero no es traída por los pelos: es lógica. Cruel, desalmada, inhumana, pero lógica.-agregó Angela.
- Son sicópatas pero no son tarados... ¿Es eso lo que quieres decir?- Marisa ataba cabos a toda prisa.
- Puedes sintetizarlo de esa manera.- respondió Angela.- Lo importante es que ya tenemos una cosa clara más allá de cualquier duda.
- Si entiendo bien – acotó Jack midiendo sus palabras como si se tratara de gotas de nitroglicerina- eso significa...que...
- Es una simple bomba de tiempo- concluyó Camilla.
- Y... – Jack sonrió para agradecer la ayuda de la chica- no sabemos dónde estará cuando estalle.

Se hizo un duro silencio. Cada cual exploraba su mente en busca de los escenarios más sombríos.

- ¿Un coche-bomba en movimiento? – Preguntó Jack.
- No se permite la entrada de coches a los conciertos...ni a los museos.

- Es un...
- Es un suicida mortalmente puntual.

47.

- ¡Vamos, Mustaphá! Esto no es un asunto religioso ni político...Esta gente tiene tanto que ver con el Islam como Bush con el Cristianismo...

Patrick había tomado el primer vuelo a París y, después de registrarse en un pequeño hotel, se había dirigido a la casa de su viejo amigo Mustaphá, hombre de ciencia y miembro del directorio del Museo del Mundo Árabe.

Hacía muchos años que no se veían pero habían mantenido una correspondencia constante que les hacía sentirse más que simples colegas. Compartían memorias comunes, porque Látifa, la difunta hermana de Mustaphá, había sido en una época colaboradora estrecha de Patrick en un proyecto de traducción de clásicos científicos árabes al inglés. Mustaphá estaba al tanto de que su hermana y Patrick habían vivido un romance juntos.

Tomaban té en la biblioteca; una enorme sala que Patrick había llamado una vez en juego “La Biblioteca de Alejandría” por la profusión de libros, obras de arte y objetos que la hacían parecer un lugar trasladado intacto desde la antigüedad al centro de la capital francesa.

- Toda esta publicidad ensucia el brillo de nuestra cultura...muchos dicen que no, pero poco a poco va filtrándose la idea de que somos los enemigos de la ciencia y del progreso... ¡Fuimos los inventores del

álgebra!

- No tienes que convencerme a mí, amigo. He venido para ayudar...pero necesito ayuda.

Nunca habían hablado de ello, pero Patrick sabía que su colega mantenía relaciones cercanas con políticos prominentes y hombres con mucho poder y mucha información sobre el complejo universo del Islam contemporáneo.

- No espero que me cuentes todo lo que sabes, Patrick. Presumo que sabes bastante, si no, no estarías aquí hoy. No me pidas tampoco que te revele secretos que no me pertenecen a mí sólo. Estoy tan interesado como tú en que la violencia cese. Formula tus preguntas y veremos si puedo responderlas.

- Hay un grupo que no actúa por motivos políticos ni religiosos en la acepción común de estas palabras. Podría llamarse un grupo de élite, independiente, formado por gente muy culta... ¿Sabes algo de ellos?

- Hay muchos locos, como en todas partes. Los americanos tienen su Ku Klux Klan, los franceses sus "Masones auténticos"...he leído que en Inglaterra existen supuestos descendientes de los druidas...

- Estamos hablando de gente armada con tecnología de punta y conexiones internacionales, Mustaphá...no son aficionados que se dedican a practicar la guerra santa los fines de semana como hobby.

- Entiendo lo que quieres decir. Pero me parece que hablas de individuos que asaltan canales de televisión con armas de plástico...no son muy diferentes a tu compatriota que lanza avioncitos sobre París.

- Mi compatriota habla en cámara y muestra su cara...

- Muy linda, por cierto. ¿Es verdad que fue alumna tuya?

Patrick contempló los arabescos de la bandeja que sostenía la tetera y recordó una vieja tesis acerca de que las representaciones gráficas elaboradas por los hombres y las culturas coinciden con la geometría de los movimientos que realizan las neuronas en el cerebro. Confirmó una suposición que ya tenía antes de encontrarse con Mustaphá: debía tener mucha más información de la que entregaría de manera espontánea. Había que atravesar el laberinto para llegar a ella.

Pero él no tenía vocación ni tiempo para jugar a ese juego.

- Sí – respondió directamente y mirando al otro a los ojos- fue alumna mía y le tengo mucho aprecio. También temo por su vida.

Mustaphá se levantó de su asiento como movido por un repentino malestar.

-Haces jugadas arriesgadas, compañero. Estás sacando a la dama apenas comenzado el juego.

Patrick y Mustaphá habían pasado muchas horas frente a un tablero de ajedrez.

- Esto no es un juego, Mustaphá: o si lo es, lo que está en juego son vidas humanas.

Mustaphá se acercó a un mueble sobre el que había una caja con tabaco y una pipa. A poca distancia un portarretratos mostraba la imagen de su querida Látifa.

Cargó la pipa, la encendió y luego dijo:

-Todavía no has formulado ninguna pregunta.

Patrick comprendió que su interlocutor estaba abriendo para él una puerta que no abría para nadie más que para sus hermanos. Comprendió también que no la mantendría abierta por mucho tiempo. Podía que tuviera una sola oportunidad...Tenía que formular la pregunta justa que le permitiera obtener la información que deseaba, como en los famosos acertijos lógicos de Malba Tahan.

- ¿Existe alguna manera de que yo pueda encontrarme con el jefe de ese grupo hoy antes de las diez de la noche?

La pausa que precedió a la respuesta no duró más de un minuto, pero Patrick sintió que nunca en su vida una espera había sido más larga y más tensa que aquella.

Mustaphá exhaló el humo, se sentó nuevamente y lo miró a los ojos. Los suyos eran de un negro muy profundo, como el de un pozo sin fondo.

- Sí. -dijo como quien hace la jugada más decisiva de la última partida del torneo.

48.

“Hasta que la muerte los separe.”

Nicole Lefebvre supo desde el mismo día de la ceremonia de su casamiento que aquella frase era de pésimo agüero: ahora entendía por qué.

La habían dejado sola por un momento, encerrada con llave en la

pequeña alcoba de su apartamento en el Trastevere y no se le había ocurrido otra cosa que mirarse en el espejo para ver cómo lucía el mortífero chaleco. ¿Qué culpa tenía ella de que su marido, o más bien su ex, o casi ex, fuera policía y persiguiera terroristas? El chaleco no tenía gracia alguna en ninguna de las acepciones de la palabra: la hacía ver gorda y retaca.

Se sentó sobre la cama y se puso a llorar.

No podía controlar sus sentimientos; tan pronto lloraba como reía o reflexionaba fríamente sobre la situación: debía estar volviéndose loca.

Respiró hondo y trató de relajarse como hacía antes de las

representaciones. ¡Si al menos le dejaran escuchar algo de música!

Ni siquiera eso; al parecer no podía usar ningún aparato eléctrico porque podría activar el mecanismo remoto de la bomba.

Logró que los músculos se aflojaran y que la respiración se hiciera regular, pero los pensamientos y los recuerdos continuaban fluyendo de manera desordenada y angustiosa. “Tengo un ataque de pánico” se dijo, y de inmediato otra parte de su mente respondió: “No es para menos, tienes un kilo de dinamita encima.”

¿Para qué se habría metido Pierre en aquella estupidez? ¿Por qué insistían tanto los hombres en darle “sentido” a su vida? Cuando era pequeña y escuchó esa frase por primera vez la asoció con “darle brillo a los zapatos” y se imaginó a la gente grande caminando por las calles con cepillos enormes con los que lustrarían todo lo que encontraran a su paso. ¿Cómo si no darían sentido a la vida? ¿Y qué era aquello de sentido? Más adelante entendió lo que era el sentido de circulación obligatorio de las calles y supuso que de eso se trataba: de respetar las reglas. Pero parecía que eso no era suficiente para que la vida tuviera sentido. Aunque si se comparaba la vida con una calle que comienza en el nacimiento y termina en la muerte no hay ninguna manera de evitar el sentido del viaje, no hay ninguna posibilidad de tomar una salida y

hacer “cambio de sentido” como ocurre en las autopistas. Lo cierto es que los hombres, y muchas mujeres también, creían que no bastaba con vivir la vida tal como la vida se presentaba sino que había que buscarle o darle un sentido.

Se dio cuenta de que estaba divagando y de que adoptaba una manera de ver las cosas como si fuera la niña que ya no era. ¿Se estaría refugiando en su infancia? ¿Estaría realizando una regresión? Sentía un miedo horrible que estaba mezclado con angustia y rabia y culpa y todos los sentimientos dolorosos que conocía. Impotencia. Voy a morir irremediablemente.

El ejercicio de respiración comenzó a dar resultado y empezó a relajarse realmente. Sus pensamientos se iban aquietando. Poco a poco se fue disipando la crispación de sus nervios y empezó a experimentar una cierta tranquilidad. No moriría. Las cosas ocurrirían de otro modo. A pesar de todas las apariencias habría un desenlace feliz. Finalmente, su esposo era un policía: a esa hora, cientos o miles de agentes de la Interpol la estarían buscando. La encontrarían. Si lo que los secuestradores pedían era dinero o la liberación de algún prisionero, negociarían con ellos. Habría un gran escándalo internacional. Ella, después de un corto cautiverio, saldría y daría declaraciones a la prensa. Saldría en televisión. Tal vez incluso todo aquello serviría para reconciliarse con Pierre ¿Por qué no? Ella no mencionaría lo que había sucedido con Marcelo...

Sintió sed. Pensó en levantarse y servirse otro vaso de jugo de naranja de la jarra que le habían dejado en la mesita de la cama pero no tuvo fuerzas para hacerlo. La droga que habían disuelto en el líquido ya había hecho efecto. Entró en un sueño profundo.

49.

- Todo es cuestión de geometría. No hace falta que entiendan ustedes el

mecanismo. Es más, prefiero que no curioseen mucho. Lo único que necesitan hacer es ubicarse en la posición exacta, tal como estará marcada en el piso. El truco no está en la luz ni en los efectos ni en los aparatos, sino en la geometría. Lo que el público ve es idéntico al ángulo con que lo ve. Lo que haremos será jugar un poquito con el punto de vista. Para el público su punto de vista y la realidad son la misma cosa. ¿Me siguen?

David Cooperfield repetía casi de memoria las instrucciones que había dado cientos de veces a sus ayudantes una vez que el productor tenía en sus manos los documentos firmados en que estos se comprometían a no divulgar nada de lo que vieran hacer al ilusionista. Pero aquellos no eran ayudantes comunes y corrientes.

- ¿Qué punto del patio de butacas establece usted como referente para fijar el punto de vista general?- Preguntó Angela. El experimento le resultaba tremendamente interesante desde el “punto de vista” de la óptica.

En otra situación el mago habría pasado por alto la pregunta y habría dicho algo que le quitara al curioso para siempre el deseo de indagar, pero la sonrisa con que la chica había acompañado sus palabras era tan seductora que no tuvo más remedio que ceder a la tentación de una galantería:

- ¿Y tú? ¿A qué interlocutor imaginario te propones cautivar cuando sonríes de esa manera?

Angela no iba a darse por vencida con un simple piropo. Replicó más seria.

-Sólo me preguntaba si no existía la posibilidad de que al menos un espectador ubicado en un extremo pudiera percatarse del engaño.

La palabra engaño no figuraba en la lista de las que Cooperfield usaba

para referirse a su arte, pero la dejó pasar y se limitó a responder.

-No existe esa posibilidad. A menos que ese espectador supuesto suba al escenario, cosa que no sucederá.

El sol brillaba sobre un cielo despejado y azul, del azul que sólo el cielo de París adquiere las pocas veces que está realmente despejado. Media docena de técnicos acomodaba artefactos en el escenario discutiendo con otros tantos músicos de la banda de Madonna sobre los mejores lugares para poner las cosas sin complicar la actuación.

- Tenemos una ventaja en este caso...- continuó el mago-

- Nadie sabe que éste es un espectáculo de David Cooperfield ¿Es eso?

El hombre asintió. Estaba acostumbrado a pensar que la inteligencia de las mujeres era una ilusión como las suyas...esa chica lo perturbaba.

Pasaron toda la mañana ensayando las entradas de las cantantes y los músicos y la de Angela, prevista para el momento del número de "Madonna Lisa".

Cerca de mediodía los artistas y sus invitados se retiraron y dejaron a Cooperfield con los suyos.

- Ha sido un placer conocerlos- dijo éste cuando se despedían. El plural de la frase sonaba falso, ya que no quitaba la mirada de Angela mientras la pronunciaba.

- ¿No vas a almorzar con nosotras? - preguntó Madonna.

- Queda mucho trabajo- explicó el mago- Ahora vienen tus amigos de la filmación. La cosa es más complicada con ellos.

- Nos vemos esta noche...

- Nos vemos y luego no nos vemos...-replicó David.

Todos rieron el chiste menos Angela, que seguía observando alternativamente el escenario y la platea mientras su mente continuaba haciendo cálculos.

50.

Le dejaron lavarse, afeitarse y cambiarse de ropa: habían recogido lo necesario en su casa.

Luego le ofrecieron café en el salón de entrada de la casona.

No intercambiaron casi palabras. Había muchas cosas que el policía hubiera querido preguntar pero sabía de sobra que no le responderían. No se preocupó mucho de observar detalles en la estancia, que no tenía nada que no hubiera visto en cientos de lugares como aquel. Viejos retratos de familia, viejas escenas de cacería y paisajes. Muebles que parecían guardar secretos de sus días de esplendor y que tampoco revelarían. En esa modalidad de secuestro no sirve de nada que la víctima recuerde detalles del lugar donde estuvo: sabía exactamente donde estaba porque había conducido él mismo. Y sabía que esos hombres abandonarían el lugar de inmediato: había sido una mera escala en la travesía. Una escala previa al largo viaje que le tocaba emprender hacia...hacia lo que fuere.

El hombre alto miró su reloj pulsera y dijo:

- Es hora.

Lefebvre apuró el resto de café y se puso de pie.

Mientras caminaba hacia su auto pensó que podía haber dicho algo antes de marcharse. No un "hasta luego" ni nada semejante, porque habría resultado ridículo. Ni un insulto, porque no estaba en capacidad de agredirlos, sino una frase inteligente o un comentario como el que hubiera hecho el héroe de una película. Si aquellos eran sus últimos minutos de vida bien podía darse el lujo de decir algo significativo

aunque sospechara que nadie nunca lo sabría ni lo recordaría. Nadie más que ellos, para quienes cualquier cosa que dijera resultaría completamente inútil e irrelevante dadas las circunstancias. El condenado a muerte no le dice nada al verdugo. Recordó un filme sobre María Estuardo. En la escena en que el verdugo estaba listo para cortarle la cabeza ella se encomendaba a Dios, mientras el populacho que asistía a la ejecución retenía el aliento. “En tus manos entrego mi espíritu” decía la actriz mirando al cielo.

Encendió el coche, se colocó el cinturón de seguridad y comenzó a rodar hacia la salida. La diferencia, pensó, es que no había allí público para presenciar nada y que él no creía tampoco en un Dios que estuviera observándolo. Cuando la explosión se produjera tampoco habría ocasión de hacer teatro con la escena porque ocurriría de improviso, sin expectativa previa ni suya ni de nadie. Los que cometen atentados suicidas tienen al menos la ventaja de ser ellos mismos los que detonan la bomba. Aquello no se parecía a ninguna película ni a nada que hubiera vivido o imaginado jamás. Sintió por un momento una sensación de extrema libertad. Era como estar despierto dentro de un sueño: podía hacer lo que se le ocurriera sin preocuparse en absoluto por las consecuencias. Si en ese momento detuviera el coche, diera media vuelta y embistiera a toda velocidad contra la casa donde no había nadie más que los secuestradores, sólo morirían ellos y él. La historia habría terminado y el plan macabro, sea éste el que fuere, habría sido abortado. Al día siguiente los periódicos hablarían de su heroísmo. Entonces recordó a Nicole.

Y comprendió que todo había sido muy bien planeado.

51.

Camilla había apagado su móvil el día anterior antes de la rueda de

prensa como medida para desconectarse del mundo. Sabía de sobra que estarían buscándola desesperadamente para que les diera información acerca de Marisa, y del asunto, y de su participación en él. Al fin y al cabo ella no era todavía, al menos oficialmente, una fugitiva como su amiga. Aunque fuera verdad lo que había dicho el gordito neoyorquino (¿Qué habría sido de él, por cierto?) y a Marisa le hubieran concedido vacaciones, a nadie podía pasarle desapercibido el hecho de que ambas estaban participando activamente en aquel follón, que para sus jefes de Washington debía ser algo tan incomprensible como inaceptable.

Ninguna de las dos era una “pieza de primera línea” como llamaban a los verdaderos agentes, y la cuota de información que manejaban era de rango bajo, pero formaban parte del equipo y como solían decir: “el equipo entero es un sólo hombre”. Camilla consideraba que la frase estaba mal pensada y que debería ser al revés: el equipo es un hombre solo, porque todos los que lo formaban eran como eslabones solitarios que sólo tenían contacto con un superior y con alguien a quien transmitían lo que el superior decía. Recibir información y pasarla, eso era todo lo que se suponía que debían hacer. Pero habían roto la cadena y los jefes debían sentir que el hueco que habían hecho en la red se extendería por ella hasta deshacer el tejido completamente. Sí, aquello debía ser una alerta roja para el sistema.

Y sin embargo era extraño que a esas alturas no hubiesen aplicado correctivos de emergencia ni hubiesen enviado refuerzos de primera línea. No conocía de ellos más que ese apelativo, pero siempre se los había imaginado guapos y diestros como James Bond, aunque estaba consciente de que era un personaje de ficción. Probablemente se parecían más a burócratas de camisa blanca y corbata de ganchito: una mezcla de marines con testigos de Jehová, con el entrenamiento de guerra de los primeros y el lavado de cerebro de los últimos. Lo que fallaba en esa hipótesis es que individuos con esas características no

podrían pasar desapercibidos en ninguna parte... y pasar desapercibidos era algo vital para su trabajo.

Encendió el móvil y marcó el número del buzón de mensajes. Había quince de ellos. Los consultó uno por uno y comprobó que todos, a excepción de uno de Guillermo, decían exactamente lo mismo:

“Comuníquese urgente con su mamá”.

“Mamá” era la palabra clave para denominar al cuartel general y eso también le había parecido ridículo desde el principio. Por un lado daba muestras de una total falta de originalidad y por otro ningún intruso que se apoderara de su teléfono o que interceptara la señal creería en esa voz monocorde diciendo, en nombre de una madre ficticia, que era preciso comunicarse con ella. Habría sido necesario ser muy imaginativo o muy imbécil para suponer que se trataba de la enfermera que cuidaba a una anciana lisiada o algo por el estilo. Todo aquello era absurdo y estúpido, pero le pagaban por jugar a ese juego, o al menos le habían pagado hasta ese momento. Porque estaba claro que un incumplimiento del deber de aquella clase que las dos estaban cometiendo no era, precisamente, la mejor estrategia para solicitar un aumento de sueldo. Aunque después de todo podría ser una fórmula expedita para que las liquidaran con el máximo de los beneficios sin regatear demasiado. Nunca se sabía.

Reflexionaba en ello mientras pasaba revista a su guardarropa para elegir lo que se pondría esa noche. Estaba ansiosa de ver el espectáculo y descubrir en qué iría a parar todo aquello. Había insistido en volver a casa sola porque no toleraba bien el permanente acoso de periodistas, curiosos y gente de toda clase que se aproximaba permanentemente a las artistas donde quiera que iban. Ella no soportaría vivir así: era como llevar una nube de moscas alrededor. Sentirse a gusto en su soledad y

saber que nadie que no quisiera ver irrumpiría en cualquier momento sin siquiera haber sido invitado le parecía un privilegio sin precio.

Se probaba un vestido ante el espejo cuando sonó el timbre de la puerta.

Nadie tocaba nunca a su puerta sin haber sido anunciado por el portero.

Se dirigió sin prisa pero algo tensa al mueble donde guardaba su pequeña pistola beretta. La sacó, comprobó que estaba cargada, y caminó sin hacer ruido.

Se colocó a tres pasos de la puerta en diagonal, como le habían enseñado. Extendió las manos que sujetaban el arma con los brazos casi totalmente extendidos y apuntó al centro.

- ¿Quién es? – preguntó con voz firme.

- Vengo de parte de su mamá.- dijo la voz del hombre con un inconfundible acento sureño.

52.

“Las palabras son formas geométricas
a la que lo real no responde ni se adapta
no existe polígono
que describa la silueta de una nube “

El viejo había tomado un libro cualquiera de los que están a disposición de la clientela en el café Beaubourg, frente a la explanada del Centro Pompidou, mientras esperaba a Ernesto.

Habían acordado que vendría él sólo: Jack prefería quedarse cerca de las mujeres y mantenerse en contacto hasta que su ayuda en otra parte se hiciera más importante.

Ernesto se le acercó por detrás sin decir nada y se sentó en la silla de al lado.

- ¿Se interesa usted por la poesía, Señor?

El viejo cerró el libro y se levantó de un salto. Sólo entonces ambos comprobaron hasta dónde llegaba eso que una vez habían bautizado como “la epidemia de nerviosismo”.

En aquella época, antes de que comenzara la historia de Angela y Samir, Patrick había dado refugio y cuidados a un Ernesto que acababa de escapar de la muerte y que era incapaz de estarse quieto y calmado por un instante. Patrick le había ayudado a reaprender los gestos más triviales de la vida en los que podemos anclarnos para recobrar la sensación de que lo real está allí siempre y no nos traiciona. Es la imaginación, que tiende siempre a sospechar lo desastroso, la que nos expone a la “peste emocional” de la angustia colectiva, había dicho. Y ahora él lo miraba con expectación, incapaz de disimular la inquietud que lo habitaba.

Finalmente sonrió y los dos se abrazaron emotivamente.

La primavera parecía haber llegado para quedarse. Una multitud de turistas con sus niños se deleitaba con la actuación de un saltimbanqui que comía fuego mientras se desplazaba en círculo a toda velocidad sobre su vehículo de una sola rueda.

Ernesto ordenó un té y Patrick pidió que le trajeran uno nuevo: era ya el tercero.

- ¿He llegado tarde? –preguntó Ernesto verificando la hora en su reloj.
 - No. Yo me he adelantado- respondió el viejo. No logro controlar la ansiedad. Además no tengo nada que hacer en París.
 - ¿Te parece poco lo que estás haciendo?
 - Tienes razón... ¿Cómo están las chicas?
 - Magníficamente. Se preparan para el show. Parecen adolescentes que se arreglan para el baile de la escuela...Tienes novedades ¿Verdad? Se te ve en la cara.
 - Creo que sí- respondió el otro con gesto impreciso. Veremos...deben llamarme de un momento a otro.
- Miró su reloj y Ernesto hizo lo mismo otra vez. Pensó que nunca en su vida había consultado la hora tantas veces al día. Camilla tenía razón con su tobogán del tiempo. Eran las 5:15.

El viejo puso al tanto a su amigo de la entrevista de la mañana y el joven comentó la idea de Angela sobre la bomba de tiempo.

- Einstein dijo que “el tiempo es una ilusión, por persistente que parezca”, reflexionó Patrick tratando de hacerse una opinión acerca del asunto.
- Pues parece particularmente persistente en este momento- bromeó Ernesto.

Sin saber por qué, estaba de un humor excelente.

- Y coincido con Angela al menos en el punto de que nuestros contrincantes lo consideran su apoyo más sólido, por decirlo así.
- No han superado a Newton- acotó el Viejo. El tiempo y la voluntad de Dios son para ellos la misma cosa.

- Entonces no han llegado al capítulo del libro en que Júpiter vence a Cronos.
- No. Están en plena Guerra de los Titanes.
- Y nos han arrastrado a nosotros a ella.

Ernesto rio.

- Pueden espiarnos todo lo que quieran ellos y la policía y el FBI, nunca entenderán nada de nuestras conversaciones ¿No?
- Algo entienden. Mira si no lo que han hecho en el Louvre...

Ernesto meditó un instante sobre el asunto. El viejo tenía razón, como siempre. Pero no estaba dispuesto a dejarse contagiar por su pesimismo recién estrenado.

- Sospecho que sufres de uno de esos virus de superstición sentimental. Ya sabes cuál es el examen que tienes que practicar ¿No?
- ¿Cuál?
- Cherchez la femme...

Patrick no estaba dispuesto a confesarlo, pero era cierto que el recuerdo de Látifa había agregado al cuadro una pátina nostálgica y triste.

Se habían conocido allí mismo, en París. Ahora que pensaba en ello, recuerdos e imágenes que había mantenido guardados en un archivo de su mente que nunca abría, acudían en forma desordenada, como una invasión de insectos.

“Eres la mujer que siempre he buscado y nunca he encontrado” le había confesado en Granada, mientras revisaba los incunables de la biblioteca de aquel Marqués difunto y misterioso a la que ella había logrado

acceder a través de un recurso que él nunca conoció. Así había sido ella en todo: jugaba con los silencios y los velos como una danzarina de los tiempos de los sultanes de Al Andalus, cuya historia conocía hasta en los detalles que sólo importan para los que viven en una época y que los historiadores pasan por alto pensando casi siempre que se trata de cuestiones banales que no agregan nada al recuento porque son idénticos a los de todos los hombres y mujeres de todas las edades. Ella le había enseñado que no era así: la forma en que las mujeres se peinan o las palabras que los hombres dicen a sus amantes en el lecho influyen sobre el curso de la Historia tanto como el resultado de las batallas: muchas veces el resultado de las batallas está directamente ligado a esas imperceptibles influencias que actúan como ríos subterráneos que nutren a veces la tierra y otras la socavan de manera irremediable. Así también había socavado ella todas las defensas emocionales de Patrick hasta convertirlo en un hombre totalmente distinto al que era antes de conocerla.

Y cuando apenas se reponía de la metamorfosis y se reconocía en ese ser distinto y a la vez idéntico a si mismo, cuando al fin se sentía el hombre del que ella hubiera podido enamorarse, ella se fue.

“La muerte nos enseña tantas cosas como la vida” le había escrito Látifa en la última carta que le envió, pocos días antes de que perdiera la vida en aquel estúpido accidente automovilístico.

Él era todavía demasiado racionalista para creer que aquello podía ser un augurio o parte de una velada despedida. Cuando intentó indagar en las “razones” del suceso y descubrió la existencia de aquel hijo pequeño que nunca había mencionado y del que Mustaphá nunca habló - creía él porque tampoco estaba al tanto- se dio cuenta de que la vida de aquella mujer era un palacio moro lleno de pasajes secretos que él no había sido invitado a transitar y que por consiguiente no debía profanar ahora que ella había muerto.

Volvió a Londres con la convicción de que la única manera de mantener su salud mental era olvidarla. Se había dedicado a intentarlo durante veinte años.

Se oyó el timbre de un teléfono celular. Patrick no reaccionó hasta que Ernesto señaló el lugar de donde provenía: era el bolsillo del Viejo. No estaba acostumbrado a usar ese tipo de artefactos y ni siquiera había escuchado nunca ese sonido, se trataba de un aparato alquilado.

53.

El itinerario que le habían fijado era del tipo que se utiliza para despistar a un posible perseguidor: pensó que querían cubrirse ante la eventualidad de una fuga de información con la que sus colegas se enteraran del asunto y trataran de rastrearlo. Pensó luego que a quien querían despistar era a él mismo, para evitar que sospechara en qué lugar preciso harían estallar la bomba. Todas las escalas eran igualmente peligrosas por la cantidad de muertes que ocurrirían si la explosión se producía, aunque él imaginaba que debía haber un objetivo preciso que tuviera un “significado” de alguna clase. Siempre se intenta golpear al enemigo donde más duele y quienes lo estaban moviendo a él y a su letal cargamento podían escoger con toda libertad.

Como no tenía otra ocupación que cumplir sino el recorrido del rally siniestro, se dedicó a analizar variantes que pudieran explicar la maniobra y que tal vez le sirvieran para encontrar alguna improbable manera de burlar la condena. Pensó que tal vez lo mantenían en movimiento para ganar tiempo mientras preparaban una segunda parte del plan que él desconocía. Pensó también que podía ser la otra bomba, la que supuestamente tenía Nicole la que estaba destinada a hacer explosión en un lugar que desconocía: Roma era el centro de la Cristiandad; si el propósito de los terroristas era de índole religioso

podría ser un lugar más álgido que París. Intentó alejar de su cabeza la imagen de Nicole recorriendo Roma con la misma angustia que él sentía. ¡La pobre! Estaría sin duda maldiciéndolo y con razón. ¿Pero cómo podía él haber supuesto un peligro de esa clase? No era el jefe del departamento ni tenía a su cargo acciones represivas que pudieran convertirlo en el objetivo de guerra de las organizaciones terroristas. Si fuera sí, de hecho, se hubieran contentado con asesinarlo...

Había dejado su coche en el parking que le habían indicado y no había hecho otra cosa que caminar de un lado al otro en todo el día. Un día tan radiante que no parecía el escenario de una horrible masacre como la que estaban intentado hacer con su colaboración forzada. Niños y jóvenes paseaban por las calles corriendo y riendo, las terrazas de los cafés se veían repletas de gente, un avión ultrasónico decoraba con líneas de humo el cielo de un azul impecable...

Se descubrió siguiendo con la mirada a una mujer muy atractiva que pasaba cerca de él y pensó que los instintos básicos siguen funcionando independientemente de los pensamientos y los sentimientos.

El gran cartel amarillo y rojo que vio a pocos metros al doblar la esquina lo sacó bruscamente de sus divagaciones y volvió a situarlo en su espantosa realidad. Como el veneno de una serpiente que corre por las venas hacia el corazón el miedo invadió su cuerpo. Había llegado a su siguiente parada. Iba a entrar en Mac Donald's.

54.

- Madre está muy preocupada.

Era un hombretón de casi dos metros y cara de bebé vestido con ropa deportiva de la cara: hubiera pasado sin problemas como modelo de

catálogo de Tommy Hillfiger si no fuera porque tenía unos cuantos kilos de más. Había devorado todas las galletas que Camilla le había servido y todavía no le había dado ninguna información realmente útil, a parte de la relacionada con sus estudios en Cornell, su accidente en el partido de football, su matrimonio con Nancy y su reclutamiento en las “fuerzas especiales” debido a sus buenas calificaciones (en parte resultado de su habilidad deportiva) y al sentimiento patriótico que había heredado de su rancia familia con sólidos principios religiosos y morales.

Mientras servía más té, Camilla pensaba que personajes así sólo existen en las obras de ficción. Había que aceptar, sin embargo, que gente como Angela, Marisa y ella misma resultarían para aquel joven seres salidos de algún tedioso libro de las clases de literatura a las que había encontrado siempre la manera de no asistir con el pretexto de una práctica preparatoria para el próximo torneo.

Era la clase de hombre que adopta como madre a todas las mujeres que conoce. Camilla no era madre pero se le daba bien el papel de tía, que para los efectos era lo mismo.

- Dime Jonnathan- ¿Qué es lo que tiene a madre tan preocupada? Últimamente parece que se inquieta por todo... ¿Qué podríamos hacer para tranquilizarla?

El chico no se percató de la trampa emocional a la que las palabras de Camilla lo conducían.

-Tengo que ser franco contigo, hermana: yo tampoco lo sé. Camilla colocó los dos codos en la mesa y sostuvo su carita entre las manos. Sus grandes ojos abiertos indicaban que estaba prestando una enorme atención a lo que Jonnathan le contaba. “Aquí está tu hermana

para escucharte” parecía decir su expresión.

Una hora más tarde, cuando cerró la puerta detrás de él, se había enterado de muchas cosas. La primera era que “madre” se debatía en larguísimas reuniones para decidir si todo aquello era una “acción independiente” – concepto que abarcaba como posibilidades tanto la posible estrategia de mercadeo de una jovencita que quería convertirse en estrella a toda costa como la amenaza verídica de un grupo terrorista que no figuraba en los listados- o una “maniobra separada” de sus colegas del servicio secreto inglés que , una vez más, habían decidido actuar por su cuenta y preferían no revelarles información para apuntarse el punto ellos solos. Para Jonnathan, el asunto se simplificaba con el ejemplo de las claves de partida de un match de football en las que están contenidas las instrucciones secretas del ataque. Los ingleses jugaban al football como si fuera rugby y, había que decirlo, eran dos cosas muy distintas.

La segunda cosa era que “madre” tampoco sabía si el silencio de Camilla y la actuación de Marisa daban a entender que las dos se habían infiltrado dentro de las filas “enemigas” –inglesas o terroristas, daba igual- o se habían aliado a ellas.

Con el ascendente que su carácter de hermana le proporcionaba, Camilla había convencido a Jonnathan que la lealtad de las dos hijas con madre era inquebrantable y que tal duda las ofendía profundamente.

La tercera era que en su próxima visita al supermercado había que reponer la ración de galletas de todo el mes.

Miró la pared donde cuatro docenas de relojes –uno por cada año de vida- daban la hora y decidió que no tenía tiempo que perder. Eran casi las seis.

55.

Nunca le había costado tanto tragar una hamburguesa. Después de tirar la mitad en el cesto de la basura salió y miró su reloj. Había cumplido con la escala sin que nada hubiese ocurrido. Eso le dio un leve respiro. Buscó un cigarrillo.

- ¿No sabe que el cigarrillo daña la salud? La voz que salía del audífono que le habían obligado a llevar permanentemente parecía divertirse con la situación.

Miró instintivamente a su alrededor como para comprobar si sus secuestradores estaban al alcance de su vista; enseguida abandonó la idea: podían estar a kilómetros de allí.

- Cambiamos el itinerario- dijo la voz.- Regresará usted al Louvre.

Había pasado por el museo en la mañana y había subido hasta la sala de la Gioconda para comprobar que estaba cerrada como sabía. Pensó en ese momento que los terroristas habían sido sorprendidos por la medida, pero no hubo manifestación de ellos, por lo que decidió continuar con su recorrido "turístico". Cambió un par de miradas discretas con los agentes de civil que fingían contemplar las pinturas de las salas cercanas y bajó las escaleras para dirigirse a las oficinas de la Dirección. De algún modo que desconocía, los criminales sabían antes de secuestrarlo que había pautado encontrarse con Mme. Lemaire a las diez de la mañana. Cuando le hicieron repetir en voz alta el itinerario había pronunciado su nombre con el tono neutro de quien lee algo por primera vez, con la esperanza de que ellos pensarán que la persona le resultaba desconocida o al menos indiferente. Pero no dijeron nada y él continuó con su lección con el convencimiento de que habían seguido sus pasos de cerca durante toda la jornada sin que él se percatara de ello o que

tenían un informante dentro del cuerpo mismo. Rolland no tenía a su parecer el perfil de un doble espía, pero todo lo que ocurría era tan impensable y extravagante que hasta eso podía ser considerado como algo probable.

La razón de la cita que habían pautado antes del secuestro era que él había recibido órdenes directas de su jefe según las cuáles era preciso que comprobara personalmente que el cuadro se encontraba en la ubicación secreta que la directora le había revelado después de muchas llamadas de consulta e intercambio de faxes que le permitieron juntar la documentación necesaria para resguardarse administrativamente por la acción irregular que iba a emprender. El jefe del policía estaba al tanto y le había dicho que debía trasladarse al lugar en compañía de la misma directora ya que él sólo no podría dar fe de que lo que le mostraran fuera el original tanpreciado, escondido y amenazado.

Le había aclarado también que debía ir sólo, con lo que dejaba a Rolland fuera del juego sin mencionarlo.

Había visto al “jefe” una sola vez y muchos de sus colegas del departamento la habían confesado que nunca se habían entrevistado con él personalmente. Manejaba todo a través del teléfono y del correo electrónico interno y su oficina estaba permanentemente cerrada, con el acceso protegido por una matrona de buenos modales pero con aire de perra guardiana que siempre miraba a los ojos del interlocutor como si esperara la más mínima vacilación para lanzársele al cuello.

El día en que lo recibió para conocerlo y firmar su ficha de admisión le dio la espalda durante toda la entrevista. Parecía muy interesado en algo que ocurría más allá de la ventana, probablemente del otro lado del río. A Lefebvre le había parecido un gesto de displicencia insufrible, aunque Nicole, a quien había contado el incidente, propuso la conjetura atenuante de que el hombre fuera muy tímido o que quisiera proteger al máximo su identidad para mejor funcionamiento del equipo.

- Los terroristas que combatís tampoco se conocen los unos a los otros. Es por seguridad.- había dicho.

Lefebvre había acudido a la cita pactada con Mme. Lemaire pero, siguiendo las instrucciones del enmascarado, le había comunicado que pasaría nuevamente más tarde para recogerla y acompañarla al lugar; era preciso-dijo-cumplir un trámite previo.

La directora se molestó y le dijo que lo que ella y el museo estaban haciendo era un “favor” a la policía, ya que en principio no tenían por qué someterse a ese tipo de inspecciones. Lefebvre le contestó que él sólo estaba cumpliendo órdenes: esa consigna funcionaba casi siempre y funcionó también esta vez: Mme Lemaire no quería enemistarse con jefes como los de Lefebvre a quienes no conocía en absoluto pero pensaba que podían ser personas influyentes. Un cargo como el suyo era muy sensible a las influencias. Quedaron en que él se reportaría más tarde y ella dijo que lo esperaría como máximo hasta la hora de cierre. Era sólo para salvar la dignidad, porque sabía que más allá de esa hora sería también imposible entrar en el otro lugar.

El policía salió sin dar mayor importancia al asunto: todo lo que quería era abandonar el Louvre impulsado por la idea de que aquel podía ser un lugar atractivo para un atentado como el que creía que los terroristas pensaban hacer. Creía también que una vez fuera no debería volver y que la cita había sido una excusa para ganar tiempo, ya que en su itinerario no volvía a figurar Mme. Lemaire, ni el cuadro ni nada que se relacionara con aquello.

Pero ahora, mientras caminaba de nuevo hacia el museo, su mente se ponía a funcionar nuevamente para tratar de descifrar las intenciones secretas de quienes lo estaban guiando como un buey con gríngolas

atadas al yugo que no podía volver la cabeza para observar el dibujo que el arado estaba haciendo en la tierra.

Ya fuera por el pedazo de hamburguesa o por el aire tibio de la tarde, lo cierto era que volvía a recuperar un cierto grado de la lucidez que el miedo y la amenaza del desastre inminente habían eclipsado hasta entonces. Se dijo- a sabiendas de que era una esperanza precaria que sólo serviría para consolarlo por un breve momento- que los planes que estaba ayudando a cumplir eran más complejos de lo que le habían parecido al principio. Tal vez no se trataba de un simple atentado suicida, tal vez la bomba no estaba destinada a estallar sino a servir para otro propósito. Tal vez...

Sabía que en aquellas condiciones su imaginación se agarraría a un clavo ardiendo con tal de sentir una mínima seguridad, pero confiaba en su mente crítica que no le ocultaría el lado débil de las suposiciones que su fantasía fraguaba de manera espontánea y profusa. El policía que había en él recobraba el sentido y trataba de atar cabos. No era un policía en el sentido formal de la palabra pero sí un investigador y un apasionado descifrador de acertijos, cosa que los verdaderos policías rara vez son porque su motivación íntima no es la de encontrar verdades sino la de castigar culpables.

Volvió a la suposición que había originado la secuencia de pensamientos: estaban tratando de ganar tiempo. ¿Tiempo para qué? Si el propósito era conducirlo al lugar donde guardaban la verdadera Gioconda podían haberlo conseguido horas antes; mientras más rápido, menos riesgo. Aunque...

El guardia lo había anunciado ya y una asistente lo conducía hacia la oficina de la directora. Estaba ya casi en la puerta, al final de la salita de espera donde una rubia recepcionista le sonreía como si todo en el mundo funcionara a la perfección, cuando Mme. Lemaire salió caminando hacia él agitando los brazos.

-Me había dicho usted que me llamaría.

- Lo siento, yo...

- Tendrá que esperarme un par de minutos. Siéntese.

La rubia volvió a sonreírle y le hizo un gesto tímido que le invitaba a usar una de las poltronas de cuero separadas por una pequeña mesa sobre la que se desplegaban varios periódicos.

Fue un gesto automático. Se sentó y tomó el primer diario que estaba a su alcance, como si estuviera en la antesala del dentista.

Era un semanario femenino dedicado a cuestiones esotéricas y a la “medicina holística” según decía el encabezado.

El título de portada, fácil de leer a diez metros de distancia, rezaba:

TODO ESTA EN LAS ESTRELLAS

La versión secreta de Angela Lynn.

56.

Mustaphá dejó su coche en el parking del Boulevard Saint Michel y salió a la calle. Pasó frente a la célebre fuente donde el arcángel cristiano parecía torturar con desdén al demonio que tenía a sus pies y se dirigió hacia el Sena.

Era una tarde de esas que hacen decir que París es la ciudad más bella del mundo. A lo largo del río, los kioscos de los bouquinistas exhibían su gama de libros usados, revistas, afiches y souvenirs. Siguió pausadamente su camino, deteniéndose aquí y allá para curiosear: la oferta de los comerciantes se había hecho cada vez más predecible y normalizada con los años; los mismos posters con fotografías de Doisneau, los mismos grabados “originales” producidos para los turistas que por alguna razón compraban siempre las mismas copias para llevarse a casa creyendo siempre que habían adquirido un pedacito real de la ciudad mágica que hacía mucho tiempo no era más que una copia

de si misma: un supermercado cultural donde la estrategia de mercadeo no consistía en poner a los productos una etiqueta que dijera “nuevo” sino una , lo más raída y fea posible, que dijera “antiguo”. Imaginó que esas estampas y esos dibujos formaban parte del decorado de millones de viviendas en todo el planeta y que sus dueños los exhibían a sus invitados como pequeños hallazgos que la suerte, el ingenio y el buen gusto les habían hecho encontrar en un pequeño tenderete de aquellos en su inolvidable viaje a la Ciudad Luz, sin percatarse de que el invitado tenía uno idéntico en casa.

Pasó frente al Palacio de la Moneda y continuó su recorrido hasta el Pont des Arts, que atraviesa el río con la Academia de un lado y el Louvre del otro.

Descendió las escaleras que llevaban al muelle de las “peniches”, colocadas en interminable sucesión mostrando sus diferentes estilos y prestando a la imaginación motivos para reconstruir la vida y las aventuras de sus ocupantes o recordar las célebres páginas de célebres escritores que las habían usado como lugar de encuentro de sus personajes. Dicen que París es una ciudad llena de literatura – se dijo- pero es al revés: la literatura está llena de París. Ese paisaje sería completamente banal si no fuera porque grandes poetas le habían prestado sus sentimientos y sus ideas para que otros vieran en él lo que ellos habían creado en sus mentes. Los “misterios de París”, que es de hecho el título de un libro ya olvidado y bastante pobre literariamente, no estuvieron nunca en París sino en los libros, de la misma manera en que ese “espíritu” que los turistas querían a toda costa captar con sus cámaras o comprar en sus souvenirs no era captable ni comprable, porque si no lo llevaban dentro no lo encontrarían en ninguna ciudad del mundo.

Atravesó el puentecillo de madera que permitía subir a bordo de una de las embarcaciones convertida en bar y subió a cubierta. Desde las mesas colocadas allí para sentarse y tomar un trago o comer podía

apreciarse en todo su esplendor el río y la fachada sur del museo. Cuando la camarera se le acercó y lo saludó, pidió una taza de té y sacó de su bolsillo el cuaderno de apuntes que siempre llevaba con él.

Había ocurrido mucho tiempo atrás, en ese mismo muelle, el “Quai Malaquais”. Aunque había vivido casi toda su vida en esa ciudad, Mustaphá no se sentía parte de ella. Conocía bien su historia, mucho mejor que la mayor parte de los nativos, pero sabía que su patria verdadera estaba en otra parte, un lugar que ya no habría sabido señalar en un mapa.

Pero había sido allí donde una tarde parecida a aquella, un 28 de abril, el día del cumpleaños de Látifa, su hermana, cuando ésta le había confesado que estaba encinta y que pensaba desaparecer por un tiempo para tener su bebé en otra parte. No había en la declaración ninguna carga emocional complicada como no la había tampoco en la noticia: formaban parte de una familia culta, que en una época había sido muy rica, y suficientemente occidentalizada como para que aquello fuera un motivo de alegría y nada más. Pero Látifa era muy joven y comenzaba a destacarse en el mundo académico como una brillante promesa; abandonar o incluso hacer un alto en su carrera podía significar un retroceso notable, tal vez irreversible. Así lo veía al menos Mustaphá, que adoraba a su hermanita y hacía todo lo posible para incentivar su ambición: había soñado con que fuera una representante ejemplar de las mujeres del Islam, una voz destacada que fuera oída por todas sus compatriotas y correligionarias sometidas por la brutalidad machista disfrazada de dogma que infectaba su cultura como un cáncer. Ella podía tener su hijo allí, estaban en Francia, nadie vería en ello nada del otro mundo. Mustaphá era demasiado delicado como para preguntarle a su hermana por el padre o indagar acerca de los motivos de que éste no estuviera con ella pero pensó que el hombre que había enamorado a su hermana no podía ser una persona insensible o

estúpida.

Como respuesta a las silenciosas interrogantes de Mustaphá. Látifa dijo simplemente:

- La nuestra es una batalla perdida, hermano. No me refiero al Islam: si fuera cristiana o budista diría lo mismo. Creo que diría lo mismo si fuera atea también, aunque no puedo serlo y tú lo sabes. Pero no avanzamos ni avanzaremos nunca en nuestro intento por transmitir sabiduría a nuestro pueblo como tampoco los profetas de otros pueblos lo consiguieron. Quiero que mi hijo nazca fuera de todo esto: no soportaría que cuando cumplierse quince años me dijera que se va para enrolarse en las filas de la guerra que de aquí a allá inventen los dirigentes para movilizar ingenuos e ilusos y que al poco tiempo reciba la noticia de su muerte o me entere que han reconocido un pedazo de su cadáver entre los restos de metralla de un atentado suicida.

- Trabajamos para transmitir esas ideas...

- Me cansé de transmitir las: voy a ponerlas en práctica para mí misma.

- Seguirás escribiendo, al menos...- Mustaphá veía desvanecerse los sueños que había tejido alrededor de su hermana como volutas de humo de un narguile.

- Sí. Escribiré postales. Una desde New York, donde pienso hacer que mi hijo nazca y otra desde Rio, donde aprenderá a bailar samba y se pondrá un turbante, pero sólo en carnaval. No te diré más: mientras menos sepas será mejor para ti y para todos.

Contuvo un repentino deseo de llorar y se puso de pie.

- Adiós, Mustaphá. Que seas feliz...Insch Alá.

Y se marchó de prisa.

0000000000

Abdulah, el dueño del pequeño Deli de Lexington y la 50 sospechaba que la mujer que venía casi todas las tardes con su hijo para comprar comestibles y golosinas era de origen árabe, pero nunca habló con ella en su idioma. Otros visitantes se sentían a gusto cambiando con él algunas frases en la lengua natal: los hacía sentirse menos extranjeros en aquella ciudad extranjera para todos sus habitantes, empezando por los que habían nacido en ella.

Aquella noche, cerca de las 9, se presentó más animada que de costumbre. Cuando el niño comenzó a colocar en la cesta una gran cantidad de artículos que tomaba de los estantes con desordenada alegría, ella comentó que era su cumpleaños y que al día siguiente harían una pequeña fiesta para celebrarlo con sus amiguitos de la escuela. Abdulah, que tenía una niña de la misma edad, se sintió contagiado por la emoción del niño y le ofreció un gran paquete de chocolates con sorpresa, que su madre le compraba de vez en cuando, como regalo.

El niño se le acercó y le dio las gracias con un abrazo: Abdulah le preguntó cómo se llamaba.

- Al - respondió el pequeño.

Lo habían bautizado como Albert Moreau y sabía que su madre Laurence Moreau era la viuda de un músico francés que había muerto antes de que él naciera en un accidente de carretera en el que ella había salvado la vida por milagro para que él viera la luz en la ciudad de New York, la más moderna del mundo. Cuando cumplió quince años decidió que sería músico como su padre y entró en el conservatorio. Tras cinco años de estudios era ya un buen pianista y componía sus propios temas, que a sus compañeros les gustaban porque tenían un aire "misterioso y oriental". Comenzó a tocar en una banda y poco después fundó su propio trío y grabó su primer disco, con dinero que su madre le prestó. Ella nunca se inmiscuyó en las decisiones que tomaba sobre sus estudios y no le dijo nada cuando él le participó que entraría en

Columbia para estudiar Historia.

Trabajaba como secretaria en un escritorio de abogados y daba clases de francés por su cuenta. Él había aprendido el francés en casa y sabía que sus abuelos paternos eran de origen árabe pero habían muerto cuando su madre era una niña, por lo que ella no recordaba nada de esa lengua. Sus abuelos paternos habían muerto también: Laurence era su única familia, pero su caso no era inusual en New York.

Cuando su hijo cumplió veintiún años, Látifa decidió que esa parte de su misión había culminado con éxito y decidió hacerse un doble regalo. Le dio a Albert un pasaje a Rio, para que conociera otro modo de vivir y de hacer música y compró para ella un boleto de primera clase a París.

Llegó a una ciudad que se parecía muy poco a la que recordaba. Allí estaban los mismos edificios y las mismas estatuas; el Sena no había cambiado su rumbo, pero la gente era otra, se vestía de otra manera y hablaba de cosas distintas. Sentada en una terraza del Quartier Latin sorprendió una conversación de dos jovencitas que hablaban en árabe en la mesa contigua, en la que una de ellas decía a la otra que no pensaba tomar para nada en cuenta lo que el Corán decía en relación al sexo porque ella creía en el amor libre.

Ella había seguido el desarrollo de los acontecimientos con la atención laboriosa de la historiadora que era y estaba al tanto de todo: conocía además perfectamente lo que ocurría en América porque vivía allí y tenía un hijo en el que se reflejaban las influencias de los movimientos juveniles y la moda, pero había mantenido con la actualidad una relación distanciada, como la que mantiene una mujer con el hombre que una vez amó pero considera ahora un extraño. Se dio cuenta de que había vivido al margen del mundo todo ese tiempo y que había leído las noticias como si se tratara de un folletín de ficción sobre un planeta

imaginario. Se dejó invadir por los colores y los aromas de la primavera y pensó que tenía que recuperar a la muchacha de veinte años atrás, que había decidido esconder su juventud para salvar la vida de su hijo, amenazada por un padre que ignoraba su existencia pero que si la hubiese conocido habría querido a toda costa convertirlo en el heredero de una tradición que ella conocía bien y creía saber a dónde conducía. Pero aquello había pasado, era una pesadilla de la que estaba despertando para sentirse de nuevo viva y real, libre de pasado y libre también de hacer con su presente y su futuro lo que le viniera en gana. No tenía sentido intentar retomar el hilo roto de su carrera académica, pero tampoco podía olvidar lo que era y lo que sabía, que no había dejado de nutrir durante todos esos años con lecturas y cursos realizados con el tiempo que había podido ganar a su atareada agenda de madre soltera.

Se reunió con Mustaphá, con quien había mantenido una correspondencia constante, y él la recibió como si se hubieran visto por última vez el día anterior. Fue en su casa donde conoció a Patrick. Se enamoró de él sin pensarlo mucho; tal vez porque necesitaba enamorarse o quizás porque él representaba de alguna manera el mundo en el que a ella le hubiera gustado nacer y vivir. Se pusieron a trabajar juntos en una investigación sobre la ciencia y el arte de los tiempos gloriosos de la Andalucía árabe y ella recuperó como si nunca hubiese dejado de practicarlo su instinto sutil de rastreadora de enigmas.

Pero no había saciado aún su enigma personal. Y murió sin haberlo logrado.

Cuando Al llegó al aeropuerto de Madrid después de haber recibido un telegrama de Mustaphá, a quien su madre se había referido siempre para justificar sus frecuentes cartas como a un “amigo de la infancia”, descubrió que no sólo se estaba enfrentando a la muerte de la única

persona que había amado y conocido íntimamente en la vida sino a su historia secreta, que en ese momento le pareció tan difícil de creer y de aceptar como su desaparición.

Con todo el tino y la parsimonia de que era capaz, Mustaphá contó la novelesca aventura de Látifa –un nombre que para Al era completamente extraño y ajeno- como si se tratara de la más banal de las historias. Al principio no quiso creerla. Nada de aquello entraba en su mente de muchacho neoyorkino para quien la única referencia al Islam era la de sus compañeros de color que admiraban las posturas rebeldes de Malcolm X y los Black Panthers. Pero Mustaphá le mostró fotografías, textos y muchas otras evidencias que fueron convirtiéndose para él en otras tantas maneras de evidenciar la aterradora realidad de que no era quien siempre había creído ser. Otro lo hubiera tomado como una simple curiosidad familiar para contar a los compinches entre dos rondas de cerveza, pero Al había emprendido estudios de Historia porque sentía una necesidad visceral de encontrar el origen de los acontecimientos. Creyó ver en el cuento la explicación oculta de su vocación y se convenció, guiado por sus rudimentarias lecturas de psicología, que si desentrañaba aquel acertijo encontraría las claves de su alma y la explicación de su peculiar manera de pensar y actuar que siempre lo habían situado ligeramente al margen de los demás.

Mustaphá comprendió de inmediato que aquello era demasiado para el joven. El mismo había pasado veinte años sin entenderlo del todo: ahora se daba cuenta de que nunca había indagado más porque tenía miedo de encontrar las respuestas. Pero Al había atravesado el umbral del recinto secreto y no pensaba retirarse sin haberlo conocido todo. Quiso saber quién era su padre. Tardó en confesárselo y confesarlo porque la idea le resultaba cursi y melodramática: él era un hombre y conocer al sujeto que había preñado a su madre y desaparecido luego le parecía un trámite carente de sentido y un propósito pueril. Venía de América,

donde la mitad de los muchachos de su edad eran hijos de mujeres a las que les había pasado lo mismo. Cuando finalmente decidió que hacerlo no le haría ningún daño y en cambio podía poner fin al capítulo y permitirle cerrar el caso para siempre se encontró con que esa era justamente la pieza que faltaba en el rompecabezas, porque no sólo nadie sabía quién era sino que además no había abandonado a su madre: ella había huido de él.

Consideró por un momento que aquella constatación ponía fin a la pesquisa y lo liberaba de aquella tarea de Historia por la que no obtendría calificaciones en la universidad. Decidió que volvería a New York y continuaría su vida como mejor pudiera en su nueva condición de huérfano. Mustaphá se estaba ocupando de los documentos relativos a sus bienes; Látifa había puesto todo lo que tenía a su nombre, lo que al menos le aseguraba que no tendría grandes problemas económicos que afrontar en lo inmediato.

Estaban en París. Mustaphá lo había alojado en su apartamento de “soltero inquebrantable” como le gustaba definirse, y el joven aprovechaba al máximo todas las facilidades que su flamante tío le ofrecía para disfrutar de la ciudad y despejarse del asunto de su genealogía indescifrable todo lo que podía.

Pasó largas tardes recorriendo la ciudad que para él era un mundo nuevo y fascinante y muchas noches en conciertos de Jazz o en locales frecuentados por jóvenes que vibraban con el aire de la época y hablaban de cambiar el mundo y reinventar la vida de una manera distinta a la que conocía.

Su cabeza y su alma eran un hervidero de novedades. Tan pronto se sentía el dueño del mundo como, un instante después, un ser abandonado y perdido en un universo hostil que jamás llegaría a pertenecerle. Era en ocasiones un joven alegre y vital que improvisaba en el piano de los locales nocturnos y seducía a las jovencitas con su acento extranjero y sus historias de la legendaria tierra del rock n roll y

en otras un niño que había perdido a su mamá y no sabía a donde ir. Mustaphá lo había adoptado de inmediato como el hijo que nunca había tenido pero pronto se dio cuenta de que no sabía nada del oficio de padre.

Lo acompañó al aeropuerto un domingo por la mañana. Al no había dormido en toda la noche: la fiesta de despedida había comenzado tres días atrás y parecía que él no se había percatado aún de que ya había concluido. Mustaphá se preguntaba si no estaría drogado, porque tenía que repetirle cada frase tres veces para obtener una respuesta relativamente coherente. Una vez que hubieron registrado el equipaje le hizo beber medio litro de café con dos aspirinas y en pocos minutos pareció que el chico recobraba su lucidez habitual.

- Seguiré investigando. Te mantendré al tanto.

- Sí – respondió Al.

- Y tú procurarás tenerme informado también. En un par de meses iré a visitarte.

Estaban sentados en una cafetería repleta de viajeros de todas partes del mundo. Cuando el hombre alto de pelo y barba negra se acercó, Mustaphá pensó que les iba a pedir permiso para usar una de las sillas vacías.

Ya estaba haciendo el gesto que se estila en esos casos cuando el hombre tendió la mano al muchacho y dijo:

- Soy Mohamed.

- Yo soy Al – respondió el aludido de manera automática.

- Tu madre me había prometido que te pondría por nombre Alí.

Y era Alí quien se acercaba ahora, treinta años más tarde, a la mesa de Mustaphá en la cubierta de la peniche. Llevaba consigo un maletín de los que se usan para guardar ordenadores portátiles.

Lefebvre se sentó en el asiento del copiloto del Mercedes Benz de Mme. Le Maire y se colocó con mucho cuidado el cinturón de seguridad. Había convencido a la mujer de que fueran en su coche porque el suyo estaba en un parking a no menos de quinientos metros y porque eran las instrucciones que había recibido.

-No piense usted que lo traeré de vuelta – dijo la directora.

-Tomaré un taxi; descuide.

Pasaron casi media hora en un embotellamiento a la salida del museo: el tránsito denso de un sábado por la tarde estaba aún más espeso que de costumbre.

- Ha de ser el famoso concierto- comentó la mujer. Mi hija me pidió permiso para ir y se lo negué. También allí dicen que estallará una bomba. ¿Qué está ocurriendo? ¿Es histeria colectiva o están haciendo de ello un atractivo turístico?

Lefebvre pensó que dadas las circunstancias no le convenía responder a la pregunta. Se limitó a decir que había hecho bien en convencer a su hija de que no fuera: esas aglomeraciones eran un peligro en sí mismas.

- Dicen también que hay una conflagración cósmica – continuó ella con una risita- ¿Cree usted en la astrología, Inspector?

- No más que en la política: cuando se buscan excusas para los desastres siempre se encuentran en alguna parte.

No tenía en realidad ganas de hablar con la directora ni con nadie porque la sensación de vacío y de mareo había vuelto a apoderarse de él. Hizo un esfuerzo y trató de reponerse pensando en lo que había leído en la revista. En otra circunstancia no habría prestado ninguna atención a un artículo de esa clase, pero en la actual todo parecía servirle de

asidero para elucubrar: mientras lo hacía dejaba de pensar en el miedo.

El autor del reportaje afirmaba que la muchacha inglesa - que era físico o matemático, no lo recordaba ya- pensaba que los atentados estaban programados para coincidir con eventos astronómicos precisos .Se trataba de la antiquísima costumbre, aparentemente muy habitual en las culturas antiguas y en particular en el Islam, de guiarse por las estrellas para decidir el momento propicio para un ataque bélico.

Bien – se dijo- muy bien, de acuerdo. Pero ¿Qué pasa si el enemigo decide atacar a la misma hora? Las estrellas son las mismas para los dos y no hay por qué pensar que unos astrólogos sean más expertos que los otros...En ese caso – se respondió- ganará el que ataque primero, porque tomará al otro por sorpresa. En otras palabras: la victoria estará del lado del que desobedezca el oráculo.

Sometida a la presión del terror y la angustia, su mente trabajaba a una velocidad febril, como una locomotora a vapor a punto de estallar. Trató de concentrarse en el trayecto pero la cola de coches no avanzaba. Estaban detenidos además por el semáforo situado en la esquina previa al puente que debían cruzar para entrar en la rive gauche. Observó a la gente que se paseaba con tranquilidad por la acera. Más allá, en el puente, un hombre captaba con su cámara de video las imágenes de lo que ocurría abajo, en el río. Una idea que le rondaba desde hacía horas regresó y comenzó a abrirse paso entre las otras, buscando captar su atención.

¡Deténgase!- gritó.

Mme. le Maire le dedicó una mirada molesta y despectiva: el auto no se estaba moviendo.

Lefebvre bajó de él y se dirigió con paso rápido y decidido hacia el puente.

Guiada por una intuición precaria que había surgido a raíz de una lectura de mitología griega, Látifa había decidido que la música sería un antídoto eficaz contra el instinto de guerra que corría por las venas de su hijo: por eso había inventado al padre músico y lo había estimulado desde pequeño para que tocara un instrumento. Cuando encontró a su padre, éste era un hombre de cincuenta y tantos años ya un poco cansado de la guerra, a la que nunca se había dedicado con tanto ahínco como Látifa pudo temer cuando lo conoció. Los fervores juveniles se habían decantado y la idea de la violencia, a la que nunca se había entregado más que de manera teórica, no le seducía ya como antes: la pasión por las ideas se apaga con el tiempo como todas las otras pasiones.

Pero su hijo quería saberlo todo y él le contó su viejas aventuras con esa mezcla de exageración y ligereza con la que el olvido de circunstancias y sentimientos nos obliga a adoptar siempre que nos referimos al pasado lejano. Allí lo creyó todo al pie de la letra. Lo que sí había heredado de sus ancestros sin que la música pudiera atenuarlo era un estilo de pensamiento dramático y tajante, como el alfanje sanguinario de los almorávides.

Quiso aprender todo lo que hubiera por aprender sobre lo que le parecía la única manera de ir al cielo que acababa de descubrir y Mohamed le fue entregando, un poco por vanidad y un poco por descuido, los instrumentos que le hacían falta para fabricar la imagen mítica de una estirpe de héroes de la que él era el heredero. Pensó que el muchacho intentaría inmortalizar esa leyenda con grandiosas composiciones o escribiendo un gran libro que rescatara del olvido las tradiciones de siglos. Nunca calculó que su hijo pudiera tomar aquello de manera literal y decidiera reiniciar la guerra santa por sus propios medios.

Si Látifa hubiera estado con vida habría visto cómo todas sus precauciones no sólo habían sido vanas sino que servían ahora para reforzar el fanatismo que había querido erradicar.

Porque el fanatismo proviene siempre de la “nostalgia del absoluto”, como la bautizó Steiner, y Látifa había nutrido esa nostalgia al proscribir su recuerdo.

A otro nivel, Alí reivindicaba en su alma los valores viriles que no había podido ejercitar – el ejercicio ayuda a comprender y a controlar- por falta de ejemplo a emular y vencer. Por contraste, los valores femeninos, representados ahora necesariamente en su madre, le parecían perniciosos y estúpidos. Abandonó la música y puso todo el empeño en aprender el arte de la guerra. Era el único camino hacia Dios: Sólo Alá conquista.

Cuando Mohamed se dio cuenta ya era demasiado tarde. Acudió a Mustaphá en busca de consejo pero éste no supo decirle nada que lo ayudara o le sirviera al menos de consuelo: para él toda la historia era un misterio cuya clave se había llevado Látifa a la tumba.

Mohamed estaba atacado de un cáncer que prosperó a mayor velocidad de la que los médicos habían pronosticado y murió a los pocos meses. Alí lo visitó una sola vez. Padre e hijo se miraron sin decir palabra por un largo rato. El viejo no estaba en capacidad de hablar y el hijo pensaba que cualquier comentario en una situación como aquella hubiera sido una sensiblería propia de mujercitas.

59.

Cuando Alí y Samir se conocieron, ambos pensaron que el otro tenía aquello que les faltaba. Samir poseía una erudición asombrosa en términos de teología mientras que Alí conocía al dedillo las vicisitudes de

la Historia del Islam, sus dinastías, su guerras y sus conquistas. Los propósitos íntimos de los dos eran muy diferentes, pero eso no lo sabrían sino mucho después. Pasaron días y meses conversando e intercambiando informaciones: Alí transmitía detalles sobre la situación geopolítica de la Guerra Santa y Samir revelaba sus descubrimientos sobre el sistema de ideas de los grandes pensadores de la religión y su aplicación a las circunstancias actuales. Uno era el estratega y el otro el ideólogo. En torno a ellos fue formándose un núcleo de incondicionales para quienes los dos hombres eran jefes iluminados que mostrarían el camino a la victoria y sacarían al pueblo de Mahoma del confuso zarzal en que los ataques del enemigo y la división entre tribus rivales lo habían sumido. Como en todas las iglesias y en todas las escuelas de pensamiento, los seguidores del presente situaban en un pasado legendario, cercano a la revelación inicial, el modelo de un consenso universal de los fieles que no ha existido jamás. Era esa ilusión de Iglesia la que había que implantar en la accidentada realidad actual en la que el “verdadero” espíritu se había perdido y distorsionado. Pero esa “ortodoxia dentro de la ortodoxia” requería de una interpretación única de las Escrituras que nadie había encontrado o, al menos, nadie había logrado formular de manera tan convincente que no dejara lugar a ninguna duda.

El mundo en el que todos vivían se parecía muy poco al que servía de escenario a las palabras de la Revelación: las metáforas del pasado habían perdido su fuerza con el paso del tiempo y la transformación de la sociedad y era prácticamente imposible poner en práctica los preceptos originales: el territorio ya no coincidía con el mapa trazado quince siglos atrás en un pergamino a punto de convertirse en polvo. Lo mismo ocurría con todas las demás religiones e ideologías, pero eso, lejos de servir de prueba para poner en duda la “verdad única” a la que se aferraban como un cachorro a la ubre de su madre muerta, afianzaba la convicción de que la suya, si lograba renacer de las cenizas, sería

aceptada universalmente como cierta.

Porque por otra parte las creencias de los infieles encontraban simultáneamente dificultades cada vez mayores para sostenerse sobre los anegados terrenos del racionalismo y el pragmatismo: todos comenzaban de nuevo a buscar en el Misterio respuestas que la ciencia y la filosofía del siglo no estaban en capacidad de ofrecer. Eran tiempos en que debían aparecer nuevos profetas.

Y si no aparecían había que inventarlos.

Samir había visto este callejón sin salida pero sabía que anunciar a las tropas el final de la guerra no era sólo una misión en que el mensajero pagaría con su vida la audacia sino que incluso podía desencadenar una guerra interna aún más sanguinaria que la otra. La dinámica de la acción no se parece a la del pensamiento: cuando una teoría se derrumba los teóricos regresan al laboratorio y ponen a volar de nuevo la imaginación, liberada de la jaula que ella misma había construido, pero cuando lo que se desvanece es una ilusión sobre la que los hombres han edificado su vida y en la que radica su seguridad emocional, lo único que se libera es la violencia.

Por eso esperaba que Alí, que conocía las leyes de la acción desarrollada en el tiempo -en otras palabras la Historia- sería quien encontraría la fórmula para organizar la retirada sin sufrir bajas de consideración.

Pero Alí no quería entender: quería pelear.

Su fundamentalismo era más impenetrable que cualquier fundamentalismo anterior porque era artificial. Sufría del dañino fanatismo del converso convencido que ve en los infieles, como los que una vez fue, a un enemigo que hay que destruir a toda costa para borrar con la purga su propio pecado. Como el ex fumador que no tolera el olor a tabaco en ninguna parte o el alcohólico anónimo que vertería al mar todo el vino del planeta, la guerra personal de Alí contra una madre que había querido castrarlo espiritualmente era idéntica a la del Islam en su

conjunto. Una guerra perdida de antemano y por ello más trágica y sangrienta aún, porque su madre estaba muerta y nunca reconocería su victoria.

Cuando un camarada le presentó la secuencia de fotografías que él mismo había ordenado tomar secretamente a Samir - porque comenzaba a desconfiar de su lealtad- y vio a su amigo en la compañía íntima de una mujer occidental, su locura encontró la víctima para el sacrificio ritual que necesitaba.

60.

Roger Belpaire, el distante y discreto Jefe del Departamento de Acciones Antiterroristas, unidad que para el Ministerio de Asuntos Interiores y para la Policía era una entelequia que nadie sabía a ciencia cierta para qué se había fundado ni que “acciones” desempeñaba más allá de rastrear pistas que los otros cuerpos consideraban irrelevantes o ficticias, estaba sentado en la gran biblioteca de su mansión.

Era un hombre de fortuna, un gran lector y un experto en historia de la criminología, si no es delito afirmar que tal disciplina existe. Era también un coleccionista de arte bastante respetado por las casas de subasta, una de las cuales pertenecía a su familia.

Había dedicado los últimos veinte años a nutrir su colección, que consideraba su mayor orgullo y su mayor aporte a la historia de su estirpe de anticuarios de poca monta que había encontrado en él al sucesor capaz de redimirla y glorificarla.

Una vez abolida la religión, la Revolución Francesa había democratizado y secularizado las facultades humanas que hasta entonces se habían mantenido como privilegios de la mítica Divinidad. Redención y Gloria estaban desde entonces al alcance de todos, pensaba Belpaire.

Redención de los pecados de sus padres y abuelos y de sus vulgares

contemporáneos. Gloria a través de la inteligencia, la razón y la belleza. Era un hombre que se encontraba a gusto siendo lo que creía que era: el más exitoso de su apellido, el más brillante de su clase, el más culto de sus colegas y el más inescrupuloso también, porque los escrúpulos son el disfraz moral de la cobardía y de la mediocridad. Los han inventado los incapaces para impedir que los capaces manifiesten abiertamente su habilidad y los han preconizado los hábiles para que los inútiles encuentren consuelo en su condición.

El individualismo es la única filosofía que respeta la ley evolutiva de la supervivencia de los más aptos. Sólo se salva el que puede salvarse y salvándose a sí mismo salva a los demás. En eso consiste la redención. Y los redentores no pueden dejar de realizar su tarea por el freno de los escrúpulos.

Como lo bueno si es breve es dos veces bueno, Belpaire consideraba que esa sintética exposición de su sistema de ideas superaba a cualquier doctrina filosófica conocida. A juzgar por su éxito en la vida podía afirmarse sin lugar a dudas que, al menos para él mismo, esa manera de pensar era perfecta.

Había medrado en los negocios y en la política gracias a su estrategia infalible de ser siempre el mejor pero no dejar nunca que los demás lo adviertan. Su gloria era una satisfacción íntima: la gloria pública es sólo la que el público otorga y el público nunca otorga con justicia porque desconoce la verdadera calidad. Y envidia esa calidad. “Rico siempre, famoso nunca” era uno de sus lemas.

Observador atento y pocas veces protagonista, su carrera se había desarrollado prestando ideas a los que carecían de ellas pero tenían exceso de ambición. Préstamo con intereses, por supuesto: una vez que colocaba al candidato en el puesto que ansiaba él obtenía un puesto cercano pero nunca demasiado notorio. Cuando al jefe que había fabricado le cortaban la cabeza – no pocas veces con su asesoría estratégica- él tenía un puesto garantizado en las filas del sucesor. Le

encantaba pensar que había logrado redimir a Cyrano de Bergerac: componía los versos para otro pero guardaba a buen recaudo la evidencia de la impostura. Cuando la decepción se instalaba en el corazón de la seducida porque descubría la grosería de su pretendiente, él acudía para consolarla. Pero nadie moría, porque la idea de que la vida era una tragedia se había inventado para desanimar a los que, como él, sabían que la mentira era la mayor parte de las veces la única manera de decir la verdad. Si Edipo no hubiese conocido la verdad... Se había casado y divorciado tres veces y había concluido que las mujeres, incluso las inteligentes, son animales domésticos que tarde o temprano muerden la mano del amo y quieren someterlo a la misma condición de esclavitud que antes sufrían. La idea de la libertad no es compatible con su código genético.

Y si a eso se agrega que su belleza es pasajera, se concluye que las más amables de las mujeres son las que están encerradas en un hermoso marco y colgadas en la pared.

Preferiblemente en un lugar donde nadie sino uno pueda admirarlas.

Cuando comenzó el alboroto de la lucha antiterrorista y todos los cuerpos policiales comenzaron a disputarse el dudoso privilegio de liderar las operaciones (los líderes, por ser los más notorios son también los más expuestos a las represalias) convenció a su amigo el Ministro, que había obtenido su cargo gracias a su sabio consejo, de que abriera una oficina secundaria y sin competencia definida (competir es otra manera de exponerse) para “monitorear” el funcionamiento de las otras sin que las otras lo supieran. En sus propias palabras, lo que él quería era sólo un puesto de pesca en la ribera de ese río revuelto en que se estaba convirtiendo el asunto. El terrorismo es un crimen que se nutre de muchos otros crímenes y es sabido que no son los criminales sino los policías los que se benefician de ellos. No los policías comunes y corrientes, por supuesto, que son los que exponen su vida en esa pelea

arreglada por los que dirigen el show, sino aquellos que en segunda fila pueden hacer apuestas y ganar.

Era un gran apostador. No tenía recetas pero sí un olfato para detectar las apuestas secundarias. En lugar de jugar él mismo apostaba al jugador que podía vencer, y casi siempre ganaba. La ventaja de esa técnica, cuando se aplica al póker, por ejemplo, es que uno puede ganar con todos los jugadores, mientras que el que está sentado en la mesa depende exclusivamente de su mano.

Hacía suyo, a su manera, el principio de que “la casa siempre gana” y por eso rara vez salía de su casa por asuntos de trabajo.

Había recibido informaciones confusas acerca de un grupo fundamentalista “sin conexiones con las redes más conocidas” que operaba en Inglaterra. No había evidencia de armamento ni de explosivos, por lo que pensó que se trataba de un núcleo de adoctrinamiento de los que habían comenzado a ser detectados en todas partes por los sabuesos miopes que veían una amenaza en cualquier lugar donde más de tres árabes se reunían a tomar té a puertas cerradas.

Decidió sin embargo hacerle seguimiento. Poco tiempo después uno de los miembros, supuestamente un cabecilla, fue encontrado muerto. Era un joven estudiante: nada evidenciaba que su asesinato tuviera relación directa con el grupo. Se practicó sin embargo un allanamiento en el que sólo se encontraron libros. No era, por supuesto, él quien lo había ordenado. Pensaba, por el contrario, que la práctica de dichas operaciones sólo servía para alertar a los supuestos criminales, que generalmente desaparecían borrando tras sí las pistas o sembrando falsos indicios como huesos en el camino de los sabuesos miopes. “Fin de la cacería” dijo para sí: “Han espantado a los patos con un tiro al aire”.

Lo lamentó porque el caso le parecía prometedor por el entorno en que

se desarrollaba. Sólo los hijos de familias con dinero acuden a las universidades...y las familias con dinero que tienen hijos en problemas tienen casi siempre otros objetos de valor que están dispuestos a trocar por el silencio.

Con esa premisa y uno cuantos colaboradores sin escrúpulos como él que no eran los que figuraban en la nómina de su departamento (estos últimos servían sólo para aparentar que tal departamento existía) había logrado una cuantas jornadas de pesca satisfactorias. Para ciertas piezas de arte oriental no había mercado negro porque el mercado negro era el único que había. Una entrega a domicilio y una transferencia bancaria confirmada por computadora era un negocio más provechoso y más sencillo que una tediosa subasta pública.

De pronto el dossier cerrado – y por lo tanto guardado en su casa, lejos de los sabuesos miopes para quienes ya no existía ni había existido nunca- cobró de nuevo interés: una chica de la misma escuela que el muerto, en este caso una inglesita, aparecía protagonizando un incidente extravagante y decía a todo el mundo que la perseguían los extraterrestres- perdón- los terroristas.

No es difícil poner micrófonos en una suite del Ritz: la mayor parte de ellas los tienen ya colocados. Y no es tampoco una proeza del otro mundo interpretar el significado de una conversación entre intelectuales, sobre todo si uno es un hombre culto. Por el contrario, tiene una ventaja extraordinaria: ningún policía de tercera de los que se asignan a la tarea de escuchar conversaciones – y a los que por lo general sólo les llaman la atención las que contienen episodios eróticos explícitos y ruidosos- es capaz de entender una sola palabra de lo que se comenta.

La grabación – celosamente guardada en su casa- era una joya de retórica y una clase magistral de filosofía vanguardista , pero contenía

además datos invaluable para alguien que ,como él, podía ver el doble cero en las pupilas del croupier cuando la ruleta tiene demasiadas apuestas a pleno.

Era una oportunidad de las que se presentan una vez en la vida. Y no en cualquier vida, sino en una como la suya.

La idea del atentado suicida con un inocente forzado bajo amenaza de muerte de un familiar no era nueva ni era suya. Los narcotraficantes sudamericanos la habían usado unas pocas veces con su estilo poco elegante y algo grotesco para su gusto. Pero esas mismas características habían hecho que la idea limpia que estaba detrás de los cadáveres ensangrentados y desmembrados pasara por alto como técnica innovadora en el oficio.

La había estudiado y la había perfeccionado con sus conocimientos de tecnología: los aditamentos del GPS y el celular incorporado eran de su cosecha. El prototipo existía ya en su pequeño “museo” criminológico particular que constituía una de las paradas obligatorias del “tour” que ofrecía a sus conquistas cuando les mostraba su mansión. Despertaba en ellas el comportamiento atávico de “hembra indefensa” que tanta utilidad ha tenido para la conservación de la especie. Hasta el punto de que la voz fina y aniñada de las mujeres forme parte integrante de su código genético por su alto valor como instrumento de defensa.

Pero lo más genial de su aporte fue poner a un policía en el lugar del suicida.

Es cierto que siendo uno de sus propios agentes, la investigación ulterior debería realizarse en su departamento. Pero ¿Quién más indicado que él para llevarla a cabo?

61.

- Gracias por venir- dijo Mustaphá mientras daba un beso a su sobrino, que acababa de llegar a la peniche.- ¿Te molesta que te haya citado aquí?
- ¿Quieres decir por lo...público?
- Como habrás comprobado no hay ningún cliente aparte de nosotros.
- Creí que era por la hora...
- El local es mío: aparte de la mesera que nos traerá los tragos y que permanecerá en la parte inferior no habrá nadie que nos moleste. Lo compré hace un par de años... ¡Tengo tanto tiempo sin verte!
- Me habías dicho que este muelle tiene un significado especial para ti.

Se miraron por un largo rato. Mustaphá no sabía cómo reaccionar ante la avalancha de emociones contradictorias que invadían su alma.

- ¿Dónde están tus amigos? – preguntó Alí.
- Vendrán en un momento... ¿Cómo estás tú?
- Estoy bien. Contento de verte también...aunque en términos técnicos podría decirse que me has delatado. No tengo que recordarte cuál es la pena que se establece en el Corán para la traición.

Mustaphá no quería aceptar que esas palabras vinieran de aquel hombre al que consideraba un hijo.

- El hombre que vas a conocer fue amigo de tu madre; un amigo muy cercano.
- Hoy en día se los llama amantes, Mustaphá. ¿Qué utilidad tiene para nadie que me presentes a un amante de mi madre?
- Es mi amigo. Fui yo quien se lo presentó a tu madre.
- Nada de eso importa ya.
- Sí importa. La mujer a la que dicen que persigues es como una hija

para él.

- Hijas, madres, mujeres... ¡Todo esto es patético! Tú mismo te has convertido en un viejo patético y sensiblero, si es que no lo fuiste siempre. ¡No lamentaré tu muerte!

Alí no había levantado la voz, pero en sus ojos había brillado un siniestro reflejo de odio.

Mustaphá trató de mantenerse sereno y no dejarse llevar por su propia repulsión. Recordó que estaba frente al muchacho desorientado que una vez había rescatado...La idea de que nunca había debido hacerlo cruzó su mente, pero la descartó de inmediato.

- ¿Por qué has venido entonces?

- Ya que me has descubierto prefiero ver las caras de mis adversarios. Conocer al enemigo puede ser muy útil a veces.

- Viniendo a verte, los que se exponen son ellos.

- Es cierto. Eso me da a entender que son más idiotas de lo que había pensado. Es a ellos a quien la policía vigila, no a mí. Yo soy un respetable profesor de Historia que ha accedido a escuchar sus teorías delirantes a petición de mi respetable tío...

- Si me aseguras que sus teorías son delirantes suspenderé la reunión y todo esto concluirá.

Alí rio sin abandonar su actitud rígida y vigilante.

- Has tomado el relevo de mi madre ¿Verdad? Lo único que te interesa es que sea un buen chico y que no ponga las manos sobre un arma...

¡Horror!..."La guerra es sucia"...-

Remedaba los ademanes de una mujer imaginaria. De pronto su gesto

se endureció: - ¡Lo que hacen con nuestro pueblo es muy limpio!

- La guerra no es sólo sucia, es inútil – replicó Mustaphá.

- Todas las personas que han sostenido eso han muerto asesinadas. Sus muertes ni siquiera trajeron paz.

- Trajeron conciencia.

- Sí. La conciencia de lo que no conviene hacer.

Alí hablaba con voz suave y concluía cada frase con una sonrisa. “Así hacía Látifa” pensó Mustaphá. “Pero en su caso es siniestro. Me degollaría sin dejar de sonreír...”

Ernesto y Patrick subían en ese momento la escalerilla guiados por la mesera que los condujo hasta donde estaban los otros y les preguntó qué deseaban beber. Se dieron todos la mano y pidieron té.

Mientras esperaban, Patrick dijo a Alí:

- Es usted muy parecido a su madre.

- Me lo han dicho otras veces – respondió Alí con gesto cortés.

A Ernesto, que observaba y callaba sin dejar traslucir ningún sentimiento, se le ocurrió que aquello parecía el intercambio de frases neutras entre capos rivales de la mafia al que nos han acostumbrado las películas. Siempre había creído que se trataba de una invención de los guionistas de Hollywood y ahora se preguntaba si esa influencia había afectado también a los terroristas. Aquel hombre se comportaba como un gran señor conversando con viejos amigos en una tarde primaveral en París... se comportaba, en otras palabras, como lo que se suponía que era.

La chica trajo el servicio de té y Mustaphá le hizo saber que ellos mismos se servirían.

Se alejó con un andar secretamente sensual, como la mayor parte de las parisinas, y los cuatro hombres la siguieron con la mirada, como la mayor parte de los hombres.

La situación le pareció oportuna a Ernesto para introducir una pregunta.

- ¿Cómo definiría usted el terrorismo, Profesor?

Alí se llevó la taza a la boca, sorbió una gota de té y la colocó nuevamente en el plato, sin dejar de mirar a su interlocutor a los ojos. Luego sonrió y dijo:

- Puede que tenga usted más información sobre el tema que yo...
- Viniendo de alguien como usted considero la sugerencia muy elogiosa hacía mí...pero no me dirá que no tiene usted una opinión.
- Sospecho – respondió Ali con un gesto de la mano que parecía señalar todo el panorama circundante- que cualquier cosa que diga podría tomarse como una declaración oficial y definitiva...según he sabido las cosas que dicen las personas que están cerca de usted son por así decirlo públicas...

Aquella parodia de debate parlamentario televisado no divertía para nada a Patrick. Intervino antes de que Ernesto pudiera replicar.

- Tenemos poco tiempo. Estamos aquí solos, desarmados y sin testigos, para negociar.

“Este es el estilo Tarantino” pensó Ernesto. No sabía bien por qué estaba de tan buen humor aquella tarde.

-¿Negociar? -preguntó Alí- Pensaba que se trataba de un simple encuentro para recordar viejos tiempos. Mi tío no me ha dicho nada...-

Había puesto una cara de verdadero asombro.

- Trabajé como espía cuando usted todavía se chupaba el dedo, Monsieur. No hay cámaras ni grabadoras...no tiene usted razón para fingir.

-¿Fingir? – Alí rio de buena gana. - ¿Que quiere usted que finja? ¿Que soy el terrorista siniestro que piensa poner una bomba en el concierto de Madonna para matar a la...? ¿Cómo la llaman? ¿La Sonrisa de Occidente? Creía que estaba con gente seria, profesor. ¡Esto no es una película de James Bond!

Tal vez la afirmación del profesor era cierta. Pero no era menos cierto que en ese preciso momento un gran número de turistas de los que se paseaban por el muelle cercano levantó la vista y comenzó a lanzar exclamaciones.

Desde la cúpula de la Academia Francesa un pájaro descomunal con las alas muy abiertas planeaba en dirección al río.

Todos se asomaron a la baranda de piedra que separa la calzada superior del muelle y vieron cómo la cosa parecía aterrizar en la cubierta de una embarcación y varios hombres que estaban sentados en una mesa se levantaban y parecían pelear con ella.

- ¡Es un Ícaro!- gritó un niño.

- Y el hombre tiene una pistola...- exclamó su hermanita.

- ¡Los terroristas! aullaron todos consternados.

A poca distancia de allí otro centenar de curiosos miraba también hacía el río desde un puente. Sus miradas trataban de distinguir entre las aguas al hombre que acababa de lanzarse después de una corta carrera desde un auto que transitaba por la calle. Una mujer delgada, bien vestida y muy autoritaria lanzaba gritos de auxilio mientras un gendarme intentaba calmarla y otros dos iban y venían del auto al puente tratando de entender la situación.

-¡Allá está! – gritó uno de los curiosos.

Todos siguieron la dirección que señalaba con su dedo índice extendido y pudieron observar al hombre que sacaba la cabeza de la superficie del agua y volvía a sumergirse de inmediato.

- ¡Se ahoga!

Un chico atlético de pelo rubio subió a la baranda del puente y se lanzó al agua con un impecable clavado. El gendarme que lo observaba miró a la multitud que chillaba y se preguntó si era indispensable que él hiciera lo mismo por cumplir con su deber. Finalmente ya el otro se había tirado y le llevaba ventaja. Sería mayor el ridículo si llegara nadando en segundo lugar y todos dijeran luego que el chico nadaba mejor que el policía. De hecho él nadaba bastante mal, apenas lo necesario para mantenerse a flote.

Todos corrieron hacia el otro extremo para presenciar el desarrollo de los acontecimientos. Varios turistas provistos de cámaras se apostaron en lugares escogidos para no perder detalle.

El chico había desaparecido también bajo las aguas turbias del Sena y era imposible ver qué era lo que ocurría en el fondo. Después de una larguísima y tensa espera vieron las dos cabezas emerger por un momento. Parecía que el chico intentaba sacar al hombre a flote pero no lo lograba...

Cuando ya todo parecía perdido apareció por fortuna una embarcación de turismo desde la que alguien lanzó un salvavidas y una soga. A

continuación dos hombres de la tripulación se lanzaron al rescate.

Poco tiempo después el hombre y el joven recibían primeros auxilios en la cubierta de la lancha, rodeados por los tripulantes y una gran cantidad de pasajeros.

Uno de ellos, que se había identificado como médico, forcejeaba por sacarle al hombre un chaleco parecido al que usan los fotógrafos, cuyos bolsillos se veían abultados como globos, sin duda por el agua que había entrado en ellos. Después de mucho trabajo alguien logró rasgar la prenda con una navaja. Todos vieron como de una de las costuras salían una maraña de cables y unos objetos pequeños que parecían ser aparatos de medición o algo por el estilo.

Tiraron el chaleco a un lado mientras presionaban su pecho para reactivar su corazón.

De pronto el hombre pareció vomitar y la gente suspiró de alivio.

-¡Respira! - exclamó el médico.

También el chico se recobraba y lograba sentarse cerca del otro. La multitud aplaudió.

El gendarme que nunca se había lanzado al agua llegó finalmente a bordo de un bote junto a otros policías y subió a la embarcación.

Pasó al lado del médico y se agachó junto a la ropa que habían quitado al sujeto. “Cada cual a lo suyo” pensó. “Mi misión no es salvar personas sino mantener el orden”. Revisó los bolsillos y extrajo la billetera en la que encontró la credencial de Lefebvre.

Se quedó un largo rato mirándola y luego se acercó a otro gendarme, su superior en rango.

Miraron juntos el documento.

- Llama a la policía. -dijo el otro con determinación.

64.

“Es una lástima”.

Como buen jugador que era, Belpaire sabía perder con filosofía. Sintió primero una enorme irritación con el imbécil aquel que había echado por tierra, o más bien por agua, sus grandiosos planes, pero se repuso con rapidez. Sabía de sobra, porque era un experto en la materia, que el crimen perfecto sí existe, pero que su realización nunca depende del todo del criminal. Es la suerte, como en todo juego, quien tiene la última palabra.

“Debí colocar explosivo de verdad” se dijo en un arretrato de ira cuando comprendió lo que había sucedido, pero un rato después reflexionó y se dio cuenta de que con eso lo único que habría logrado hubiera sido perder más en la apuesta.

Era mejor así. Al no haber víctima no hay delito. Escucharía la declaración de su subalterno – se deleitaba ya imaginándola- como quien toma nota mental de las palabras de un loco tratando de diagnosticar qué tipo de psicosis es la suya, y asunto terminado.

Había dado órdenes ya para que “despejaran” el apartamento de Roma y pensaba en cómo sería la escena de la bailarina en bragas y chaleco de fotógrafo pidiendo ayuda por las calles del Trastevere...” ¿Terroristi, Signora?” Veía la expresión de los carabinieri cuando ayudaran a la “donna” a deshacerse de la “bomba” y reía. La había imaginado ya antes y había reído con más ganas que ahora, porque había supuesto que el plan tendría éxito: Lefebvre habría llegado a la caja fuerte con la directora, la habría amenazado con la amenaza de la explosión y la habría obligado a salir con él y con la pintura...Era cierto que había muchas variables y que no todas ellas estaban del todo controladas: los

guardias podían exigir la documentación reglamentaria y la misma directora podía intentar un acto de estúpido heroísmo protegiendo la obra con su vida, pero no había que olvidar que Lefebvre era un policía y que podía ejercer su autoridad, tanto más cuanto que contaba con la baza de los explosivos. El miedo del agente era real, por lo que no le costaría mucho parecer convincente.

Dudaba que los guardias hubieran arriesgado su vida para salvar una obra de arte cuando contaban con todas las coartadas para liberarse de responsabilidad. En último caso Lefebvre tenía su pistola consigo y él sí que hubiera hecho todo lo que estaba en sus manos para salir de allí antes de que la explosión se produjera. Hubiera subido al coche con la obra y con su rehén y habría habido tiempo de sobra para que la furgoneta de sus dos matones lo interceptara y desapareciera.

Pero eso pertenecía ya al reino de la memoria de las cosas que no habían sucedido, territorio bien conocido para los adictos al juego: “Si hubiera salido otro As”...Consideraciones dignas de perdedores, no de él. El haría del asunto, cambiando los nombres y las circunstancias, un capítulo del libro que un día escribiría y que llevaría por título: “Historia de los crímenes que nunca se cometieron”. Sólo un agudo e informado lector sospecharía, ya después de su muerte posiblemente, que el autor había estado involucrado en el caso.

Pasaría a formar parte de los enigmas de la criminología literaria, junto con el de Edgar Allan Poe y su participación en el asesinato de Marie Roget.

Lo que ahora era sólo una fantasía inverosímil de un policía torturado por la infidelidad de su esposa se convertiría, a la larga, en gloria para su nombre.

Como era costumbre desde hacía mucho tiempo entre ellos, Ernesto y Jack rara vez se movían sin dejar señas de su paradero o formas para ser contactados por el otro.

Cuando conoció el lugar de la cita, Ernesto llamó a Jack y le informó. Jack no dijo nada, pero ya estaba informado. Había hecho seguir a Mustaphá y había puesto a un hombre a vigilar la escena desde los tejados cercanos.

A Jack le fascinaban los tejados de París. Era un gran conocedor de la novela negra francesa y sabía, por experiencia propia, que muchas de las hazañas narradas en las aventuras de Rocambole, Arsène Lupin o Fantomas en los tejados eran realmente practicables. A diferencia de las ciudades modernas como New York en las que los criminales que ascienden al tejado terminan invariablemente presos o muertos – y a pesar de ello los guionistas insisten con el cliché- en París un tejado conduce a otro y a otro hasta llegar a un callejón o a un balcón abierto en el que, con suerte, una joven mujer contempla el paisaje. Por otra parte, los parisinos andan rara vez armados y es prácticamente imposible que una inocente y pasajera intromisión culmine en un tiroteo porque el propietario salga con una escopeta para defender su propiedad.

De modo que la acción – había que reconocer que había sido espectacular y llamativa- no había comportado técnicamente hablando mayor problema.

La pregunta sobre si había sido conveniente o no, Jack no se la planteaba. Le importaba poco que Ernesto o el Viejo lo recriminaran por ella. Su nivel de tolerancia al juego de los acertijos metafísicos había sido colmado ya y estaba convencido de que había que pasar de inmediato a la acción.

Con unas sola patada desde el aire puso fuera de combate al árabe.

Después de deshacerse de los arneses y las alas lo arrastró fuera de la vista de los curiosos, escaleras abajo. Como había previsto, todo pasó con tal rapidez que nadie se percató con precisión de lo que estaba ocurriendo: la gente siente una emoción muy peculiar cuando ve a un semejante cruzando los cielos como si fuera un pájaro. Es una experiencia que anestesia momentáneamente el entendimiento y produce una sensación mágica, como la de los estupefacientes. La mente no acierta a decodificar la información de inmediato y la atención de los detalles circundantes tiende a desaparecer por completo. Cuando estuvieron abajo y tranquilizaron a la chica, que no entendía nada, revivieron a Alí y lo sentaron en una silla.

Jack se había hecho cargo de la situación de manera brusca pero contundente. Los demás lo dejaron hacer sin oponer resistencia. En parte porque tenía una pistola en la mano y parecía fuera de sí.

Alí se incorporó en su asiento y se pasó la mano por la boca, que le sangraba ligeramente.

- Tiene usted unos modales algo violentos, Monsieur. ¿Qué es esto? ¿Propaganda para Federal Express?

- Ahórrese sus chistes, que ya nadie se ríe de ellos - respondió Jack.- hable o le meto ya una bala en su podrida cabeza fundamentalista.

- ¿Qué piensa hacer? ¿Me aplicará electricidad como sus colegas hacen con sus prisioneros en Bagdad? ¿Me llevará a Guantánamo tal vez? En una época firmaba usted manifiestos contra la brutalidad policial, Jack Norton...

Las palabras habían surtido el efecto previsto. Jack vaciló, sin saber qué hacer ni decir.

Alí se secó la sangre de la mano con un pañuelo que Mustaphá le alcanzaba y prosiguió.

- Soy historiador ¿Recuerda? Mi especialidad es la historia política contemporánea. Si a esto le agrega que, como ustedes sostienen, dirijo una célula terrorista de alta peligrosidad, no debería extrañarle que conozca algo sobre la trayectoria de quienes me persiguen.

Jack se debatía entre dos impulsos: no sabía si reírse o romperle la cara al tío.

- Nosotros lo perseguimos a usted ¿Es eso? Somos nosotros los que ponemos bombas en oficinas de correos y asesinamos a traición a nuestros compañeros de lucha. ¿Se refiere a eso, Profesor?

Se hizo un largo silencio. Alí miraba a Jack como si pensara con cuidado su respuesta. No parecía ofendido sino intrigado, como si acabara de escuchar algo que no se esperaba.

- Responde, Alí – dijo Mustaphá con ansiedad. ¡Responde!

- Para serles sincero –respondió finalmente- no sé qué decirles... ¿Piensan ustedes de verdad que yo soy el responsable de esos crímenes? ¡¿Con qué clase de droga desayunan?!

Ernesto observó la escena con mirada crítica. Esta parte de la película, pensó, tiene que haber sido dirigida por Hitchcock. Debía ser la única cinta del famoso gordito que le faltaba por ver.

66.

La noche en que Angela vio a Samir por última vez, éste debía reunirse con Alí para tratar de un asunto que desconocía. Le habían dejado un mensaje del modo habitual para que se encontraran en un lugar en el

que nunca había estado, en las afueras de la ciudad.

Condujo guiándose por las instrucciones recibidas y se detuvo en la estación de gasolina donde debería esperar que lo contactaran para darle nuevos datos o llevarlo al destino.

Las citas cumplían siempre con ese complicado protocolo de escalas y desvíos que Samir sabía imprescindible pero que comenzaba a molestarle. No encontraba ya la excitación de los primeros encuentros con aquellos personajes míticos que había creído eran miembros de su familia secreta. Sentía que pertenecer a ese grupo de “elegidos” no tenía el significado de antes. Su relación con Angela lo había hecho reconciliarse con los humanos. No eran distintos a él y sus creencias no los hacían mejores ni peores: todos compartían las mismas dificultades y se hacían las mismas preguntas. Todos habían nacido y todos morirían un día. Ni los conocimientos, ni la fe, ni la raza o la posición política que en un momento pudieran tener o defender eran suficientes para convertirlos en amigos o en enemigos.

Pidió un café en la tienda de la gasolinera, para hacer tiempo; había llegado cinco minutos antes de lo previsto y creía que sería menos sospechoso consumiendo algo allí que esperando sólo en el coche.

“Hacer tiempo”. La investigación sobre la astrología había comenzado como un ejercicio científico neutro. Le había llamado la atención comprobar que el descubrimiento contemporáneo de que el tiempo era variable había sido anticipado, aunque en un lenguaje distinto al de la física de nuestros días, por sabios de hacía más de mil años. Los movimientos de los planetas y sus interacciones o “aspectos” utilizados como guía o como clave para los acontecimientos de la vida suponían que el tiempo no era una constante regular y abstracta, sino una realidad “accidentada” con momentos diferentes unos de otros, como cuentas de distintos colores en un collar o como una soga con nudos a

diferentes distancias. No había, por supuesto, instrumentos objetivos para verlo o medirlo. Los relojes no miden el tiempo, sólo cuentan el paso de unidades arbitrarias creadas por sus fabricantes, como horas, minutos y segundos. Al igual que otras medidas, como litros o kilos, la medida no nos dice nada sobre la sustancia que se mide. Por eso un kilo de plomo y un kilo de plumas pesan lo mismo.

Y por eso un minuto ahora es igual a un minuto después, aunque no se parezcan en nada.

Los astrólogos nos decían que hay una propiedad llamada tiempo que al igual que el peso, el volumen y las demás propiedades de la materia variaba de acuerdo a las circunstancias. ¿Y qué circunstancias eran esas que modificaban al tiempo? La pregunta no era un acertijo intrascendente, porque todo lo que existe, todo lo que llamamos real, varía indiscutible y comprobablemente con el tiempo que es sin embargo algo que no vemos ni percibimos de ninguna manera más que a través de su acción sobre las cosas visibles... ¿Qué cosa aún más invisible que el tiempo hacía que éste pudiera variar?

Los sabios del pasado habían encontrado en el movimiento de los astros la manifestación de esa “realidad” invisible más grande que la realidad y que el tiempo, porque a pesar de que ese movimiento era regular y predecible, las combinaciones de los elementos jamás se repetían.

Era un caleidoscopio de formas únicas en continuo movimiento.

Para los ojos de un observador humano, el cielo y la tierra podían parecer cosas estables, fijas y permanentes. De hecho, al cielo se lo denomina “firmamento”. Pero si pudiéramos reducir el universo entero al tamaño de una pelota sujeta en nuestras manos, lo que tendríamos sería un vertiginoso conjunto de cosas moviéndose a una pasmosa velocidad en un increíble orden. Sin repetirse jamás. Expandiéndose y contrayéndose, como si respirara: un ser vivo.

Y en algún lugar de su interior, un infinitesimal “microbio” – eso era literalmente el hombre, un “pequeño ser vivo”- observaba a su

alrededor y decidía que lo único vivo y consciente era él. Y que el tiempo, algo que no podía definir pero creía haber atrapado en sus cronómetros, era uniforme.

Recordó la estrofa de Shakespeare que había sido utilizada como epígrafe por Aldous Huxley en el libro que llevaba por título el último de sus versos:

*"But thought's the slave of life, and life time's fool;
And time, that takes survey of all the world,
Must have a stop."*

"Pero el pensamiento es esclavo de la vida, y la vida se deja engañar por el tiempo. Y el tiempo que cuida del mundo todo, debe detenerse."

El tiempo debe detenerse. Esa enigmática frase del dramaturgo no podía ser vista por los científicos de su época más que como una forma poética de aludir a la "eternidad", ese concepto con el que el conocimiento positivo siempre había estado en conflicto por considerarlo un absurdo pero que las nuevas teorías sobre el Big Bang encontraban de nuevo como un invitado indeseable en los pizarrones de las universidades y en los cuadernos de física. Antes del universo, antes de la explosión inicial, antes de la materia y la energía no había habido tiempo porque el tiempo era una propiedad de la materia y de la energía. En otras palabras, antes no había antes ni después.

Y mucho antes que se descubriera el telescopio y que las estrellas se repertoriaran a la manera moderna, los astrólogos árabes habían observado y clasificado miles de ellas. Muchas conservaban todavía sus nombres originales en árabe: Aldebarán, Altaír, Achernar...

La astrología se consideraba una manera "simbólica" de referirse a los

fenómenos celestes. Una “licencia poética” de los primitivos hombres de supuesta ciencia del pasado. Como los versos de Shakespeare.

Samir se había empapado de esa simbología “primitiva” y había encontrado que los “signos” del zodiaco, que la divulgación indiscriminada había convertido en meros rasgos de personalidad que se exhibían en llaveros y en estúpidos pronósticos escritos en serie como parte del suplemento de pasatiempos de los diarios, eran verdaderos signos, en el sentido amplio de señales. Los símbolos asociados con ellos, como el toro, el león y los demás no debían tomarse literalmente. Los inventores de la numeración todavía llamada “arábiga” no podían llamar “Tauro” a un animal de carne y hueso con cuernos ni pretender que las personas nacidas bajo la influencia de ese signo mostraran conductas parecidas a la de ese mamífero. Esos signos eran números, guarismos, palabras de un alfabeto secreto guardado de las miradas curiosas o ignorantes por la apariencia de una imagen. De igual manera que alguien que no sabe leer piensa que la “o” representa un círculo, los que no sabían “leer” las estrellas pensaban que “géminis” era una pareja de gemelos.

No. Los creadores del álgebra no eran unos rudos forajidos del desierto parecidos a los “malos” de las películas de cowboys.

Y si Samir lograba transmitir ese espíritu refinadísimo de investigación a sus “compañeros de lucha” para que entendieran de dónde venían ellos mismos y las doctrinas que decían defender, tal vez podría – y sabía que ese tal vez era muy incierto- recuperar para el Islam y para el mundo algo de la paz en que aquellos descubrimientos no descifrados todavía se habían producido. Porque en la época de aquellos filósofos las tres religiones monoteístas convivían en paz y compartían sus secretos.

Pronto entendió que, como todo profeta, tendría que hacer milagros para

que le creyeran. Alí era un interlocutor inteligente que decía creer sólo en hechos. Exploró los acontecimientos históricos recientes y le mostró cómo los sucesos más inesperados coincidían de manera sistemática con el horóscopo, el “estudio de la hora”, que es lo que literalmente significa.

Alí entendió y creyó. Pero vio en el conocimiento que se le ofrecía no una forma de sabiduría, sino un arma.

Si le hubieran revelado a él los secretos de la radioactividad habría hecho lo mismo que hicieron los que hoy consideraba sus enemigos: habría fabricado la bomba atómica.

Samir se arrepintió cuando ya era demasiado tarde. Intentó desvincularse de su alumno antes de que la información que le estaba dando le permitiera realizar cálculos de suficiente exactitud como para servir de agenda para ataques nuevos, preparados sólo para “aprovechar” momentos significativos.

Pero Alí pensó que lo que sabía le bastaba para sus propósitos. Como un analfabeta que cree que saberse de memoria el abecedario es todo lo que se necesita para leer y escribir, usó los rudimentos del arte para afianzar su poder entre los suyos. Ya no sería sólo un jefe sino también un sacerdote.

Sólo que la célula que dirigía era un grupo aislado, sin conexión con el verdadero “brazo armado” que disponía de la logística y el armamento con el que aquellos “milagros” que Samir sabía producir podían fabricarse.

Sin decirle nada hizo los contactos necesarios para presentarse ante los terroristas de verdad. El nombre de su padre le sirvió para abrir las puertas que el profesor de Historia desconocido y, para peor, norteamericano que era jamás hubiera podido ni siquiera tocar.

Pensaba deslumbrar a los máximos líderes llevando ante ellos a su niño prodigio: Samir.

Terminó el café y regresó al coche. Un hombre que nunca había visto lo esperaba dentro de él, oculto en la sombra.

67.

El hombre le mostró una pistola y le dijo que arrancara.

Lo condujo hacia un camino secundario desprovisto de alumbrado que atravesaba un bosquecillo y le ordenó que se detuviese y apagara las luces.

A continuación Samir sintió que le ponían algo como una bolsa de tela en la cabeza y lo esposaban. Voces que hablaban en voz baja le hicieron entender que había más hombres esperando entre los árboles y que ahora rodeaban el coche, lo hacían bajar y lo metían en el asiento trasero, con uno de ellos a cada lado.

Soportó la operación sin decir palabra. Cuando finalmente pudo volver a ver estaba sentado frente a frente con un hombre enmascarado en un solitario espacio de techo bajo y sin ventanas, desprovisto de todo mobiliario, a excepción de las dos sillas. Pensó que se trataba de un sótano, porque recordaba haber bajado un escalera con dos rellanos y porque olía a humedad.

Una lámpara de techo iluminaba la escena.

El hombre dijo:

- Así que tú eres el nuevo profeta. El iluminado.

- No sé quién es usted ni que le han dicho de mí.

- Yo soy el que tu amigo quería ver, pero mis contactos me han dicho que el que sabe eres tú.
- ¿Saber qué?
- Eres el que conoce el futuro... ¿No es así? ¿Como es que tus estrellas no te han anunciado que te traería hasta aquí?
- Las estrellas no anuncian. Son sólo una guía para entender.
- ¿Entender qué?
- El universo, la vida.
- Ese conocimiento está reservado a Alá. ¿Hablas acaso con Alá?
- Alá habla con todos nosotros a través de la naturaleza que creó.
- ¿Con todos nosotros? ¿Todos somos profetas?
- Sólo los que escuchan y leen.
- El Profeta no necesitó saber leer para recibir la palabra de Alá.
- Hay muchas formas de leer.
- Tú lees las estrellas... ¿No?
- Intento aprender ese idioma olvidado.

El hombre no respondió. Parecía buscar la pregunta que le permitiera averiguar lo que quería saber sin traicionar sus verdaderas intenciones. Samir trató de descifrar el juego de aquel personaje cuyo rostro no podía ver y cuya voz, que pronunciaba el árabe con la dicción justa de las personas cultivadas, escondía detrás de su tono aparentemente irónico otro sentimiento que no llegaba a captar del todo.

Observó sus manos. Descansaban ligeramente entrelazadas en su regazo, como si conversaran entre ellas. Eran manos cuidadas, como las de los hombres que las usan para exhibir relojes finos y para firmar documentos importantes...o para estrechar otras manos cuidadas como las tuyas, que aparecen en las fotos de los diarios adornando discursos solemnes. Notó que eran demasiado grandes en relación al resto de su cuerpo: tal vez era por ello que permanecían inmóviles en el regazo, ocultas a medias por las mangas de la camisa fina, como si su dueño no

quisiera ponerlas en evidencia.

El pensamiento fue apenas una ráfaga efímera que cruzó su mente durante un breve instante: ese hombre le tenía miedo.

“¿Qué puede temer de mí?”, se preguntó.

Pero no tuvo tiempo de buscar la respuesta. Se la dio el enmascarado con su pregunta:

-Todo está escrito ¿No es así? No hay secretos para el que sabe leer las señales...

El tono era demasiado burlón para ser cierto. No podían haberlo traído hasta allí sólo para burlarse de él.

Y la palabra “secretos” estaba en el corazón de la frase.

En la mente de Samir, habituada a las formulaciones matemáticas, se dibujó como en un pizarrón la equivalencia que resumía todo:

Conocimiento=información

Información= poder

Sí. Aquel hombre era un terrorista, pero no de los que ponen las bombas sino de los que las mandan a poner. Sus modales refinados delataban en él al político. Pero un político que pertenece a una tradición que respeta el valor del misterio y que pone a veces la fe de lado pero guarda hacia ella siempre un temor supersticioso.

Un temor parecido al de ser descubierto en su secreto, porque el secreto y la sorpresa son sus armas fundamentales.

Para él, los conocimientos que Samir había desenterrado no eran, como para Alí, instrumentos de los que quisiera apropiarse y usar a su favor.

Representaban una amenaza. Más peligrosa que sus explosivos o que los sofisticados equipos que sus adversarios utilizaban para detectarlos y abortar su acciones, porque podían poner en evidencia cosas que ningún aparato podía rastrear. Cosas sobre cuyo secreto radicaba su poder.

En su “pasantía” por diversas organizaciones clandestinas más o menos cercanas a los centros de poder que financiaban su entrenamiento y su operación, y aún sin haber participado nunca en una acción de guerra propiamente dicha, Samir había aprendido que la fuerza del terrorismo radica exclusivamente en su carácter oculto.

La imposibilidad del enemigo para ubicar al ejército contra el que combate lo fuerza a actuar en casi todos los casos de manera defensiva. La tradición militar occidental es una tradición de ataque. Un ataque que ha sido históricamente victorioso porque sus armas son las más poderosas que pueden concebirse para atacar a adversarios siempre en desventaja. Pero su superioridad en el ataque no implica una superioridad en la defensa, muchas veces la contradice. Sus ejércitos no saben defenderse porque nunca han necesitado hacerlo. Y cuando se ven obligados a poner toda la energía de su acción en tareas de inteligencia para descubrir la ubicación y los planes de un enemigo invisible y aparentemente omnipresente que se mueve y actúa en su propio territorio, encuentran que la única inteligencia disponible es la policial. Y los policías no son soldados que saben que el único propósito de la guerra es vencer: nunca en ninguna parte la policía ha logrado vencer al hampa común.

El hombre que tenía delante se parecía mucho más a un hampón que a un militar. Como todo hampón era desconfiado y cobarde. Desconfianza y cobardía tienen un significado preciso en términos de ciencia: superstición.

Samir, que en sus estudios de religiones comparadas había leído varias veces los textos sagrados cristianos, pensó en una imagen para la que no había encontrado paralelo en la tradición musulmana: la de Juan el Bautista.

Y comprendió que para aquel Herodes él representaba un peligro mayor que el de las tropas del imperio: podía revelar que los planes de Dios no eran los que él, como Sumo Sacerdote, proclamaba.

“Me cortarán la cabeza” pensó Samir.

Y de inmediato sintió miedo. No por él mismo, que hacía mucho había comprendido que no saldría con vida de aquel laberinto, sino por la persona más cercana a él, con la que había compartido paso a paso el recorrido de sus investigaciones.

Entonces hizo algo que no había hecho nunca desde que era un niño. Cerró los ojos y oró.

68.

Alí se enteró del asesinato cuando la policía allanó uno de los lugares de reunión y decomisó libros y documentos en los que trató en vano de encontrar pistas para un crimen sin móvil aparente. Como en muchos otros casos, la ausencia de armamento o drogas o dinero sospechoso hizo que el procedimiento los llevara a un callejón sin salida en el que, simplemente, se detuvieron y dieron media vuelta.

Nadie se ocupó de leer nada de lo que habían recogido: no buscaban palabras sino “evidencias”.

Mientras contemplaba la foto de Samir que el periódico reproducía sintió una mezcla de sentimientos dolorosos que le golpeaban el alma como

los puñales que habían dado muerte a su amigo. Pasaron varios días antes de que las náuseas y la sensación de vértigo comenzaran a aplacarse y que sus pensamientos desordenados pudieran establecer ideas con algún sentido.

Tuvo una pesadilla en la que se veía cayendo de la cama en la que dormía para descubrir que ésta estaba ubicada en el último piso de un rascacielos.

Cuando comenzó a recoger los pedazos del juguete destrozado en que sentía haberse convertido, una imagen vaga, como un espejismo, fue tomando forma en su mente. Por primera vez en años se sentó en el piano que usaban para las clases de danza en la sala de deportes de la escuela y dejó que sus manos recorrieran en el teclado sin un rumbo preciso. Cuando los acordes se hicieron inteligibles se encontró tocando una melodía que no escuchaba desde hacía mucho. Sabía que la conocía de memoria y que había sonado en algún momento muy importante de su vida, pero su cerebro bloqueado se resistía a reconocerla.

Una alumna que entró sin que él lo notara para buscar unos cuadernos olvidados sobre una mesa, se quedó muy quieta, en silencio, y disfrutó de la interpretación hasta que ésta concluyó.

Cuando él levantó la vista y se enteró de su presencia le sonrió sin decir nada.

La chica se atrevió a decir:

- Es de la tercera sinfonía de Beethoven ¿Verdad? La llaman la “marcha fúnebre”...

Entonces Alí recordó que había pedido que pusieran ese movimiento de “La Heroica” en el pequeño funeral que él y su tío habían ofrecido a su madre.

Nunca nadie supo si fue un procedimiento burocrático reajustado por razones de “corrección política” o un acto de corrupción o un descuido o una mezcla de las tres cosas, lo cierto es que los libros y los papeles decomisados en el allanamiento del “Club de Estudios del Islam” fueron a dar a la biblioteca de una mezquita, después de pasar la prueba del escáner y la aprobación de un perro adiestrado en la detección de drogas. Eran “documentos de interés público” y fueron embalados y sellados conforme al reglamento para luego ser custodiados por dos policías y descargados en el sótano de un galpón de las afueras que funcionaba como “centro de clasificación” de la mencionada biblioteca, en la que nadie nunca había entrado para consultar un libro, entre otras cosas porque el edificio en el que estaba ubicada había sido embargado tres años atrás a causa de un litigio sucesoral.

Fue en ese sótano donde alguien revisó por primera vez de manera concienzuda los papeles y encontró dos diagramas astrológicos que Samir había preparado para iniciar a Alí en la ciencia.

A partir de los datos de nacimiento del propio Alí, su amigo había realizado una “progresión” tomando como base la posición de tres planetas significativos. Esa técnica, que en la astrología tradicional se usaba para hacer pronósticos, había servido a Samir de base para el desarrollo de su propia teoría. Cuando levantó el horóscopo de Alí no podía saber que las fechas que resultarían del cálculo serían tan señaladas y representativas para el otro que le harían cambiar de inmediato su opinión acerca de lo que hasta entonces había considerado como meras elucubraciones del estudiante.

La primera era el aniversario de la muerte de su madre. La segunda coincidía con la fecha del cumpleaños de la misma.

Samir tampoco podía saber, y no lo supo nunca, que en una de ellas se produciría el atentado de Madrid.

La otra era el 28 de abril. Y fue en el reverso de la página en que estaban trazados los aspectos planetarios de ese día en la que alguien había escrito: “el día en que Occidente perderá su sonrisa”.

70.

- ¡¿Quién más que usted pudo haber escrito eso?!

Ernesto había pasado de observador a protagonista y parecía tomar muy en serio su papel. Observaba a su contrincante con mirada furibunda mientras encendía un nuevo cigarrillo.

- Si comparan la letra comprobarán que no es la mía- afirmó Alí con serenidad triste.- Pude haberlo hecho, porque en ese momento estaba irritado por la decisión de Samir de abandonar el grupo. Pude haberlo hecho también porque pensaba, y en cierta manera sigo pensando, que la manera en que Occidente sonríe es un insulto...pero no lo hice.

- ¡Pamplinas! ¿¿Cómo si no se enteró de que esa frase existía?!

- De la misma manera que ustedes, supongo.

-¿Se la enviaron a usted desde Estambul?

No era el momento para dar una clase de historia, pero a Alí le hubiera gustado refrescar para sus captores la historia de Estambul, construida sobre las ruinas de Constantinopla, edificada por Constantino para ser la nueva capital del imperio Romano que entonces estrenaba su traje cristiano. Mezquitas construidas sobre iglesias que antes habían sido templos paganos...así se escribía la historia, ese confuso palimpsesto en que una generación borraba las líneas de la anterior para demostrar que era la dueña del viejo cuaderno en que las culturas presumen escribir la receta auténtica de los tiempos.

- La pregunta es innecesaria e inútil – respondió. Lo que deberíamos preguntarnos es por qué escogieron esas fechas que no significan nada

salvo para mí como las propicias para realizar sus crímenes.

- Si era para desviar la atención hacia ti – sentenció Mustaphá- lo han logrado.

71.

La conjunción de la Luna con Marte y Plutón no era simultánea sino sucesiva. La fase final, llamada “culminación” tendría lugar a las 22:16. La primera comenzaba a producirse en ese mismo instante. El gran show estaba a punto de comenzar.

Las entradas estaban agotadas y los revendedores clandestinos vendían las suyas a un valor diez veces mayor que el que marcaban los boletos. El manager de la cantante discutía con el del mago y con los canales de televisión, en conferencia que ya duraba media hora, los royalties de la transmisión. Las artistas se maquillaban y los músicos probaban sus equipos. En quince minutos se encenderían las luces del escenario y comenzaría la música.

Entre la heterogénea masa del público se producían aquí y allá aglomeraciones momentáneas alrededor de personajes públicos y celebridades que habían acudido de manera espontánea y que periodistas y aficionados cercaban en busca de declaraciones y de autógrafos. Había al menos una docena de “figuras” que se disputaban la incómoda preferencia de los curiosos.

Para Rosina Morani, la presidenta de la Fundación Oriana Falacci, sin embargo, la oportunidad de manifestar sus opiniones no parecía incómoda: llevaba ya cinco minutos haciéndolo y hubiera pasado toda la noche en ello si no fuera porque aquello no era un set de noticiero sino un concierto. Fresca, atrevida y fanática como la inspiradora de la asociación, daba rienda suelta a su dulce paranoia anti-islamista en

cuatro idiomas, para disfrute de los reporteros que la acosaban a preguntas.

- Lo hemos dicho y lo repetiremos siempre: el Islam nos invade y hay que detenerlo.

-¿Forman parte ustedes de lo que han llamado “Operación Sonrisa”?

- No sé más de lo que sabe todo el mundo; que los Hijos de Alá están dispuestos a masacrar a cuantos “perros infieles” puedan. Y si son mujeres bellas, con más razón.

- ¿Cree que atacarán aquí esta noche?

- Creo que si lo hacen, los colaboracionistas de la Unión Europea y del Vaticano tendrán que darme la razón de una vez por todas; pero si no lo hacen, la situación no cambiará en nada: ya he dicho que no necesitan destruir Europa porque ya les pertenece. No vivimos ya en Europa sino en Eurabia, yo...

El sonido de la voz que acababa de pronunciar las primeras palabras ante el micrófono situado en algún lugar de la escena hizo que las conversaciones cesaran como por encanto. Se hizo un silencio repentino y total en el que se evidenció hasta qué punto el público esperaba con ansiedad que algo se definiera.

-Hola. ¿Hola?

No se sabía bien si quien hablaba trataba de probar el alcance de los altavoces o esperaba una respuesta.

-¡Hola! -gritaron unos pocos espectadores de las primeras filas.

El escenario estaba en penumbras y no se acertaba a ver de dónde procedía la voz. Muy pocos acertaron a reconocerla.

- Hola. Me llamo Fadela Amara...

En ese momento un potente reflector dibujó un círculo de luz sobre la actriz; un aplauso ensordecedor recorrió el teatro.

- Soy de origen musulmán, y estoy contra la guerra...y también contra la sumisión de las mujeres...¡Ni putas ni sumisas!.

Más aplausos y más gritos; la multitud desahogaba su estrés y su alegría.

-Soy berebere, como Edith Piaf.

Parecía que la estructura del edificio colapsaría en cualquier momento por la fuerza del ruido que el público producía.

Sin tránsitos, la orquesta comenzó a sonar y se escuchó una melodía que todos reconocieron de inmediato. La voz que comenzó a cantar no era la de la Piaf, sino la de Madonna, que entraba ahora en escena desde el punto opuesto.

Apenas comenzó, el público coreó frenético:

“Quand

tu me prends dans tes bras

et me parles tout bas

Je vois la vie en rose... »

Mientras la americana continuaba cantando, la voz de Fadela se sobreimponía con tono suave:

“Seguiremos viendo la vida en rosa mientras sigamos hablando de amor en lugar de hablar de guerra...

Y para hablar con libertad...nos quitaremos el odioso velo que nos priva de la palabra y la dignidad...que nos oculta la sonrisa...

La de Occidente...”

Un tercer seguidor iluminó a Angela Lynn, a quien habían colocado en un

taburete y que sonreía y sonreía, no se sabe si de alegría o de vergüenza o por las dos cosas.

“Y la de Oriente también...”

Si dijo algo más, nadie lo sabrá nunca, porque nunca un aplauso fue tan cerrado y estruendoso. Hizo falta toda la percusión y toda la sección de vientos de la orquesta para contrarrestarlo varios minutos después.

72.

La explosión que paralizó todas las sonrisas no tuvo lugar en el Palacio Omnisports de Paris Bercy ni en el Louvre ni en el escondite secreto de la Gioconda. Tampoco ocurrió a las 22:16 sino a las cinco y cuarto de la tarde, hora local de New York.

En la residencia de Hillary Rodham Clinton.

“Un helicóptero se desplomó sobre la casa con una carga de explosivos suficiente para hacer volar la manzana entera.

Por razones aún desconocidas y para muchos de manera

“incomprensible y milagrosa” la carga no detonó. El helicóptero en llamas se desarmó como un juguete sobre el patio de la mansión y el tanque de combustible se partió en pedazos dejando escapar su contenido que ardió en un perímetro de unos cincuenta metros sin producir otra cosa que un incendio de proporciones monumentales y espectaculares que sin embargo fue controlado por los bomberos con éxito en menos de una hora. Aparte de los dos tripulantes cuyos cadáveres no han sido identificados aún, no hubo víctimas mortales. Los bomberos, la policía y el portavoz de la Secretaria Clinton mantienen silencio acerca de su paradero y el de su familia por razones de seguridad.

Interrogado acerca de los motivos y los autores del atentado, el portavoz

ha declarado que no tiene información alguna al respecto.

A la pregunta de si podía relacionarse el hecho con alguna organización terrorista islámica respondió que: “La Señora Clinton es conocida por su posición tolerante hacia la cultura del Islam y por sus críticas a la guerra emprendida por la administración Bush.”

También se han desmentido los rumores acerca de una posible vinculación entre este atentado y las denuncias de Angela Lynn, científica inglesa conocida por su actuación en el asunto denominado “Sonrisa de Occidente”. El hecho ocurrió “casualmente” a la misma hora en que tenía lugar un evento musical en París dentro del cual la Srta. Lynn, la cantante Madonna y otros artistas promulgaban consignas en contra del sometimiento de las mujeres bajo los regímenes fundamentalistas.

Un vecino de los Clinton, George Brenton, de 65 años, comentó que a esa hora todo el vecindario estaba pegado a la televisión. “Fue increíble” –explicó Brenton- “Vimos cómo el escenario desaparecía de pronto ante nuestros ojos y todos los artistas se esfumaban mágicamente. Cuando escuché la explosión pensé que formaba parte del truco. Ese Cooperfield es asombroso realmente. Lo vi una vez en Las Vegas y todavía no puedo creer lo que allí ocurrió.”

Los responsables del concierto, incluido el Sr. Cooperfield, han sido interrogados por una comisión conjunta de Interpol y FBI. Según el ilusionista se trataba únicamente de un espectáculo. Lynn, por su parte, ha declarado que llevaba días advirtiendo acerca del peligro sin que nadie la tomara en serio.

Las pruebas aportadas por ella, a juicio de la policía, son de carácter circunstancial. “Somos investigadores, no astrólogos ni adivinos” dijo Roger Belpaire, Jefe del Departamento de Acciones Antiterroristas en París.

Al parecer, la Dra. Lynn sostiene que el atentado había sido premeditado para coincidir con una conjunción astronómica “significativa”. Expertos en astronomía y astrología están estudiando su tesis, “muy inteligente pero algo descabellada” según ha comentado el Dr. Lewis Philock, del Departamento de Astrofísica de la Nasa.

John Robins, Jefe de Policía de la Ciudad de New York, coincide con los criminólogos franceses en que “es un error juzgar los actos de los terroristas como si se tratara de los de asesinos sicóticos: se guían por razones políticas, no por las estrellas.”

Linda Goodman, la famosa astróloga, ha comparado en su página web el mapa del cielo del día y hora del suceso con el del atentado reciente en Madrid: “Son horóscopos gemelos” reza el titular ubicado encima de los dos diagramas.

Hasta el momento ningún grupo ha reivindicado el atentado.

Todo hace pensar que tanto las razones como los responsables permanecerán en el misterio por mucho tiempo.”

73.

-Deja de mirarme de esa manera -dijo Marisa a Ernesto.- No tengo la culpa de que el FBI no haya querido interrogarte.

Estaban sentados frente a frente en el Eurostar, camino a Londres.

Angela dormía plácidamente con la cabeza apoyada en la de él.

- No te estoy mirando, sólo reflexiono...

- ¿Podrías adelantarme algo?

Ernesto se disponía a responder cuando el anciano de barba blanca se detuvo en la mitad del pasillo, frente a ellos, y les dirigió una mirada

amable.

-¿Les importa si me siento un momento? Mis piernas...

Marisa hizo espacio gentilmente y el anciano tomó asiento junto a ella.

Miró a Ernesto a los ojos, con una sonrisa dulce y dijo:

- No responderé a ninguna pregunta y no volverán a verme. Sólo les diré esto: lo han hecho muy bien.

Marisa y Ernesto se miraron sin saber qué hacer ni qué decir. Angela pareció despertar pero sólo entreabrió ligeramente los párpados sin hacer ningún otro movimiento.

-¿De qué habla? – preguntó Ernesto.

-Dije que no respondería preguntas. Tienen suficiente talento para hacerlo por ustedes mismos. *Mis* hechos son estos: Uno, Angela está con vida. Dos, Hillary también. Tres, Occidente no ha perdido la sonrisa...lo han hecho ustedes de maravilla.

-Pero no hemos descifrado el caso en lo más mínimo...Hemos salido con vida de milagro, estamos aquí por pura suerte, por azar...

- Un amigo mío, Gilbert K. Chesterton, que descansa en paz o que más bien ha dejado de descansar hace tiempo, decía que “el azar es el pseudónimo que la Providencia utiliza cuando no cree conveniente estampar su firma...” ¿Han leído ustedes “El hombre que fue Jueves”?

- Cuando era pequeño- respondió Ernesto.

-Reléalo.

- No veo la relación, pero insisto en que no hemos resuelto el caso.

- A veces es mejor resolver que resolver... ¿Me entiende usted?

- Mi padre decía eso- replicó una Angela sonambúlica.- Se refería a que curar un paciente es más importante que acertar en el diagnóstico.

- Bravo por su padre.- respondió el viejo. Una vez salvada la vida es más fácil buscar el mal...Los médicos de hoy piensan que la autopsia es el método más adecuado.

- Aunque hayamos salvado alguna vida, cosa que dudo – respondió

Ernesto con cierta obstinación- no veo cómo descubriremos lo que queríamos descubrir...ya no tenemos pistas.

- Se equivoca. Lo que sucede es que han planteado ustedes una tesis con dos incógnitas harto complejas...podría llamarse “Relaciones entre Terrorismo y Destino”...la Teoría General de la Relatividad es un juego de niños al lado de eso. ¿Creen que un tema así puede desarrollarse hasta sus últimas consecuencias en un par de meses?

- Creo -intervino Marisa- que la pregunta importante es si estamos dispuestos a seguir intentándolo.

- No les queda más remedio, jovencita. Digamos que el Destino no está dispuesto a perder el tiempo que ha invertido en la formación de ustedes y que el Terrorismo, por su parte, no está dispuesto a abandonar la partida tan fácilmente.

- ¿Nos seguirán persiguiendo? - La voz de Angela era una mezcla de fastidio y alegría.

- Tal vez en Londres encuentren la respuesta. Tienen ustedes ya casi todos los ingredientes de la pregunta.

- ¿Qué es esto? ¿Una charada? -Ernesto se sentía irritado- ¿Quién es usted?

- No respondo preguntas; les pregunto yo a ustedes. ¿Creyeron de verdad que el enigma detrás de la Sonrisa de Occidente se resolvía con tres acertijos y una visita a la tumba de Isaac Newton? ¿No han estado ustedes leyendo best sellers baratos?

- Ahora soy yo quien insiste - dijo Marisa incorporándose en su asiento para superar en altura al viejecito. ¿Quién es Usted?

- Haré con usted una excepción. Y la haré porque me gustó ver la manera en que levitaba aquel día en Las Tullerías...también Usted tiene secretos ¿No?

Marisa bajó los ojos al tiempo que Angela y Ernesto se miraban desconcertados.

- Verá- concluyó el anciano. Soy como un pájaro sin patas que jamás dejará de volar porque si lo hiciera moriría. Soy alguien que sabe más por viejo que por el papel que le ha tocado en la comedia...

Las luces se apagaron de pronto. Una exclamación general llenó la oscuridad del vagón.

Cuando se iluminó todo de nuevo, el anciano había desaparecido para siempre.

En el lugar que ocupaba un instante antes en el asiento se veía una tarjeta, que Marisa cogió con recelo. Decía simplemente:

Memphis Stone

Marisa leyó el nombre en voz alta y fue Angela quien replicó de manera automática, como si estuviera en un concurso de preguntas y respuestas:

-Una mezcla de Rolling Stone con Mefisto.

- Simpatía por el diablo.- agregó Marisa de inmediato.

La voz del altoparlante anunció que estaban llegando a Londres.

FIN